



EL VENDEDOR DE ESCOBAS

Claudia Ar.

Lectulandia

Dos mujeres jóvenes narran el regreso a la vieja mansión en la que vivieron durante su infancia y su adolescencia: son Airam, la hija de la mucama, y Maciel, una de las gemelas de los Pereira O. Reencontrarse para desarmar la casa familiar las enfrenta no solo a las sombras que habitan en paredes y objetos sino a los fantasmas de su propia memoria.

El vendedor de escobas cuenta varias historias, todas signadas por la soledad: las de Airam reflejan la lucha por salir de un mundo de necesidades y de extrema resignación; las de Maciel patentizan la hipocresía y la frivolidad. Claudia Amengual, avezada narradora, coloca sus voces en contrapunto para cuestionar dónde se define la verdadera fuerza que impulsa nuestras vidas: si a partir de lo que recibimos sin elegir o del libre ejercicio de nuestra voluntad.

Claudia Amengual

El vendedor de escobas

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2020

Claudia Amengual, 2002

Imagen de cubierta: Lasar Segall, Calle, 1922

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

A Carolina y a Florencia, mis hermanas.
En memoria de don Julio C. da Rosa.

I

El vendedor de escobas siempre me pareció viejo, aunque no dudo de que esta apreciación estuviera viciada por las distorsiones naturales de la edad y el tamaño. Cuando niña, todo me resultaba enorme. Ahora tengo una dimensión nueva de las cosas. Los techos han bajado considerablemente y las calles ya no me atemorizan como laberintos imposibles. A medida que fui creciendo y encontrándome en mi cuerpo, el mundo se volvió un lugar abarcable y el largo de mi brazo fue el límite de mis posibilidades físicas.

Así será, supongo, cuando tenga que acompañar a Maciel a dismantelar la casa. Todo me resultará más pequeño y ya no me asustarán los cortinados ni las esculturas. Me produce una cierta curiosidad volver allí después de tanto tiempo. Maciel, en cambio, está muerta de miedo. No lo dice, claro, pero sé que es así. Me llamó ayer para pedirme ese favor y estuvo media hora hablando de tonterías antes de animarse. «Maciel», le contesté, «por supuesto. No era necesario dar tanta vuelta». Entonces, como siempre, huyó de una probable discusión, me dijo que pensaba mandar todo a remate, que era cuestión de meter las cosas en cajas y que llevara ropa vieja porque la casa estaría hecha un asco después de tantos años sin ventilar. Ambas sabemos lo que esto significa, pero nos concedimos la tregua de no desempolvar viejas tristezas, al menos no por teléfono, aunque parece inevitable que, una vez allí, los recuerdos se empecinen en volver.

No sé cuánto puede uno mantenerse a salvo de la memoria. Tampoco sé si es sano esquivar la evocación de cosas tristes o si es necesario zambullirse hasta que arda el alma. No creo que haya recetas para esto. De algún modo hacemos una selección de lo tolerable y escondemos lo otro, lo tapamos con trivialidades, con frivolidad. Quizá, después de todo, la frivolidad no sea tan mala. Nos permite sobrevivir, como una capa de barniz que protege la madera.

Yo fui una frívola absoluta, pero era pura flaqueza. Como todo lo extremo, no era buena. Después, el tiempo y las heridas hicieron su trabajo. Claro que tuve que poner voluntad, mucha voluntad, pero para eso primero

necesité darme cuenta de la mentira en la que vivía y aprender a distinguir aquello de lo que no debía desprenderme. Sin embargo, todo no puede ser sacrificio, tiene que haber un espacio para el ocio y el placer, incluso para la estupidez. Entonces comprendí que un poco de frivolidad también me hacía sentir humana.

* * *

Antes de verlo, yo sabía que era el vendedor de escobas. Era la forma de tocar el timbre lo que anticipaba su cara agriada; una forma breve, impaciente, que escondía ansiedad o quizás hambre. Nunca antes había reparado en ese sutil detalle, pero es así, cada persona tiene su estilo para tocar timbre aunque se trate siempre del mismo insignificante botón. Mi madre, por ejemplo, lo hacía dos veces, dos pulsaciones idénticas, tan previsibles como su buen ánimo impermeable a la enfermedad que finalmente la mató y que llevó con plena conciencia por años.

En cambio, Felipe se apoya con todo su esqueleto hasta que percibe que alguien se ha percatado de que está allí. Vive apurado, sin sentarse para comer, diciendo cada cinco segundos que el tiempo no le alcanza; pero yo lo he estado observando con atención y estoy segura de que no es más que una costumbre que se le ha hecho necesaria para sentirse alguien. En otra época, Felipe tuvo que multiplicarse, sacar cien brazos y mil piernas, engañar al sueño con litros de café y alguna pastilla, andar como loco de un trabajo a otro soportando órdenes y haciendo cosas que no le gustaban. Parecía un espectro cuando llegaba a casa, pellizcaba el sueño no más de una hora, se pegaba una lavada de gato y volvía a salir. Yo me levantaba para hacerle compañía, pero casi no hablábamos. Tenía total certeza de los escasos minutos de los que disponía antes de marcar tarjeta en vaya a saber Dios qué sucucho. Su olor era extraño, una mezcla de sudor y desencanto que se hacía irrespirable. Creo que nunca tuvo conciencia de ese olor tan particular que luego fue perdiendo. No me animaba a decirle nada, abría un poco la ventana de la cocina y salpicaba el aire con gotas de limón apenas él se iba.

Ahora, que no necesita correr como antes, que la comida alcanza y yo tengo mi título colgado de la pared, Felipe sigue repitiendo su letanía de hombre apurado y me doy cuenta de que es lo único que lo hace sentir importante, la sensación artificial de que sus segundos son vitales para un proyecto merecedor de tal entrega, un proyecto que, en el caso de Felipe, siempre será ajeno.

Lo cierto es que de aquellos años no pudo sacarse la costumbre de creer que no tiene tiempo y esto lo lleva a ser una persona bastante difícil para la convivencia. No hay mujer que aguante semejante locura. Yo, en cambio, no tengo que hacer ningún esfuerzo para vivir con él, y es porque puedo ver más allá, donde los demás no ven. Un defecto entre tantas virtudes no me parece razón suficiente para desechar a una persona, mucho menos si esa perdona ha sido inmensamente generosa, al punto de dejar la juventud para que otro alcanzara sus sueños. Ese es mi hermano, Felipe, el loco, como lo llaman en el barrio; mi hermano Felipe, como lo siento yo.

Pero vuelvo al vendedor de escobas, cuya forma de tocar el timbre presagiaba un ritual que por muchos años se volvió rutina. Apenas lo oía, me lanzaba a la ventana y lo espiaba detrás de las cortinas. El traje gris no llegaba a cubrirle muñecas y tobillos. No usaba medias y los zapatos, único detalle del atuendo que cambiaba cada tanto, eran notoriamente estrechos para aquel hombre altísimo que, de tanto vivir entre escobas, había terminado pereciéndose a ellas. Me llamaba la atención el cuerpo desgarrado que terminaba en una cabellera recortada a tijeretazos, sin el menor cariño. Así andaba por la calle, con paso de jirafa, apenas encorvado por el peso de una docena de escobas que llevaba sobre el hombro izquierdo. No levantaba la vista ni para cruzar la calle. Más de una vez estuvo a punto de ser atropellado por algún automovilista que frenaba a tiempo y luego lo insultaba con impunidad. Él no miraba, ni mucho menos respondía. Parecía disfrutar de esa exclusión del mundo, o quizá fuera la única forma de soportar la vida, hacer como si nada pudiera rozarlo, una suerte de armadura imaginaria que lo mantenía a salvo de la soledad. No creo, sin embargo, que el vendedor de escobas pudiera escapar de sus recuerdos. Era evidente que su vida lo seguía como una sombra y, cada tanto, le hacía de contrapeso en el hombro derecho.

Cuando yo oía el timbre corría a mirar, solamente a mirar, porque sabía de antemano que no iba a comprarle. Me detenía a un par metros de la cortina y desde allí observaba el rostro crispado, la mano todavía apoyada en la reja, las escobas equilibradas sobre su cola. Las pocas veces que coincidimos, no intercambiamos palabras. Quedaba estático, como si su carga hiciera obvia la razón de su presencia; me miraba a los ojos con una cierta desesperación y un chispazo de resentimiento que yo devolvía con un gesto negativo hecho con la cabeza o con la mano. Eso sucedió por muchos años, hasta que un día noté que ni siquiera esperaba mi rechazo. Si nos cruzábamos por casualidad, se detenía un segundo y seguía la marcha cansina. Me resultaba una actitud

antipática y por demás necia. Necesité tiempo y vida para comprender que aquello era dignidad.

Por mucho tiempo dejé que el orgullo dominara mis actos. Lo veo ahora, claro está; desde la perspectiva que da el tiempo, es fácil arreglar la vida propia e incluso las ajenas. Sobreviene una cierta piedad, nos volvemos comprensivos y llegamos a creer que podemos perdonar. Pero para llegar a esta conclusión hay que pasar por la vida, no hay atajo.

Si me asaltan estas reflexiones de domingo, trato de no quedarme sola en casa. En realidad, le escapo a la tristeza y quizá esta actitud sea el motor de mi vida. En eso ando mientras hago que vivo, y no me disgusta. Después de todo, al huir de las penas voy tras el deseo de ser feliz. Unas me tironean desde el pasado; lo otro me tienta desde el futuro. Y mi presente, lo único que verdaderamente tengo, no está tan mal, después de todo.

Me llamo Airam, un nombre que a primera vista parece extraño pero que no es más que María escrito al revés. Si creyera en el determinismo, diría que desde la cuna estuve predestinada a ir contra la corriente, pero trato de rebelarme frente a este tipo de ideas; así que pienso en positivo, es decir, que mi nombre no es María al revés sino pura y simplemente Airam, un nombre nuevo, creado para mí. No conocí a mi padre. Hasta que fui adulta repetí: «¿Papá? No tengo», pero un buen día me di cuenta de que, mal que nos pese, nadie nace de un repollo. Entonces, empecé por admitir que tuve un padre y luego intenté saber algo más acerca de él.

Según me contó Angélica, mi tía, que de ángel no tiene nada, mi padre era un alcohólico de malos modales, seductor hasta decir basta cuando estaba sobrio, pero que se volvía agresivo y golpeaba lo que tenía a mano en cuanto retocaba su permanente borrachera. Trabajaba en el puerto y conoció a mi madre en un baile de carnaval. Ella tenía apenas dieciséis años y él la doblaba en edad, así que no fue difícil conquistarla prometiéndole una vida lejos de la miseria en la que la pobre arrastraba sus días. Mamá, en aquel tiempo, ya estaba colocada en casa e un matrimonio de abogados donde hacía la limpieza y cuidaba a los niños. El jueves era su día libre y lo pasaba caminando por la rambla costanera. Dicen que era muy bonita antes de enredarse con mi padre. A mí no me cuesta creerlo, aunque cuando pienso en ella me viene a la mente una mujer con una expresión tal de cansancio que quisiera tenerla cerca para poder llenarla de comodidades, sentarla en un sillón y levantarle los pies sobre almohadas, comprarle chocolates, regalarle la televisión que siempre quiso, organizarle un viaje o quedarme a su lado y responder a sus preguntas

para ver la satisfacción dibujada en el rostro. Es una ironía que ya no la tenga, pero así son cosas, a veces uno llega tarde a los propios sueños.

Mamá cumplió los veinte mientras me paría en una sala del hospital de pobres. Según contaba, las contracciones no eran lo peor, sino la angustia que le producía saber que Felipe esperaba del otro lado de la puerta, aguantando aquel abandono tan bien como sus tres años lo permitían. Cuando mamá rompió la bolsa, estaba, como de costumbre, sola. Papá no había vuelto desde hacía días y ella no supo a quién confiar su hijo en aquella pensión de marineros. Entonces lo arrastró hasta el hospital, adonde llegó con media cabeza mía asomándole entre las piernas. Por eso nadie reparó en Felipe, que se acomodó en un rincón y se quedó dormido de tanto llorar. Lejos de anidar un lógico resentimiento, Felipe se encariñó conmigo de inmediato y, cuando fue evidente que mi padre no volvería, asumió su papel de hombre de la casa; un destino que lo hacía sentir importante y al que consagró su vida.

La leche de mamá resultó ser suficiente para alimentarnos a los dos por un largo tiempo. A Felipe le da vergüenza admitir que tomó la teta hasta casi cumplir cinco años, pero mamá estaba orgullosa de haber sido tan buena nodriza para sus hijos y se encargaba de recordárselo en los momentos menos oportunos. Esa revelación de intimidad familiar le costó a mi hermano un par de noviecitas que huyeron apenas escucharon la historia. Mi hermano se ponía como loco cuando mamá contaba con lujo de detalles cómo él se le prendía con ganas a los pezones hasta hacérselos sangrar; cómo ella tenía que andar espantándolo cuando tomaba demasiado y no dejaba para mí; cómo le gustaba quedarse dormido chupando. Era un juego de cuya perversidad no eran conscientes. Mamá nunca pensó que de esa manera le hacía difícil la relación con cualquier otra mujer. Si hubiera tenido una mínima sospecha de esta castración, se hubiera cosido la boca antes de recordárselo.

Por su parte, Felipe se hacía el ofendido, en el fondo le encantaba sentirse unido de esta manera a su madre; una manera casi incestuosa, un universo en el que solo había sitio para ellos dos; el único lugar donde estaba seguro. Por supuesto que jamás cruzó por su cabeza la idea de asociar esta imposibilidad de cortar el cordón con sus incontables fracasos amorosos. Un mal día, llegó a casa con la cara roja, le faltaban dos botones de la camisa y tenía huellas de uñas cerca de la nariz. «¡Se van todas a la mismísima mierda!», gritó y nunca más le conocimos una novia.

Mamá no era hueso blando de roer. Apenas aceptó la realidad de que estaba sola con dos hijos, no perdió un segundo ni gastó lágrimas. En el hospital, cuando le preguntaron por mi nombre, pensó un instante y respondió

«Airam». Años después supe que lo hizo por pura venganza, para darle por la cabeza a mi padre que quería tener una hija solamente para ponerle «María», como la del tango.

Yo no había cortado mi primer diente cuando nos mudamos a lo de los Pereira O. Mamá había sido recomendada por la cocinera y los patrones la habían tomado a prueba por tres meses sin saber que el paquete incluía un niño y una bebita. Vivimos dos semanas escondidos en las dependencias de servicio. La cocinera fue una cómplice perfecta; sofocaba nuestro llanto con una radio siempre encendida de la que brotaba música tropical desde el alba hasta el anochecer. A Felipe le llevaba tacitas repletas de mermelada y a mí me endulzaba el chupete para templar mi carácter, que ya por entonces se vislumbraba difícil. «“Felipe es un santo”, solía decirle a mamá, “pero la chiquita te va a sacar canas verdes”».

Tal locura estaba destinada a durar poco. Mis berrinches explotaban a cualquier hora, mamá desaparecía misteriosamente de su lugar de trabajo para cambiarme los pañales o servía la cena a los señores con la camisa empapada a la altura de los pechos. Una madrugada, la señora entró en nuestro cuarto sin aviso y descubrió a mamá dándome de mamar mientras Felipe dormía a su lado. Hubo un día completo de desasosiego familiar en el que campeó la incertidumbre. Por horas se discutió, gritó y amenazó, pero al caer la tarde había primado la buena voluntad de los Pereira, no tuvieron corazón para echarnos y permitieron que nos quedáramos hasta que mamá encontrara otro trabajo. La búsqueda no fue necesaria porque en el año que siguió no hubo mucama más eficiente que mi madre. No sé cómo se las arregló, pero cumplió con su función esmerándose al máximo para ganarse un lugar en aquella casa. Si debía optar entre cuidarnos o atender su trabajo, prefería lo último; decía que era la forma de protegernos. Así crecimos mi hermano y yo, la mayor parte del tiempo encerrados en un cuarto con una única ventana a la altura del techo desde donde se veía una madreselva que dejaba caer florcitas sobre nuestras cabezas. Felipe, que tenía y tiene la costumbre de llevarse todo a la boca, arrancaba el cabo a las flores y chupaba el néctar como si fuera el mejor de los dulces.

La casa de los Pereira era grande; por sus ventanales se colaba el sol y hacía juegos de sombras en las paredes proyectando las pequeñas esculturas. Felipe me tenía convencida de que aquellas figuras tomaban vida con la luz. Y como demostración de sus palabras, me recordaba el tamaño desmesurado que adquirirían sus siluetas grises que yo apenas me atrevía a mirar escondida entre las cortinas.

La señora pasaba la mayor parte del tiempo en actos de beneficencia, desfiles, exposiciones y torneos de *bridge* en los que, según repetía el señor despectivamente, las señoras bien se juntaban a comer masitas para poder darles fideos a los pobres. A mí no me parecía mal que se dedicara a esas cosas, sobre todo porque en esas ocasiones me dejaba entrar en su cuarto y observarla mientras se arreglaba. Era una señora de lo más linda, con un cuello largo que siempre llevaba estirado como si necesitara mirar más allá de un cerco imaginario. Casi no me dirigía la palabra, salvo cuando me pedía que le alcanzara alguna prenda o le subiera el cierre; pero a mí me bastaban los aromas de cremas y perfumes, el brillo mágico de sus joyas, los tonos aterciopelados del maquillaje, las telas suaves, para sumergirme en un paraíso encantado donde me sentía mareada y feliz.

El contacto con la sensualidad me hacía perder conciencia de tiempo y espacio. Varias veces me encontraron extasiada dentro de mis fantasías, sobre la alfombra, horas después de que la señora se hubiera marchado. Entonces mamá me zarandeaba hasta hacerme volver de mi ensueño y me daba de cara contra nuestra pobreza recordándome de dónde veníamos y cuáles eran nuestras expectativas. Esa perfecta asunción de la miseria como un sello puesto en la frente fue lo primero que me despertó la rebeldía. Pero eso, aunque comenzó a gestarse mis primeros años, estalló como un volcán cuando la adolescencia me hizo crecer ilusiones que no me resignaba a abandonar.

Los Pereira tenían gemelas, Viola y Maciel, que nunca pudieron divertirse cambiando de identidad, porque una era flaca y la otra sufría un grave sobrepeso. Según mamá, no tuvieron mayor problema en adoptarme, aunque sospecho que quizás esta pronta aceptación se debiera más a su hastío de tanta muñeca nueva que a un súbito arranque de afecto maternal. Lo cierto es que crecí con ellas, usando la ropa que desechaban, los libros que nunca les gustaron y que iban a parar directamente a mi dormitorio apenas los recibían, los juguetes despreciados incluso antes de salir de su caja.

Los libros llenaron todos mis espacios, al punto tal que comía leyendo y abría la ducha para fingir un baño que nunca me daba, mientras me sentaba sobre la tapa del inodoro para terminar algún capítulo. Soñaba con princesas raptadas y viajes al centro de la Tierra, andaba por la casa como una sonámbula buscando un rincón silencioso para perderme en cualquier historia. Siempre he amado los libros. Aun antes de aprender a leer, me gustaba tocarlos, aspirar su aroma de papeles, tintas y cueros que me evocaba lugares remotos. Ese particular perfume me sirve de consuelo hasta el día de hoy;

tanto es así que corro a refugiarme en sus páginas, literalmente en ellas, cada vez que me abate alguna pena; en cualquier lugar donde esté. Debe de ser todo un espectáculo para quien no me conoce verme hundir la cara en ellos, refregar la nariz, inhalar como si se tratara de una droga o algo parecido. Una vez que un libro llega a mis manos, queda soldado para siempre a mi existencia. Cada uno lleva una huella que únicamente yo comprendo y nunca los abandono sin mi nombre escrito en la segunda página y la última, anotaciones al margen, líneas o párrafos enteros subrayados y un escándalo flores secas. Cuando los abro después de años y encuentro allí las flores intactas, me viene un soplo de misticismo y percibo algo parecido a la inmortalidad. Entonces caigo en cuenta de que tengo un miedo espantoso a muerte y de que los libros, que me sobrevivirán, no son más que mis amarras a este mundo.

La cuestión de hablar dormida empezó allá por los cuatro años. Lo curioso es que al otro día amanezco con una extraña sensación de no haber descansado, como una comezón de la memoria. En general, me levanto agotada, incluso mucho más de lo que estaba antes de acostarme. Me cuesta un triunfo salirme de ese estado de sopor, arrancarme de cuajo de un lugar al que no puedo acceder durante el día. He llegado a pensar que quizás allí sea feliz, que encuentre mi verdadero yo sin trampas a la conciencia, un lugar donde me manifieste con todo esplendor y la miseria. Si así fuera, despertar supondría que la mitad de mi ser ha quedado en parte.

Mamá, Felipe y yo compartimos habitación por muchos años. Es gracias a sus relatos, a veces teñidos por el mareo de su propia ensoñación, que yo tengo registro de mis andanzas nocturnas. La primera vez, cuentan, fue en voz baja y no entendieron de qué iba mi discurso. Mamá se asustó tanto que despertó a la cocinera, quien sugirió que me habían hecho mal de ojo y que había que sacarme el gualicho sin pérdida de tiempo o corría el riesgo de no poder dormir nunca más. El jueves siguiente mamá me llevó a una bruja. La memoria es un filtro bastante parecido a una tela en blanco sobre la que van cayendo colores que se mezclan y crean matices, incluso colores nuevos. Entre los recuerdos que guardo de mi infancia, aquella visita me viene con gran nitidez.

Atravesamos un jardín en ruinas y una mujer joven nos recibió junto a la puerta detrás de una cortina de cintas plásticas. Mamá no tenía experiencia en esos asuntos, así que se quedó inmóvil tomada de mi mano pequeña que le trituraba la suya. La muchacha preguntó quién nos mandaba, a qué veníamos y si sabíamos que la Madre, como llamaba a la bruja, solamente atendía si

estaba en vena. Mamá respondió las dos primeras preguntas y dijo tímidamente que no entendía el asunto de las venas, si tenía que ver con cosas raras, de sangre o de andar destripando bichos, porque de ser así nos dábamos la vuelta. La muchacha soltó la carcajada de lo más desagradable y nos hizo pasar. Mi miedo se volvió inmenso porque noté que mamá estaba asustada. Le apretaba el brazo y me escondía detrás de su cuerpo, pero podía sentir su leve temblor y el olorcito dulce de su transpiración.

Permanecimos en la sala de espera un tiempo que para mí fue eterno y que solamente logré hacer llevadero por la curiosidad. Era un lugar pequeño, con las paredes pintadas de un azul eléctrico que cansaba la vista y hacía nacer la sensación de que en cualquier momento aquello podía venirse encima. Por todos lados había clavadas unas flores plásticas de colores estridentes. Un cuadro enorme de San Jorge ocupaba la pared opuesta a la puerta. También había una estatua de Jesús con un corazón en la mano y otra del diablo con cuernos y triste. Las estatuas eran casi tan altas como mi madre y me produjeron la primera sensación de pánico que recuerdo. No estaba muy segura de que aquellas moles no pudieran cobrar vida y despachurrarnos sin preámbulo. Debe de ser a partir de aquella experiencia que me quedó esta aversión por las santerías y la imposibilidad de rezar, a pesar de los intentos de mi madre por convertirme en una mujer devota. También el pánico me vuelve cada tanto, aunque estoy aprendiendo a controlarlo; pero cuando sucede me viene a la memoria aquella mañana y puedo oler el sudor de mi madre muerta de miedo.

De la habitación contigua venía el sonido de voces en susurro y un golpeteo rítmico de algo que después supe eran unas piedrecitas que la bruja usaba para curar el mal de amores. La mujer joven apareció con una canasta y dijo a mamá que depositara allí el dinero que, por supuesto, no fue suficiente. Entonces, consultó y volvió unos segundos después para decir que si quedábamos satisfechas tendríamos que colaborar con algo más.

Al cabo de un buen rato salió de la habitación un hombre de traje oscuro. Mamá comentó más tarde a la cocinera que lo había reconocido, que era un político de renombre y que si esa gente que había estudiado en la universidad iba a consultar a la bruja, entonces seguramente era de confiar. La muchacha nos hizo señas para que pasáramos a otra habitación más pequeña que la anterior, pero con el mismo mal gusto en la decoración. Una mesa redonda con varios objetos que despertaron mi curiosidad y me hicieron relegar el miedo estaba puesta justo en el centro bajo una pantalla de cartón que pendía del techo. La mujer era pequeña, recuerdo que pensé en un ratón cuando la vi.

Vestía de negro y apenas se le veían los ojos entre tanto pelo enmarañado. Nos señaló una silla y ella se acomodó al otro extremo de la mesa. Mamá me sentó en la falda, pero yo sentí que aquella mujer horrible quedaba demasiado cerca y preferí permanecer de pie con mi mano prendida a la ropa de mi madre. Así estuvimos hasta que la mujer habló.

—¿Viene por usted o por la chiquilina?

—Por ella —respondió mamá, con un hilo voz—. Le hicieron mal de ojo, parece.

—¿Y usted cómo sabe?

—Duerme mal pobrecita y anteayer habló cosas raras.

—Mal de lenguas —dijo la bruja con la misma seguridad con que recuerdo al médico diagnosticándome la varicela años después. Se pasó la lengua por los labios, una lengua reseca, grisácea; hizo un ruido como quien se suena la nariz y siguió sin levantar la vista—. ¿Usted tiene alguien que le desee daño?

—¿Yo? ¿De dónde? Si vivo encerrada limpiando, ¿quién me va a tener rabia a mí?

—Ah, eso yo no lo puedo saber, si usted no sabe..., Pero a veces hay gente mala, ¿vio?, gente envidiosa que le anda queriendo sacar el trabajo o el marido —miró a mamá para ver el efecto que producían sus palabras.

—No, no —dijo mamá que ya empezaba a impacientarse—. A mí nadie me envidia nada.

Con terror vi cómo la mujer hacía señas para que me acercara. Me aferré al brazo de mamá con tanta fuerza que debo de haberla lastimado. Ella me soltó de malos modos, como si necesitara de mi colaboración para salir de allí cuanto antes, y me empujó hacia la mujer. Lo primero que sentí fue un aliento demoledor que me dio vuelta el estómago. Después, empezó a recorrerme con sus manos. Me giraba la cabeza, me levantaba el pelo, escudriñó en la palma de mis manos y en el hueco de mis orejas. Finalmente, me pidió que me quitara la camisa. Yo no me movía, pero mamá se adelantó y me desprendió uno a uno los botones. También tengo fresca la sensación de vulnerabilidad que me vino al estar sin la protección de mi ropa. Para mi espanto y ante la sorpresa de mi madre, la mujer me acostó boca abajo sobre su falda, de manera tal que cabeza y piernas quedaban colgando en un equilibrio que poco pude aguantar. Con movimientos rápidos empezó a pellizcarme la espalda. No era dolor lo que sentía, pero sí una espantosa sensación de estar siendo manoseada por un ser repugnante. Me quedé inmóvil hasta que la mujer

terminó con lo suyo, me levantó del pelo y le dijo a mamá que ya podía vestirme.

—Un empacho, nada más. Es muy común en los chiquilines.

—Pero ¿con esto va a dejar de hablar dormida?

—A menos que tenga lombrices.

—¡Lombrices!

—¡Claro! Si le sigue hablando de noche, es que tiene lombrices. Me la trae así le hago largar todo.

Ahora mamá escuchaba atentamente. La idea de que mi cuerpo estuviera lleno de gusanos le producía algo más que miedo; le daba asco. La pobre se habrá sentido descolocada. La muchacha entró sin aviso para anunciar a otro cliente. Mamá se despidió, pero la mujer ya estaba sumida en la misma abstracción y no contestó ni levantó la cabeza. Al salir, la otra nos cortó el paso. Mamá hurgó en sus bolsillos pero no encontró nada. Entonces, se sacó el anillito de guampa que papá le puso el día del casamiento y lo depositó en la canasta. La muchacha hizo un gesto de desprecio, porque no entendió que mamá se deshacía de una parte importante de su vida.

* * *

Cuando tuve edad suficiente, mamá me anotó en una escuelita pública a cinco cuadras de la casa. El primer día lloré hasta quedar morada, prendida a mi madre, con un miedo atroz de no volver a verla. Las maestras, que tironeaban de mis brazos con sonrisas forzadas primero, con evidente impaciencia después y un mal humor que ponía en duda cualquier vocación, se me aparecieron de pronto como la bruja que había visitado tiempo atrás. De alguna manera, se las ingeniaron para separarme de mamá y me metieron en un salón que a mí se me antojó una jaula. En vano hablaban de horarios, recreos, meriendas y salidas. Todavía era demasiado pequeña para meterme en la abstracción del tiempo; daba igual que dijeran tres horas o tres minutos: todo me sonaba a eternidad.

Ese día de clase marcó mi vida entera. Cada vez que intento empezar algo, revivo las mismas sensaciones, hasta el temblor y las ganas de salir corriendo que, poco a poco, estoy aprendiendo a controlar. Cuando me vienen estos ataques, tengo que proyectarme hacia el futuro, un futuro inmediato, días o incluso horas, donde pueda visualizarme en serenidad. Al principio, es difícil. El pánico es una sensación de descontrol que llena de angustia. Lo cierto es que pasé aquella mañana acurrucada en un rincón del aula, indiferente a las palabras y a las amenazas. Tampoco me moví a la hora de la salida; pensé que

era una trampa. Mamá tuvo que entrar a buscarme. Cuando la vi, tuve ganas de saltarle al cuello y quedarme allí abrazada en su calor, pero me vino una oleada de rencor que no me dejó tocarla. Me había traicionado; no había estado junto a mí como siempre prometía. Volvimos a casa caminando. Durante el trayecto por callecitas empedradas bordeadas de plátanos que ya empezaban a perder hojas, mamá iba soltando preguntas que yo contestaba con monosílabos. Felipe caminaba a mi lado con aire de superioridad. Él nunca dio trabajo para nada; todo lo aceptaba con sumisión, como si fuera consciente de que bastante tenía mamá como para andar agregándole preocupaciones. Al llegar a la casa, me esperaba un tazón con leche tibia y unos bizcochitos de anís cuyo aroma todavía me provoca nostalgia.

Mientras merendábamos en la cocina, la señora entró a pedir su té de la tarde. Todavía no me habían sacado el delantal ni deshecho las trenzas. Supongo que le resulté tierna. Se acercó a mí y me pasó su mano por la cabeza mientras murmuraba algo acerca de cómo había crecido y lo bien que me caería estar con niños de mi edad. De pronto, dio un grito de terror, retiró la mano bruscamente y empezó a dar saltos por la cocina como si se le hubiera metido el diablo en el cuerpo. Mamá y la cocinera la perseguían en su carrera circular sin animarse a tocarla. Felipe y yo mirábamos divertidos. La señora, tan almidonada, con su pelo perfecto y su vestido italiano; la señora que parecía llevar una estaca atada a la espalda; la misma señora se veía de lo más ridícula.

—¡Una pulga! —gritó al tiempo que tironeaba de la ropa—. ¡Una pulga! ¡Dios mío! ¡Esta niña trajo pulgas!

Yo no sabía qué era una pulga pero imaginé que se trataba de algún ser espeluznante, algo como un demonio que se le metía en el cuerpo a uno y lo transformaba en esa especie de chimpancé en celo. No me costó convencerme de que, fuera lo que fuera, me lo había agarrado en aquella porquería de lugar al que no pensaba volver. Mamá me metió en la bañera y me refregó la piel con una esponja áspera. Felipe, que no estaba contaminado por aquellos seres abominables, sufrió la misma suerte, por las dudas. Con satisfacción vi cómo mi delantal era puesto en una bolsa e iba a parar a la basura. Creí que había ganado la batalla, pero al otro día me esperaba otra sorpresa: un uniforme y gris, exactamente igual al que usaban las gemelas, puesto encima de mi cama como un regalo de cumpleaños. La señora prefirió pagarle un colegio caro a la hija de la sirvienta, antes de pasar otra vez por la ominosa experiencia de que una pulga saltara a su divina mano.

* * *

Crecí en un colegio inglés para señoritas donde pululaban mujeres de pelo blanco y labios pintados de un rojo anaranjado que no he vuelto a ver en otra boca. Sospecho que se taba de algún cosmético traído de su lejana Inglaterra, cuando salieron después de la guerra, pero quizá no fuera más que un producto común y lo excepcional estuviera en la piel. La mayoría había consagrado su vida a la docencia después de haber sido enfermeras, operadoras o, quién sabe, espías. No se les conocía hombre en su historia y había que llamarlas rigurosamente *Miss*. Las menos, sucumbieron al encanto de varones bronceados, un poco más bajos que los rubios sajones a los que venían acostumbradas. A estas había que llamarlas, *Mrs* tal o cual, con lo que se producían combinaciones de lo más exóticas al agregar al apelativo de cortesía en inglés un apellido latino. Fueran señoras o señoritas, tenían el denominador común de la sobriedad en el vestir: faldas plisadas que siempre rebasaban las rodillas, zapatos de taco bajo, camisas cerradas hasta el último botón, el toque de unas perlas finas y unos tapados de paño que llegaban un poco más arriba de los tobillos. El paraguas era casi una extensión del cuerpo, y en invierno se cubrían la cabeza con pañoletas de seda.

Aquellas mujeres habían desembarcado en América con algunos sueños rotos y esperanzas de encontrar un campo fértil para su vocación de servicio. Muchas ni siquiera tenían título de maestra, pero era tal la necesidad de sentirse útiles y, de algún modo, servir a su patria, que volcaban lo de sus energías en la tarea de enseñar inglés. De hecho, su labor iba mucho más allá de cuestión lingüística. Mientras leíamos en los libros de Janet and John, que todavía conservo, nos íbamos sumergiendo en una cultura, aprendiendo sus códigos de comportamiento, las costumbres de su gente. Entrar cada mañana en el colegio era una forma de pisar suelo inglés.

Hablaban español sin dificultad, pero se negaban a hacerlo, «for your sake», decían, para que tuviéramos que forzar al máximo nuestra capacidad de esponjas y absorber hasta el más fino los sonidos. Probablemente, esto fuera parte de la verdad. Hablar en su idioma natal tendía los últimos lazos con su país, el recuerdo de juventudes perdidas o amores abandonados. El inglés las mantenía en un mundo donde se preservaba intacta la memoria y al que podían acudir cada vez que las asaltaba la nostalgia mientras echaban raíces en la nueva tierra.

En cada aula había un retrato de la reina, apenas sonriente, con un vestido color manteca y una diadema que encandilaba. Los lunes por la mañana cantábamos *God Save the Queen* antes de entrar a clase y la *Union Jack* flameaba en el patio junto a nuestra bandera. Los recreos eran parte de aquella

educación casi victoriana. Estaba prohibido correr, por lo que las actividades se veían limitadas a juegos de cuerda, payanas o rayuelas que dibujábamos con tizas robadas y limpiábamos rascando las suelas contra el hormigón del piso. Mamá vivía quejándose de lo poco que me duraban los zapatos. La conducta se vigilaba tanto como el rendimiento. Se trataba de sacar de allí señoritas dignas, que fueran reflejo de aquella enseñanza nacida en pagos reales y que dejaran bien plantado el prestigio británico. Había un sentido colonialista en todo aquello, pero las maestras tomaban su trabajo con abnegación, convencidas de que era lo mejor que podían darnos, sin cuestionar siquiera los procedimientos, no siempre vinculados a la didáctica, y seguras de que el Imperio siempre deja más de lo que se lleva.

Hoy observo con cierta perspectiva mis años escolares y me provocan una sonrisa tierna. Trato de extraer de aquel tiempo lo mejor de unas mujeres que ante todo eran honestas y hacían su trabajo con amor. No me arrepiento de haberle cantado a Su Majestad ni de haber creído que el mundo estaba escrito en inglés, ahora sé que nada es blanco o negro, puedo discernir lo bueno de aquella enseñanza y lo que, a mi juicio, no estaba bien. También a ellas debo agradecerles esta amplitud de criterio. Además, nunca les importó que mi mamá se ganara la vida limpiando.

Lo que quizá me marcó más de mi etapa escolar fue un raro sentimiento de no pertenecer a ninguna parte; como un desencaje permanente que me hacía vivir incómoda. Aquel era mi mundo. Mis compañeras venían de casa lindas, en auto o en camioneta, tenían mamás de peluquería que asistían a desfiles o eran profesionales, se iban de vacaciones a la playa y volvían tostaditas, traían mejores útiles, libros nuevos y monedas para gastar en la cantina. Yo no podía ni soñar con aquellas cosas. Mamá me recordaba todo el tiempo que estaba ahí por la generosidad de la señora, pero que ella no podía costearme ni una extra con su pobre sueldo. Esa peculiar situación me hacía sentir mal, aunque, debo decirlo, me abrió ventanas hacia otra dimensión que, de otro modo, difícilmente hubiera conocido. Yo sabía que mi origen no era el de mis compañeras, pero sentía en alguna parte de mi alma que podía escalar las mismas montañas y llegar a la cima como cualquiera de ellas. Entonces me nació un orgullo feroz con el que me armé para recorrer un camino cuesta arriba. Me llevó tiempo y lágrimas reconocer que ese orgullo había surgido de un complejo de inferioridad y que, aunque muchas veces me había mantenido de pie, iba a terminar destruyéndome si no lo controlaba.

Felipe fue el primero en sufrir mi desprecio. Todo el tiempo le hacía notar que no había corrido con la misma suerte que yo. La señora convenció a

mamá de que lo mejor para él sería entrar como pupilo en un colegio donde, además de enseñarle a leer y a sumar, le dieran algún oficio con el que pudiera abrirse camino más adelante. A mamá le pareció bien la idea de que su hijo fuera aprendiendo a ganarse la vida desde pequeño. Por otra parte, no le quedaba opción. La señora pagaba todos los gastos de nuestra educación, un lujo al que nosotros no podíamos aspirar. Felipe entró en un colegio de curas. Cuentan que lloró sin parar durante las dos primeras semanas, se negó a comer y, cuando le embuchaban alimento a la fuerza, se provocaba un vómito introduciéndose los dedos en la garganta. El primer viernes, cuando mamá fue a retirarlo, quedó helada ante aquel niño tembloroso que la miraba con mezcla de alivio y rencor desde unas ojeras profundas. Ese mediodía fue la única vez que la oí levantándole el tono a la señora.

—¡Mire lo que le han hecho! —le decía con la voz cortada por la indignación, mientras la otra untaba una tostada.

—No será para tanto. Es cuestión de costumbre. Además, ¿cuál es el problema? Unos días sin comer no matan a nadie. Son berrinches para llamar la atención, nada más.

—Pero ¿a usted le parece que es forma de devolver un hijo?

—No habrán dado el brazo a torcer para no malcriarlo.

Mamá no podía apartar los ojos de mi hermano, sentado con la mirada perdida en la llamita que bailaba sobre la cocina. Daba la impresión de estar inundado de tristeza; no tenía fuerzas ni para llorar. Mamá se le acercó y apoyó la cabeza de mi hermano contra su cadera, mientras le acariciaba el pelo y él iba cerrando los ojos, desprendiéndose lentamente la realidad de la cocina.

—Señora —dijo mamá con una firmeza extraña en la voz—. Usted me va a disculpar, pero yo ahí no lo mando más.

—Ni pienses en devolverlo a esa escuela roñosa, y no creo que puedas elegir mucho más.

—Alguna otra escuela habrá —contestó mamá en un gesto de arrogancia que ya era mucho para su habitual respeto.

—Por la zona, ninguna. Tendrías que mandarlo lejos y, decime, ¿cómo vas a hacer para llevarlo y traerlo todos los días? ¿Vas a dejar de trabajar? De ninguna manera, esto queda así, no seas terca —ya había dado por concluido el asunto y tenía puesta la mano sobre el pomo de la puerta que daba al comedor. Pero la voz de mamá sonó fuerte.

—Es mi hijo.

La señora se tomó el instante necesario para procesar las palabras y, posiblemente, evaluar con rapidez lo difícil que sería encontrar una mucama como mi madre.

—Será tu hijo, pero esta es mi casa. No te apures, el trabajo no se encuentra a la vuelta de la esquina —dijo sin voltear mientras abría la puerta y desaparecía rumbo al consuelo de un analgésico.

Por primera vez después de una semana, Felipe dormía plácidamente.

* * *

Fue por aquellos años de escuela que la señora empezó a comportarse de una manera que llamaba la atención de los que estábamos habituados a su existencia tan previsible. Hasta ese entonces, la recuerdo como una mujer sin más expectativas en el despertar cotidiano que confirmar los compromisos sociales de su agenda. En los raros momentos en que estaba en la casa, siempre andaba con dolor de cabeza. Cuando veíamos a mamá marchar escaleras arriba con un vaso y cara de fastidio, sabíamos que la señora tenía una de sus jaquecas. No había entonces más remedio que hacer silencio. Las cortinas eran corridas hasta dejar la casa sumida en una penumbra fresca y no volaba una mosca hasta que la señora emergía de su dormitorio para pedir otro vaso con agua o, a veces, vestida y maquillada para salir como si nada hubiera pasado. Mi hermano y yo no necesitábamos más que un gesto de mi madre para comprender, pero las gemelas eran otro asunto. Estaban hartas de aquella madre floja que siempre se descomponía antes de una actividad en el colegio, que nunca tenía tiempo para ayudarlas con las tareas, en fin, que no servía para mucho. Seguían con su vida como si nada, gritando en medio de sus peleas, corriendo desaforadas y deslizándose por los corredores encerados como si se tratara de una pista de patinaje, para ir a estrellarse justo contra la puerta del dormitorio principal desde donde provenían alaridos furibundos. Entonces mamá, con su santa paciencia y un sentido del deber que era casi una filosofía de vida, tomaba a cada una de la mano y las arrastraba hasta el parque, donde su malcriadez no alcanzara los delicados tímpanos de la madre.

Pero la señora inició un cambio sutil en su rutina. Para empezar, alteró los hábitos de alimentación: la pobre cocinera andaba como loca tratando de satisfacer las veinte o treinta dietas que intentó. Llegaba a la casa eufórica gritando que fulana de tal le había pasado una dieta que consistía en comer según un ciclo de veintiocho días que empezaba con el ayuno de la luna nueva y terminaba en un festín pantagruélico cuando la luna estaba en su plenitud. La señora vivía pendiente del almanaque, mirando el cielo y

rogando que la luna se llenara pronto. Así desfilaron por su cabeza trastornada y a costo del pobre cuerpo las más variadas locuras, desde tomar agua mezclada con un producto nauseabundo que se le hinchaba en la panza y la dejaba sin hambre pero convertida en una especie de sapo, hasta comer solo manzanas y repudiarlas luego durante meses, toda un nervio; se sobresaltaba por cualquier tontería, caminaba por la casa durante la madrugada abrazándose el cuerpo y murmurando como alma en pena. Andaba con un genio del demonio y, si antes se contaba poco con ella, su presencia pasó a ser un adorno. No quería ni oír hablar de asuntos domésticos, mucho menos de la molestia que eran sus hijas.

El señor estaba poco y nada en la casa y no notó los cambios; si los notó, no creo que le importara demasiado. Llevaban una convivencia pacífica, sin estorbarse los respectivos caminos, con una razonable dosis de civilidad y suficiente de hipocresía. Dudo que alguna vez se hayan amado. Sospecho que su unión obedeció más a las leyes de la conveniencia que a las del amor: la señora puso el dinero, y señor, el apellido.

Mamá y la cocinera estaban encantadas un aspecto puntual de esta mutación: la ropa. En un ataque de locura, la señora vació sus estantes, cajones y baúles, escogió unas pocas prendas y se deshizo del resto, que fue a parar a la mesa de la cocina. Algunos de esos vestidos de finísima confección y telas nobles tenían la etiqueta todavía prendida. Mamá no daba crédito a sus ojos. Acostumbrada a la rusticidad de los géneros y a la modestia de diseños, se sentía desnuda entre aquellas sedas que se deslizaban por la piel rozándola apenas. Varias noches me desperté para verla de pie, frente al espejo, iluminada por la luz tenue de la veladora, descubriéndose mujer detrás de los escotes y encajes, sorprendida ante aquel ser que parecía venir de otro mundo para llenarla con la ilusión de una vida nueva.

Además de renovar el vestuario a costo de recalentar sus tarjetas de crédito, la señora compró un auto de lujo con unos cuantos chiches que la dejaron conforme por poco tiempo. Transformó la salita de tomar el té en un pequeño gimnasio al que decoró con barras, pesas, bastones y unos aparatos monstruosos que parecían un par de robots. Era frecuente verla sonreír por nada, simplemente guiñándole a algún recuerdo que solo ella conocía. Después supe, cuando a mí me tocó experimentar esa dulzura inexplicable del enamoramiento, que aquellas sonrisas eran puro placer. Un placer diluido en un pasado reciente que se prolongaba hasta ese momento y dejaba la huella demasiado obvia de aquella sonrisa. Cualquiera podía darse cuenta: la señora estaba enamorada.

Mamá y la cocinera tuvieron sus primeras sospechas cuando a la mesa de planchar llegaron las piezas de ropa interior nueva. Aquello era un derroche de sensualidad. Mamá se preguntaba escandalizada cómo haría esa mujer para meter el cuerpo en aquellos triangulitos de morondanga, a lo que la cocinera contestaba con desdén que a esas señoras tan pitucas no había más que rascarlas un poco para hacerles brotar la verdadera puta que llevaban adentro. «Y todo por qué», decía con su teoría robada de la cuestión, «porque no hacen nada, terminan aburriéndose y se buscan hombres para pasar el rato». Mamá se reía a carcajadas de las ocurrencias de su compañera, pero acababa diciéndole que exageraba, que no todas iguales, que a ella le parecía que la señora estaba enamorada en serio.

—No es mala —repetía como toda defensa.

Era una persona práctica, mi madre. La vida no le había dado opción. «Cuando cinchás todo el día como una burra no te queda tiempo para andar en las nubes», me decía, pero cada tanto se permitía ejercitar su sensibilidad adormecida a fuerza de sacrificios, y entonces le afloraba una mujer tierna, anhelante. En el fondo, mamá necesitaba que esa historia de amor existiera, aunque fuera para ser espectadora de una fantasía que a ella le hubiera gustado vivir.

* * *

El color azul todavía me pone triste y es a causa de aquel pollo que el señor trajo una noche del campo. Entró con las botas embarradas y una expresión de felicidad iluminándole el rostro. ¡Cómo me gustaba entonces! Creo que ni siquiera sabía mi nombre; pero no lo tomo como un desprecio, porque apenas recordaba el de sus hijas. Yo me pasaba la semana esperando esa irrupción de vida en una casa donde todo estaba tan perfectamente dispuesto que no cabía la sorpresa. No tenía más contacto con hombres que los efímeros encuentros en el almacén o rumbo a la escuela. Mamá, por otra parte, hablaba pestes de ellos y crecí atormentada por una sensación de miedo. Felipe no era, a mis ojos, un hombre; y mi padre se esfumaba en una bruma de incertidumbres. Esa sensación que me embargaba entonces era una siniestra probabilidad de mi soledad futura. Había visto parejas en la televisión, tormentos de toda índole que solamente podían justificarse por un fin superior. También me llamaban la atención las parejas en la calle, caminando de la mano o besándose en los refugios del ómnibus. Aquello, lejos de molestarme, me parecía sublime. No lograba darle nombre a esa sensación, pero me daba

cuenta de que me emocionaba. De algún modo, percibía que no podía tan malo.

El pollo habría pasado inadvertido si sus alas no hubieran sido de color azul. El señor lo había comprado al hijo de un feriante del pueblo que se ganaba unos pesos tiñendo animalitos de los colores más disparatados. Un conejo rosado estuvo a punto de ser elegido, pero se lo llevó la hija del capataz que soñaba en colores y juraba haber visto ese y no otro conejo en el sueño de la noche anterior. Quedaba una gata parda cuyas partes blancas habían sido coloreadas de verde, un par de canarios llevados a un violeta despiadado, y el pollo azul. A falta de conejo, el señor eligió por descarte, que es la peor forma de elegir.

Lo traía agarrado por las patas en un temblor de alas que daba lástima ver. La señora había pasado una buena noche y el señor confundió la sonrisa embelesada con una aceptación. Viola y Maciel saltaban hechas un par de locas alrededor de su padre, que levantaba los brazos para poner al pollo fuera del alcance de los manotazos. Felipe había llegado del colegio y me llamó de apuro para que fuera a ver el espectáculo. Me asomé desde la cocina y recuerdo que sentí pena, una pena honda, como si la que estuviera patas arriba aleteando desesperadamente fuera yo. El pollo tenía la ternura de las cosas pequeñas; una protección demasiado efímera. Las gemelas olvidaron sus juguetes y se dedicaron a la nueva mascota. Lo acomodaron en su dormitorio, en una caja que mamá puso encima de unos diarios viejos. Le daban de comer en la boca y agua con cuentagotas hasta que el pobre animal mostraba señales de ahogo. Vivían para él como si se tratase de un ser mitológico al que había que prodigar cuidados especiales. De hecho, aquel pollo no era de este mundo o, al menos, alguien le había torcido la estrella de la naturaleza.

La cocinera mostró indignación desde el primer día. Daba vueltas por su dominio, ondulando el enorme trasero al tiempo que pelaba papas, vigilaba el pastel y caminaba de aquí para allá sin encontrar sosiego.

—No hay derecho —decía—. Estas mocosas de porquería ya no saben con qué entretenerse. Y, claro, los padres, con tal de que no los molesten...

Mamá estaba de acuerdo, pero no opinaba. Era su forma de ser. Tenía un sentido de la gratitud exacerbado, al punto tal que se volvía sumisa. Sabía que de aquella familia dependía el sustento y la educación de sus hijos y no olvidaba que estaba allí por pura caridad. La cocinera se ponía furiosa con esa actitud que confundía con alcahuetería y más de una vez le hizo notar que si trabajaba en esa casa era por ella; pero mamá reservaba también para ese recuerdo su cuota de agradecimiento, y contestaba con ánimo templado.

—Para lo que les va a durar...

—Justamente —seguía la cocinera, cada vez más airada—. Si a estas malcriadas no las conforma nada. ¿Viste cómo tienen el cuarto? Un día no van a poder entrar de tanto juguete.

—Si lo sabré yo.

—Además —se prendía la otra creyendo que, finalmente, había encontrado una punta a la madeja del resentimiento—, son unas desprolijas. No cuidan nada. Y claro, ¿cómo no van a ser así con los padres que tienen?

En este punto mamá hizo un silencio demasiado elocuente y la otra notó que no había logrado enredarla en su propósito.

—Lo que más lástima me da es el pobre animal.

—¡Ah! Ni hablar —contestó mamá para dejar bien claro por dónde aceptaba que transcurriera la conversación—. A mí también me parte el alma. ¡Habrase visto tamaña salvajada! ¡¿A quién se le ocurre teñir un pollo?!

—Y si lo hacen es porque hay gente que lo compra —respondió la cocinera con esa sabiduría precaria con la que algunos explican, por ejemplo, la prostitución.

Mamá volvió a su silencio. Era un arma invencible que tenía para defenderse cuando algo no le gustaba. La cocinera lo sabía, pero ya estaba demasiado acalorada como para detenerse y aprovechó para hacer un discurso que mamá, si hubiese conocido la palabra, habría calificado como panfletario.

—Estos ricos están todos cortados por la misma tijera. Pura pinta, puro barniz, pero adentro, nada. En mi casa, que es pobre pero honesta, un pollo es un pollo y se acabó, Cuando era chica vivíamos a leche y avena. Pollo, en Navidad solamente, y con suerte. A estos, lo que les hace falta es pasar un poco de necesidad. Déjamelos un mes nada más; a pan y agua te los tengo y te aseguro que cuando vean un pollo lo que menos les va a importar es el color de las plumas.

Mamá reía y me guiñaba un ojo, un gesto pícaro que a mí me llenaba de felicidad.

Las gemelas cuidaron del pollo durante un tiempo exagerado, considerando la atención que normalmente prestaban a sus juguetes nuevos. A las dos semanas ya estaba olvidado, piando de hambre o tomando agua del inodoro, de donde mamá lo rescató un par de veces. Pronto no lo quisieron tener más en el dormitorio y pasó a residir con caja y todo en el cuarto de las escobas, contiguo a la cocina. Mamá se encargaba de darle de comer y cambiarle los diarios, operación que cada vez se volvía más engorrosa pues el pollo estaba crecido a pasos acelerados. Era evidente que podía seguir allí.

Había alcanzado su tamaño adulto, el azul había dado paso a un verde enfermizo y las gemelas ni siquiera se acordaban de que alguna vez habían tenido un pollo. La cocinera esperó que llegara el patrón el viernes para plantearle la situación.

—Mátelo —le contestó y pidió un café cargado.

Todavía tengo fresco el recuerdo de aquella mujer cuando entró en la cocina hecha una tromba de maldiciones y rencores añejos, levantando una energía que metía miedo. Mamá, Felipe y yo observábamos en silencio. En unos minutos puso en un par de bolsos nueve años de trabajo, se despidió de nosotros con abrazos casi piadosos, metió el pollo en una caja y se fue por la puerta del fondo sin una palabra de despedida.

* * *

A la señora le llovió toda la mala suerte cuando quiso buscar la vida por otro lado. Me es difícil precisar su edad por aquel tiempo. Desde mi perspectiva enana, cualquier cosa que se elevara del piso más allá del metro medio era una persona mayor, vieja o adulta, todo en la misma bolsa. La recuerdo preciosa impecable dentro de sus telas finas, con aquella piel perfecta a base de cremas que la dejaban brillando, como recién lustrada. Mamá vivía rezongando cuando tenía que acomodar tanto pote y pomo en los estantes del baño. «¿Para qué quiere esto, me querés decir? Si después se echa al sol y se arruga en un santiamén». Le parecía inverosímil dedicar tanto tiempo al cuidado del cuerpo. Nunca admitió que la hubiera fascinado vivir entre aquellos olores de esencias naturales, flotar en los vahos de aloe y frutos silvestres, atontada por el placer de un masaje bien dado con aceites de jojoba. Varias veces la descubrí oliendo el aire como un sabueso, para quedarse con los rastros de placer que la señora iba dejando a su paso.

Los lunes por la mañana la casa se llenaba ruidos. Apenas se iba el señor, ella salía de su dormitorio envuelta en alguna bata de seda y comenzaba el ritual de belleza. Nada parecía importarle más que verse hermosa. Mamá ya le tenía pronto el desayuno, y calculada a la perfección hasta la última de sus calorías. A veces, salía disparada hacia el mercado a buscar jengibre fresco, salvia recién cosechada o clavos de para perfumar las manzanas en compota. Volvía hecha una brasa, furiosa por ser tan contemplativa con los caprichos de aquella desquiciada, pero disfrutando un poco de los momentos en los que podía jugar a ser bella. Revolvía en los cajones de hierbas y preguntaba a los feriantes con tanto interés como si fuera ella la destinataria, opinando sobre el poder balsámico de tal o cual yuyo, las cualidades rejuvenecedoras del

sésamo, la humectación inmediata que produce la lechuga fresca sobre la piel o la potencia reafirmante de los cítricos. Ella se regocijaba secretamente en el placer que le provocaban esos breves instantes de identidad prestada. A más de un puestero soñador le hubiera roto el encantamiento saber que la única concesión a la belleza que se permitía mi madre era una crema de ordeño que compraba por nada en una veterinaria del barrio. Llevaba el pote vacío cada mes y volvía con la misma ilusión con que la señora retornaba cada tarde en un torbellino de bolsas, cajas y frascos que se le iban cayendo mientras subía las escaleras y que no se molestaba en recoger porque detrás siempre venía mi madre.

Se hizo habitual verla hermosa, descender hecha una reina, estrenando vestido y zapatos altos, sin reloj ni joyas; una sutileza que el tiempo me hizo entender cuando yo misma aprendí a cuidar ese detalle para no tener que preocuparme por dejarlos olvidados en lugares poco oportunos. A mamá le llamaba la atención que no se perfumara, ella, que vivía comprando esencias carísimas y que se sofocaba incluso a la hora del desayuno; ella, que tenía pequeños frasquitos con dispensador en cada cartera para retocarse cada cinco minutos. Ella, la misma señora, parecía olvidar este complemento indispensable cuando hacía sus salidas fuera de programa. Mamá, que vivió consagrada a su trabajo y que, luego de mi padre no se permitió más que el resplandor fugaz de un amor que no pudo ser, no lograba entender este aparente descuido. Lejos estaba su sentido práctico de asomarse a la inconveniencia del perfume en los avatares de la infidelidad. La señora había aprendido muy bien su lección de esposa adúltera; pero, además, me hace ilusión creer que prefería entregarse a su momento de mayor felicidad con su propio perfume, el aroma de aquella piel cuidada con esmero artesano, bañada y mimada hasta la perdición.

Salía sin aclarar demasiado el destino ni la hora de regreso, daba tres o cuatro indicaciones superfluas y se iba segura de que la casa estaría en orden. Mamá le cubría las espaldas todo lo que su buena voluntad le permitía, pero cada tanto asomaba la mujer y entonces le venía una oleadita de algo parecido a la envidia, a querer ser como la otra, a tener la posibilidad de elegir todo, desde la ropa interior hasta el amante; y esas veces, mamá dejaba algún pequeño detalle suelto. No estoy segura de que lo hiciera adrede, más bien parecía la acción de una conciencia oculta, su lado oscuro que le afloraba apenas y le hacía olvidar, por ejemplo, una blusa con olor a habanos sobre la cama justo el viernes, justo el día en que volvía el señor.

Yo tendría unos once años y ya empezaba a entender que había juegos prohibidos en las relaciones del amor, que no todo se limitaba a las parejas convencionales, que el matrimonio solamente era una meta en las telenovelas, pero que, en la vida real, más bien parecía ser el comienzo del fin. La peculiar situación de mi crianza sin padre me había hecho una observadora aguda de los de mis compañeras. Me divertía detectar pequeñas grietas en matrimonios en apariencia perfectos, comprobar que no siempre era amor lo que unía a las parejas, que no todos los padres, por el mero hecho de serlo, se amaban, como pensaba en un principio. Esta constatación de la realidad me proporcionaba el refugio hacia el cual acudía cada vez que me venía la angustia de ser medio huérfana.

Una tarde, después de la merienda, sonó el teléfono. Era la señora para avisar que no volvería a cenar. Mamá asintió respetuosamente y no pudo reprimir un gesto de sorna apenas colgó. De inmediato organizó la cena para las gemelas y para mí; nos obligó a hacer la tarea y a darnos la ducha diaria. Noté que estaba impaciente. Nos mandó a la cama antes de lo habitual y se quedó refunfuñando mientras planchaba. Fregó, sacó lustre a los bronce, pasó un trapo a los muebles y acomodó los libros en la biblioteca; tareas poco frecuentes para esas horas. Parecía una madre a la espera de la hija la noche de su primer baile. Yo la miraba protegida por la penumbra de nuestra habitación y me preguntaba por qué andaba como loca, respirando como un fuelle descompuesto y con un mal humor evidente.

Cuando fue obvio que la señora tampoco iba a volver a dormir, apagó las luces de mala gana y se vino al cuarto hecha un ají. Hablaba sola. «Y de golpe, se me volvió puta, así nomás, puta. ¡Habrás visto! Con hijas y marido estar faltando a la casa. La culpa es de él, que le da todo. Si le apretara un poco las clavijas, no tanto viaje ni tanto trapo, ¡ah! Te quiero ver mascarita, si tuvieras que trabajar para ganarte la vida no te quedarían ganas de andar jodiendo. Pero conmigo embroma poco. Yo la corto mañana mismo. Que el marido se aguante los cuernos es cosa suya, pero yo no voy a estar criando a las hijas y apañándole las porquerías, no, no, ¡qué esperanza!». Y siguió todo lo que duró su modesto ritual de acicalamiento antes de meterse en la cama.

Cuando desperté a la mañana, mamá estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el jardín. Las ojeras profundas delataban una noche en vela. Me quedé quieta en la cama, como hacía siempre, disfrutando de ese momento de intimidad, unidas en aquel humilde cuarto que era nuestro hogar. Vino a sentarse al borde de la cama y apoyó mi cabeza contra su pecho sin decir palabra, un ritual cotidiano desde donde aprendí a desarrollar la ternura.

Era casi el único gesto dulce que mamá se permitía conmigo. Durante el día nos veíamos poco y, además, presiento que siempre tuvo miedo de crear lazos demasiado fuertes, como si anduviera por la vida temiéndole al desarraigo. Si la única certeza que había de un afecto era su pérdida, para qué aferrarse a él, parecía querer decirme con aquel amor controlado.

Nos sobresaltó el teléfono a una hora nada habitual. Saltamos sintiendo la punzada del desastre. Mamá corrió a atender, segura de que nada bueno vaticinaba aquel sonido fuera de tiempo. Volvió al minuto, pálida, serena, con la expresión estoica de haber cumplido con un santo deber.

—¿Y? —pregunté inquieta.

—Y nada —me dijo, y trató de fingir indiferencia como si aquella hubiese sido una noche como todas.

—Pero ¿quién era?

—El señor —contestó mientras sacudía mi almohada, que era la señal de levantarme.

—¿A esta hora?

—Pensó que había perdido la billetera, pero la dejó aquí. Lo malo es que anda sin documentos. Creo que esta vez vuelve antes —añadió con estudiada malicia.

No pude evitar la tentación de hacer la pregunta que me estaba quemando, una pregunta en apariencia inocente pero que contenía miles de palabras, juicios, prejuicios y opiniones; toda la historia tejida en una simple preguntita que la cazó al vuelo, una pregunta con la que le estaba avisando que ya entendía ciertas cosas y que me estaba poniendo grande.

—¿Preguntó por la señora?

Mamá volvió a sonreír, pero esta vez no había malicia sino picardía, una comprensión de mujer a mujer que quizá le tomó toda una noche elaborar, una complicidad que, de alguna manera, la igualaba a la otra.

—Sí.

—¿Y qué le dijiste, mamá?

—¿Qué iba a decirle? Que estaba todo en orden y que no la llamaba porque, como él bien sabe, se despierta tarde.

Aquella solidaridad era otra muestra de su espíritu de leona. Mamá era una mujer noble. De sobra conocía los estragos del sufrimiento como para andar causándolo gratuitamente. Las ganas de ser otra operaban en ella de manera inversa: en lugar de incitarla a desear desventuras, le nacía admiración por los que habían logrado lo que a ella le quedaba tan lejos, y se

dedicaba a cuidar de esta buena estrella ajena con tanto amor como si fuera propia.

La señora pasó a tener una aliada incondicional dentro de la casa. Mamá le apañaba la infidelidad con una lealtad de perro y una disposición absoluta que la hubiese convertido en la mejor amiga de no haber mediado el abismo social que ninguna de las dos pensaba cruzar. Jamás hablaron directamente del tema, pero bastaba una mirada de la señora para que mamá entendiera aquella luz, el brillo mágico que solo podía significar una cosa. Entonces concentraba sus energías en ayudarla a prepararse para la cita: planchaba, lustraba calzado, ponía sales en el agua de la bañera, le quitaba a las gemelas de encima para que no estropearan la metamorfosis de la que la señora emergía convertida en una muñeca. Mamá no tenía demasiada experiencia en aquellos asuntos, pero cualquier mujer reconoce el resplandor de la piel cuando está «dispuesta». Aquello era un derroche de hedonismo y mamá se deleitaba en el goce de la otra, envuelta en una nube ambigua de tristeza y felicidad que la dejaba medio mareada por varias horas.

Fuera de la casa, el mundo no compartía la generosidad de mi madre. La señora estaba rodeada por un enjambre de supuestas amigas. No más que un grupo de mujeres a quienes el tiempo les sobraba y que dedicaban horas a chusmeríos baratos que en nada se diferenciaban las comidillas de barrio. La señora era, según el dudoso criterio de estas damas, una mujer afortunada: tenía marido buen mozo, con plata y lo suficientemente perfecto como para mandarse mudar de lunes a viernes y dejar la cancha libre. La buena suerte le había dado dos hijas de una sola vez, con lo que había cumplido en un único trámite con el asunto obligatorio de la maternidad, la deformidad del cuerpo, la pesadez de amamantar y el propio acto de parir, todo envuelto en el mismo paquete; mejor, imposible. Pero, además, la señora tenía algo que la volvía decididamente intolerable a los ojos de sus amigas: era hermosa. A juicio de mi madre, también era estúpida. De otro modo, no se entendía cómo podía andar desparramando sus intimidades entre aquella manga de brujas. Mientras limpiaba, mamá escuchaba al borde de la desesperación cómo la señora hablaba por teléfono y contaba a las otras sus proezas infieles y algunos detalles de alcoba que a mamá le provocaban ganas de arrancarle el tubo de la mano y partírselo en la cabeza. No podía entender cómo no se daba cuenta de que estaba cavando su propia fosa. No pasó mucho sin que la realidad le confirmara que estaba en lo cierto.

* * *

Unos meses después de que la cocinera se mandara mudar con el pollo azul, llegó a la casa un «hacelotodo» precedido de las mejores recomendaciones. Había servido como mayordomo de cruceros de lujo y traía referencias brillantes que lo habilitaban a hacer prácticamente cualquier tarea, desde desagotar graseras a preparar centros de mesa con flores cultivadas y escogidas por él mismo. «Una maravilla», decía la señora por teléfono a quien quisiera escuchar, y para colmo de perfección, mudo.

Franco Palma llegó con una única maleta de cuero desvencijada y cubierta de calcomanías superpuestas de todas partes del mundo. Poca cosa recuerdo de su apariencia, salvo que era un hombre altísimo, tan alto que bajaba la cabeza cada vez que entraba en la despensa, cuando ayudaba a mamá a guardar las conservas. Sus rasgos se me han desdibujado, pero basta pensar en él para que un olor penetrante a aceite de coco se me meta por la nariz. Varias veces me desperté sudando tras una pesadilla recurrente en la que Franco Palma aparecía desnudo, mirándome con los ojos desorbitados y la boca abierta en un grito sordo. Entonces, hacía lo que tantas veces, respiraba hondo para disfrutar del alivio de haber vuelto de un mal sueño. Cuando creía que estaba a salvo, me venía ese olor a cocos y ya no podía volver a dormir.

Tengo bien presente el día de su llegada porque mamá fue otra a partir del instante en que él se presentó con una reverencia de lo más cómica y aquellos ademanes exagerados que después pude comprender. Nadie nos había advertido que iba a venir, así que mamá lo tuvo un buen rato sin abrirle la puerta hasta que logró ubicar al señor en la estancia y confirmó lo que Franco Palma ya nos había explicado en una notita escrita ahí mismo. De todos modos, no era cuestión de darle confianza a un extraño. Mamá sacó a relucir un aire de dueña de casa que a mí me sorprendió, lo guio hasta su dormitorio, le explicó las reglas de la familia como un general a la tropa y le advirtió que a la menor falta tendría que comunicárselo a los patrones. Franco Palma la escuchó con aire divertido, fingiendo una solemnidad respetuosa, volvió a hacer su reverencia y se dispuso a desempacar.

Mamá salió de la habitación echando chispas, tropezándose conmigo sin verme, y refunfuñando vaya a saber Dios qué maldiciones.

Esa mañana la noté dispersa, con un ojo puesto en la crema de vainilla y otro en la puerta de la habitación desde donde Franco Palma se asomó antes del mediodía, recién bañado, con ropa de fajina y su inconfundible olor a aceite de coco. La piel de los brazos le brillaba. Mamá lo vio justo en el momento en que la crema empezaba a hervir. Puso cara de mala, pero no pudo evitar que su blusa delatara la respiración acelerada. Yo hacía mis

deberes sobre la mesa de la cocina. La reacción de mi madre me provocaba más asombro que la novedad de un hombre en la casa.

—¡Ah! Ya está pronto, sabrá qué hacer, supongo —le dijo con una dureza exagerada.

Franco Palma asintió con una sonrisa y yo me afané en buscarle aquel defecto que a mi madre sacaba de quicio. En vano; era un tipo encantador. De inmediato salió al jardín y puso manos a la obra. En un santiamén desmalezó los canteros y llenó una gran bolsa con yuyos y pinocha seca. Mamá lo observaba a través de la ventana y machacaba con saña una lechuga que, finalmente, tuvo que tirar a la basura porque quedó hecha un puré verde que de ninguna forma podía pasar por ensalada. Cuando llegó la señora, le reprochó tímidamente que no le hubiera avisado del nuevo empleado, que había que tener cuidado con meter un hombre en una casa con niños y otras prevenciones que la señora iba olvidando a medida que escuchaba.

Mamá sirvió la cena como de costumbre: un caldo para la señora en el dormitorio, hamburguesas para las gemelas y un buen churrasco con puré para el servicio que, extrañamente, en aquella casa, se alimentaba mejor que los patrones. Fue la primera vez que compartí la mesa con un hombre. Ya empezaba a sentir curiosidad por aquella otra mitad del mundo poblada por seres peludos de los que solamente tenía la certeza del abandono. Quizá por eso lo primero que me vino a la mente cuando vi a Franco Palma llevarse un trozo de carne a la boca y hacerle a mamá un gesto de aprobación que ella fingió no notar, fue que aquello duraría poco. Por regla natural, aquel hombre estaba predestinado a marcharse.

Los días que siguieron fueron pura novedad y no solo para mí, que observaba a Franco Palma como si se tratara de un marciano. Todo en la casa cambió. Para empezar, el jardín, hasta ese entonces una selva triste, sin la menor gracia, apenas coloreado por una glicina que nadie podaba y que florecía por pura obstinación. Franco Palma se sentía tan a gusto entre las plantas que se levantaba antes del alba y ya estaba con su camisa remangada y el pantalón doblado a media pierna, devolviendo a la tierra aquella negrura brillante desde donde empezaban a florecer las primeras petunias. Trajo almácigos de corales, alegrías y portulacas y llenó los canteros con tal gracia que a los pocos días aquello era un carnaval de colores. También plantó una santa rita, un tallito insignificante que ató con alambres a un caño de la luz y que causó la burla de mi madre.

Cuando trabajaba en el jardín, Franco Palma volvía con hambre de lobo. Mamá se complacía secretamente en reconocer aquel apetito atroz y tenerle

pronta una ración doble de almuerzo. Era una comunicación silenciosa que los ligaba con la exquisita sutileza de los primeros fulgores del enamoramiento. Por la noche, Franco Palma regresaba al jardín para regar, y entonces se colaba el olor fresco de la tierra húmeda mezclado con aceite de coco que entraba por la ventana y llegaba hasta nuestro dormitorio. Mamá permanecía despierta hasta tarde, se probaba la ropa de la señora, volvía a la cama pero no lograba dormir.

En la casa estábamos encantados con el nuevo empleado, incluido el señor, que espació sus regresos del campo con el pretexto de que le daba tranquilidad que hubiera alguien que cuidara de su familia mientras él le dedicaba más tiempo al trabajo. Claro que, a veces, exageraba un poco, como aquel mes entero en que no se le vio el pelo. La señora pasaba mejor sin él, así que también le vino bien ese súbito amor de su marido por la tierra. Tampoco se molestó cuando una de sus amiguitas le trajo el cuento de que lo habían visto con otra; fingió una indignación políticamente correcta, esa noche se arregló más linda que nunca y no regresó a dormir. El único que no parecía cómodo era Felipe. A nadie le resultó extraña la hosquedad con que saludó a Franco Palma cuando llegó el viernes, como de costumbre, y se lo encontró vaciando un tazón de café con leche. Felipe tenía fama de raro, de pocas pulgas y menos palabras; apenas cabeceó como respuesta a la presentación formal que hizo mi madre, se metió en nuestra pieza y casi no salió hasta el lunes por la mañana.

En vano intentó Franco Palma ganarse su amistad. Hasta le hizo un barquito con palillos de madera y retazos de tela, pero Felipe no tenía vueltas entonces, como no las tiene ahora. Si alguien no le cae en gracia, no hace el menor esfuerzo por disimularlo, se vuelve una mula y apenas deja espacio para las normas elementales de urbanidad. A mí me resultaba divertido observarlos cuando desayunaban solos, uno a cada lado de la mesa, cada cual hundido en una forma personal del no hablar: lo de Franco era mudez; lo de Felipe, mutismo. Ahora veo que Felipe, estimulados sus mecanismos de defensa por el amor desproporcionado que tenía por mi madre, se dio cuenta antes que nadie de que aquel hombre era una amenaza.

Los primeros recuerdos que me llegan de esa época vienen asociados a los cuentos de mar que Franco Palma hacía durante la cena. A falta de palabras, se las ingeniaba con dibujos, objetos que iba tomando de aquí y allá, la expresividad de sus ojos y aquellas manazas que azotaban el aire como aspas de molino. Con el tiempo, fuimos acostumbrándonos a su lenguaje pintoresco y logramos una comunicación bastante fluida. Felipe se negó a entender.

Ponía el pretexto de que, por estar menos tiempo en la casa, no terminaba nunca de aprender el significado de aquella pantomima. Por otra parte, decía, no le interesaba en lo más mínimo enterarse de las andanzas del mudo, como lo llamaba con un dejo de desprecio. Pero mamá y yo nos deleitábamos en la observación atenta de los gestos para ir desmadejando el hilo de las historias pobladas de turistas ricos, jubilados en el cumplimiento del sueño de una vida, parejas hechas y deshechas en alta mar, todo en un entorno mágico de luces, música y olor a sal. Nobleza obliga decir que yo me divertía mirándolo, pero solo entendía los gestos elementales. El resto me lo contaba mamá antes de dormirnos y estoy segura de que su imaginación enamorada enriquecía el relato con detalles que dudo hubiera podido descifrar.

Nada había mejor que un domingo de lluvia en la casa. Mamá descansaba ese día. Un descanso a medias quebrado cada tanto por algún pedido de la señora al que accedía haciéndole notar que era domingo. La señora pedía disculpas y agregaba que, por favor, no se olvidara del edulcorante para su té. Las gemelas dormían hasta el mediodía, una costumbre de la que mamá me preservó celosamente porque, decía, «para dormir hasta tarde hay que tener plata, m'hijita, los pobres nos levantamos temprano». Apenas se despertaban, ya tenían alguna invitación y partían a los gritos. La cuestión era estar poco en la casa. Criadas en aquel medio hostil a la cuestión familiar donde cada cual hacía lo suyo sin preocuparse en qué andaba el otro, y la mayor manifestación de cariño consistía en no meterse en la vida de los demás, parecían ahogarse en su propio aire cuando no conseguían programa. Aquellos episodios de histeria claustrofóbica terminaban, generalmente, con un libró deshojado a los tirones, los estantes de ropa vaciados salvajemente o alguna muñeca destripada. Por eso la señora procuraba que no faltara actividad para el domingo, de manera tal que era solo cuestión de levantarlas, meterlas en el auto y depositarlas donde cuadrara, no fuera que le estropearan su preciada libertad.

Nos venía entonces una oleada de fantasía que nos permitía jugar por unas horas a ser los dueños de casa. Jamás traspasábamos los límites de la cocina, pero subíamos el volumen de la voz y nos sorprendíamos de las risotadas que cada tanto se nos escapaban como nacidas exclusivamente para los domingos. Franco se sentaba a la cabecera de la mesa mientras mamá preparaba las tortas fritas con una mezcla de harina y agua a la que agregaba un ingrediente secreto que las volvía únicas. Prometió contármelo cuando estuviera en edad de formar familia, pero las circunstancias de su muerte fueron tan terribles

que nos envolvieron en un vértigo demoledor que no fue hasta el primer domingo de lluvia sin ella que recordé que se había ido sin darme el secreto.

Franco encendía su mirada con mil colores y un brillo que aumentaba o decrecía según el interés que quería dar a su historia. Era cuestión de concentrarse en sus ojos, seguir con atención el movimiento de aquellas pupilas oscuras, las arruguitas finas que se le formaban bajo los párpados, el pestañeo a veces frenético o la mirada fija en algún punto que solo él conocía. Aquellos ojos hablaban, pero no hablaban para mí. Franco Palma parecía interesado solamente en que mamá captara cada detalle de su relato. La inquiría con una mirada desesperada cuando creía que no había entendido algo y le devolvía en mil sonrisas de agradecimiento la atención amorosa que ella ponía mientras hundía sus manos en la harina y amasaba de memoria.

Felipe no quería saber nada de historias de mares rojos, hormigas asadas, bailes tribales o jaurías que aúllan a la luna. Todo lo despreciaba como si fuera lo más común del mundo, insistía en la dificultad para entender al mundo y se escabullía en nuestra pieza. De esa época, creo, le nació el gusto por el trabajo manual. Vivía armando barcos de madera que llenaba con una tripulación de muñequitos hechos en plastilina. Tenía una verdadera flota y organizaba batallas navales en plena bañera. Era una diversión algo infantil para su edad, pero mi hermano ha sido un tipo algo raro, como de otro mundo o de otro tiempo. Una tarde lo descubrí mandando un barco a pique. Lo tenía fuertemente asido y sumergía su brazo hasta el codo de manera tal que el naufragio tuviera éxito. Me llamó la atención que mirara fijamente su reloj mientras mantenía el barco bajo el agua.

—¿Qué estás haciendo?

Mi voz lo sobresaltó pero mantuvo el brazo y no se dignó a contestar. Insistí. Nada. Me acerqué para ver de qué se trataba y vi que el barco solamente llevaba un tripulante con los brazos en alto.

—Felipe. ¿Qué es eso?

Me hizo un gesto furioso sin apartar la mirada del reloj.

—¿Cuánto hace falta para que una persona se ahogue?

—No sé, tres, cuatro minutos —contesté sin entender. Volvió a su silencio. Al rato sacó el barco del agua con gesto de satisfacción. El muñeco estaba bastante estropeado; un brazo se le había desprendido. Felipe parecía haber olvidado que yo estaba ahí. Emitió un gruñido y lo decapitó.

—Por las dudas —dijo.

Me pareció tan monstruoso que mi hermano se dedicara a asesinar muñecos que corrí a la cocina a contárselo a mamá. Franco Palma seguía

atentamente mis labios. Cuando terminé de hablar, mamá y él se dedicaron una mirada profunda, de entendimiento. Para mí fue una mirada de amor.

II

El espejo es un objeto que me llena de odio cada vez que me enfrenta con mi imagen. Fea, fea, me digo y caigo en una depresión profunda de la que salgo a duras penas refugiada en el pobre consuelo de una barra de chocolate. También odio el chocolate; lo odio porque no puedo con él, porque lo amo a pesar del daño que me hace. Y entonces me detesto por ser tan floja de voluntad, una pobre obesa que ha perdido su lugar en este mundo hecho para flacos.

Tuve una pesadilla peor que la del espejo: mi hermana gemela. La única vez que Dolores habló de nuestro nacimiento fue para recordar el trabajo que dimos, el agotamiento intolerable y aquel detalle que me puso desde el comienzo a la retaguardia: nací en segundo lugar. Viola era una beba preciosa, pura carne rosada, daban ganas de morderla, decía Dolores haciendo un gesto con los dientes apretados; una gordita de lo más adorable que, supongo, dejaba pocas ganas de andar prestándole atención a aquel otro gusano que se había deslizado detrás. Dolores siempre hablaba de Viola cuando estaba con sus amigas; a mí casi nunca me mencionaba, como si hubiera querido olvidar que existo. Pero ¿qué podría esperar? No ha sabido más que preocuparse por el color del pelo, el largo de las uñas, la perfecta combinación de su vestuario, las amigas tan huecas como ella, sus sesiones de gimnasia, los amantes, aquel amante... Dolores es mi madre, pero sus amigas la llaman Lola.

Volver. Volver mañana. Después de tanto. ¿Qué encontraré? Seguirá siendo una casa demasiado grande: cuartos vacíos, muebles restaurados, retratos de bisabuelos ilustres, todos con dos o tres apellidos, todos por el lado de papá que fue el que puso brillo a la extraña pareja que conformaban con Dolores. Nada entre ellos era tan auténtico como la mentira en que vivían. En que vivíamos, porque Viola y yo somos producto de aquella farsa. A veces siento que mi vida es el resultado de un error de cálculo o de una obligación impuesta por el estado del matrimonio. Ni siquiera estoy segura de que se hayan amado un instante, un mínimo instante en que él haya sentido que

Dolores era la mujer creada para hacerlo feliz. Es imposible que Dolores pueda hacer feliz a alguien que no sea ella; nació mirándose el ombligo y así morirá, preocupada porque su cabellera eternamente rubia esté bien peinada hasta en el momento del último suspiro. No puede ir más allá de la cárcel de su cuerpo, no tiene alas en la mente ni se tomó el tiempo para pensar si a sus hijas les hacía falta algo más que un juguete caro.

Viola siempre me echaba en cara mi crueldad con Dolores. Decía que no tengo corazón y ponía cara de circunstancia. Cuando la sorprendía a punto de ponerse mojigata, la mandaba a pasear o fingía escucharla mientras mi mente volaba lejos. Pero, claro, con Viola fue distinto. Dolores la prefirió desde el principio. Era una beba linda y podía exhibirla con orgullo. Nunca ocultó su predilección por mi hermana. No es una mujer de sutilezas; podrá andar enfundada en sedas, pero lo que tiene de burra no se lo quita nadie. No recuerdo haberla visto tocar un libro más que para tirárselo a papá por la cabeza. Su literatura estaba reducida a revistas del corazón o de interiores, pero no creo que pueda seguir el argumento de una novela más allá de las primeras diez páginas. Por otra parte, siempre andaba agotada. ¿De qué?, me pregunto.

Para colmo de males, me llamo Maciel. ¡Maciel! ¿En qué estaban pensando cuando me pusieron ese nombre? Supongo que a ella le habrá sonado distinguido, vaya uno a saber qué ridiculez pasó por esa cabecita. Había cientos para elegir, pero no, me llamaron Maciel y me terminaron de joder la vida. Ni siquiera estoy segura de que sea nombre de mujer. Cuando era niña, vivía traumada con la posibilidad de llevar un nombre de varón. Viola se burlaba todo el tiempo, me decía que cada vez me parecía más a un tío de los retratos y que en cualquier momento me salía bigote. Pasé años mirándome al espejo para detectar la menor sombra. Ya me sentía la mujer barbuda hasta que me creció un buen par de tetas; y de bigotes, nada. Mandé a Viola a la madre que la parió, que es la mía, pero nunca me resarcí por aquellos momentos de angustia.

Sé que puedo cambiarme el nombre, pero me da una pereza terrible el trámite, la burocracia, aguantar las caras de los funcionarios. No, no tengo voluntad para esas cosas. Debo enfrentar cambios más profundos. Solamente un gordo sabe lo que es abrir los ojos cada mañana y encontrarse hundido en el colchón, ese pozo horadado por el propio cuerpo, sintiendo que quizá sea una tumba, un lugar del que no merece moverse, quedarse quietecito hasta que la muerte lo encuentre y le traiga un poco de paz. Porque la muerte es

igualadora, dicen, aunque no estoy segura. Me horroriza pensar en el tamaño de mi cajón.

Dolores vive conmovida por un estado de ansiedad, una comezón interior que no es otra que la insatisfacción que produce la frivolidad permanente. Porque Dolores es una frívola y a otra cosa. Ningún calificativo le calza mejor. A veces pienso que debe de tener un resto de sensibilidad escondido en alguna parte de esa preciosa cabeza y entonces me viene a la memoria la tarde en que Felipe conoció el chocolate.

En casa podía no haber comida, pero no faltaban bombones de los más finos. A Dolores jamás se le ocurría abrir la heladera para la lista del mercado; mucho menos cocinar, una actividad incompatible con sus uñas. Parecerá ridículo en medio de tanta opulencia, lo sé, pero hubo días en que en casa faltó el pan. Dicho así suena a burla, pero en todos estos años me he ido convenciendo de que la miseria de los ricos no difiere tanto de la de los pobres. Yo sé que una cosa es no comer porque se está a dieta y otra muy distinta porque simplemente no hay con qué, pero me refiero a que el ruido de las tripas es el mismo.

No hacía mucho que Felicia había llegado a la casa. Lo recuerdo bien porque me gustó desde el principio. Claro que no supe demostrárselo. Ni Viola ni yo aprendimos a expresar sentimientos. Cuando nos querían mostrar aprobación, aparecía un juguete nuevo en el cuarto. Eso era todo, ni siquiera esperaban para ver nuestra reacción. Nunca agradecemos, nunca pedimos disculpas y nadie se disculpó con nosotras. En casa, toda la comunicación encontraba su cauce a través de los objetos. Había un código implícito que aprendimos desde la cuna: a mayor valor, mayor cariño.

Era frecuente que Dolores tuviera alguna invitada a la hora del té. Para aquellas ocasiones, había una mesa redonda, muy pequeña, junto a la ventana, en un rincón del salón, con un silloncito de pana azul a cada lado. Dolores sacudía la campanita y allá aparecía el servicio en bandeja de plata, herencia de los Pereira, como todo lo que tenía alcurnia en aquella comedia que era nuestro hogar. Esa tarde sirvió Felicia. Llevaba el uniforme celeste con las puntillas bordeando el delantal y la cofia a la que tanto se resistió al principio pero a la que tuvo que ceder porque Dolores le dijo que era condición indispensable para una mucama decente. Felipe se había deslizado detrás de ella y espiaba a la distancia como un gato asustado. Dolores le hizo señas a Felicia para que sirviera, con la misma indiferencia con que hubiera podido pulsar el botón de la cafetera automática. Las mujeres siguieron en lo suyo, como si no hubiera nadie más en la habitación, descuido nacido del desprecio

hacia los sirvientes que muchas veces les permitió estar al tanto de la porquería en la que se revolcaban sus señores. Mientras Felicia servía el té, la mujer entregó a Dolores una caja envuelta en dorado rematada por una moña de tul. Dolores tiró de la punta del lazo y brotó aquel aroma inconfundible que llegó hasta mi observatorio clandestino, un cristalero de estilo donde papá tenía su colección de pipas y detrás del que solíamos escondernos con Viola.

Si algo heredé de Dolores es su pasión por chocolate. No hay olor más envolvente ni sabor tan sensual; nada estimula de esa forma un espíritu, tanto que estoy convencida de que el chocolate me ha salvado la vida en más una oportunidad. Es curioso, también me lleva al borde del abismo cuando siento que puedo contenerme y me como diez, veinte, treinta bombones uno tras otro, con una culpa horrible, la culpa de no poder decir basta. Y sigo, y cada uno me trae añoranza del próximo y lejos de saciarme me abre una necesidad voraz de engullir, de tragar incluso sin masticarlos. Pero cuando yo mando, ¡ah!, entonces el chocolate no es un asesino de ansiedades sino el placer puro de sentir cómo se derrite suavemente en el calor de mi boca.

Felipe se había mantenido lejos para no llamar la atención, pero es evidente que el perfume llegó hasta él y lo atrajo como en un trance. Se detuvo junto a Dolores y contempló con ojos perdidos aquellas bolitas marrones que le abrían la ventana a un gozo irresistible. Felicia lo apartó y pidió disculpas, mientras le indicaba con una mirada que desapareciera de allí; pero a la amiga de Dolores se le despertó una reminiscencia de crueldad medieval y quiso jugar a reinas y bufones.

—No, no, por favor, que se acerque —dijo con aire benevolente mientras extendía su mano hacia Felipe.

Felicia lo atrajo bajo su brazo y ambos quedaron quietos, de pie, algo desconcertados. La mujer tomó un bombón de la caja y se lo dio. La sala quedó congelada en el instante en que Felipe depositó el bombón en su boca y la transformación del rostro habló por mil palabras. A Felicia se le inundó el alma de tristeza, de una pena honda por el pobre hijo. Dolores ya había vuelto a su té; un minuto dedicado a la servidumbre era una hora perdida. Felicia se sintió avergonzada de su pobreza.

—Disculpen, es que le encanta el chocolate, pero es can caro...

A la mujer le nació un brillo en la mirada.

—¿Escuchaste, Lola? ¿Cómo puede ser que no coma chocolate?

Felicia volvió a rodear el cuello de Felipe y giró hacia la cocina, pero la mujer la detuvo. Hizo un gesto con el índice para que Felipe se acercara y le sonrió con falsa ternura.

—Pero si el chocolate no se compra, el chocolate está bajo la tierra.

Dolores festejó la ocurrencia, la mujer soltó una carcajada de lo más desagradable y Felicia no esperó que le dieran la orden de retirarse. Tomó a Felipe del brazo y desapareció hacia la cocina maldiciendo en voz baja.

Aquella noche, cuando Dolores salía hacia una de sus parrandas, le llamó la atención un bulto que se movía en el jardín. Pensó en un perro y ya iba a gritarle a Felicia para que lo espantara, cuando las luces del auto que venía a buscarla iluminaron a Felipe acucillado sobre la gramilla raspando desesperadamente la tierra con sus uñas. Viola y yo hacía rato que mirábamos desde nuestra ventana y nos sorprendió ver a Dolores caminar hacia Felipe, inclinarse sobre él y ayudarlo a levantarse.

Me gustaría recordar otros gestos que humanizaran a Dolores, pero solo logro rescatar este de la memoria. No es un monstruo; ni siquiera es mala. A nadie daña en forma directa; su pecado ha sido de omisión y yo siento que es de los más graves que puede cometer una madre. Por eso todos le aguantan la estupidez, pero yo no quiero perdonarla.

* * *

Es difícil precisar cuándo comenzó, pero supongo que habrá tenido que ver con aquella necesidad, esta necesidad de ser querida. Mi fragilidad inicial se extendió hasta los cinco o seis años. Tengo fotos de esa época en las que me veo como un renacuajo bastante desagradable. Las peores son las de nuestra fiesta de cinco. Dolores se empeñó en organizar una celebración faraónica. Alguien debió de recordarle que se trataba de un cumpleaños infantil cuando empezó a considerar orquesta, caviar y un vestido de diseñador húngaro bordado en pedrería. Supongo que ese llamado a la realidad la habrá bajado a la tierra. De todos modos, insistió en lo del vestido y se lució.

¡Cuánto me aburrí! Viola y yo llevábamos trajes de organza; dos auténticos merengues. Papá llegó tarde, como de costumbre. Dolores, en cambio, había estado esperando ese día con ilusión de novia. Se presentó cuando la mayoría de los invitados había llegado. Bajó los escalones de mármol, acariciando el pasamanos con aires de emperatriz. Se dejó adorar desde el llano y deshizo su rostro en sonrisas de anfitriona perfecta. Creo que olvidó desearnos feliz cumpleaños, pero no estoy segura; le concedo el piadoso beneficio de la duda. Además, estaba hermosa. A cualquier niña le gusta que su mamá sea la más linda. A mí, incluso, me llenaba entonces de orgullo. Nunca se lo dije, pero si lo hubiera hecho, lo habría tomado como manifestación de amor. Después de todo, ahora lo veo, no es más que un

soberbio complejo de inferioridad. Pobre Dolores. Quizás..., sí, pero a mí me jodió la vida.

Dolores estaba perdida para mí. Empecé a comer para ganarme a mi padre y también para llenar el vacío que su falta de amor me dejaba. Papá quedaba muy lejos, pero sentía que, si me esforzaba, podría alcanzarlo. Viola seguía siendo una rosa y yo un vulgar macachín nacido por casualidad.

La cocinera que tuvimos durante nuestra infancia tenía un genio del demonio; no había forma de arrancarle un esbozo de sonrisa. Estoy segura de que nos odiaba tanto como a ese trabajo ejercido por pura obligación. Se fue sin despedirse. Dolores supuso que algo habría robado y mandó que dieran vuelta la casa. Al cabo de aquel día, todo estaba en su lugar. Todo salvo un pollo, un curioso pollo azul que ya no interesaba a nadie. Era una mujer odiosa pero, durante el tiempo que sirvió en la casa, tuvo la alacena llena de tortas, galletas, bizcochos y conservas que preparaba cada primavera. Esa alacena fue mi refugio durante varias noches de angustiosa vela.

Al principio, fue la comida de Viola. Se la robaba en cualquier descuido o me comía las sobras. Después, comencé a pedir doble ración y más tarde se desencadenó una ansiedad que solo podía tapar con más comida. Llegué a hurgar en la basura para rescatar lo que fuera. Me levantaba de madrugada y me deslizaba hasta la cocina con silencio de reptil. Comía cuando estaba triste y en los escasos fulgores de dudosa alegría; al poco tiempo, había aumentado de peso y Viola seguía siendo adorable. Dolores se avergonzaba de mí y no sabía cómo ayudarme. Lo sé porque los escuché una noche antes de que él volviera a la estancia.

—A ver, Dolores, si atendés un poco a Maciel. Mirá cómo está —la increpó.

—¿Y qué querés que haga? ¿Que le cosa la boca? —contestó ella burlándose, como se burlaba de todo lo que papá le decía.

—No sé, ¿a mí me preguntás? Sos vos la que sabe de esto, ponela a dieta, hacela correr, lo que sea, pero no puedo verla así, parece chancha.

No quise escuchar más. Dudo que haya sido su intención lastimarme tanto; no puedo concebir que fueran capaces de tal crueldad, sentí que me quedaba definitivamente sola y que nada más podía esperar de ellos.

Necesito creer que hay un mundo en el que los afectos prevalecen y lo imprescindible está en el interior. Quiero, quiero, quiero, juro que quiero. Quiero creer al Principito, pero lo esencial sigue siendo demasiado visible a los ojos. Aquí estoy, esto soy, en esto me he convertido. Soy una gorda. Hija de una familia rica, educada en un colegio inglés, con dinero y apellido. He

ido a Europa seis o siete veces, conozco Asia, el sur de África y América de punta a punta. Me queda Oceanía, pero me ha venido una súbita rebeldía a tener que comprar dos billetes de avión. Vivo de mi trabajo. Decoro casas, casi todas de amigos de Dolores, pero si no trabajara, viviría igual; dinero sobra. Amigos, no. Sé que la compasión es una forma del desprecio.

He perdido la capacidad de sorprenderme. En casa siempre fue más fácil dar que hablar. El valor del tiempo se medía en función de la actividad social, fuera del hogar, lo más lejos posible y, cuando era puertas adentro, tenía una intención de visibilidad hacia los demás. Los demás siempre eran más importantes. Aprendimos a ser el reflejo que nos devolvían los otros. Si nos veían magníficos, éramos magníficos. Si nos consideraban refinados, refinados éramos, aunque cualquier miembro del servicio doméstico tuviera mejores modales. De un modo perdimos los parámetros para medirnos la talla. Por eso, se volvió indispensable el qué dirán de él vivíamos pendientes.

Airam, en cambio, tuvo una educación como Dios manda. Siempre fue una mujer de suerte y está equipada con mejores armas que yo. Felicia se lo enseñó desde el vientre y ella creció admirando a una madre que se deshacía para que los hijos tuvieran una vida con más oportunidades. Nada más. Porque eso fue todo lo que heredó Airam: oportunidades que Felicia no tuvo. Cuando murió, Airam y yo hacía tiempo que nos habíamos convertido en amigas. Era una relación extraña, pero con la firmeza de las cosas simples, hasta que las circunstancias nos separaron. Viola le hacía la vida imposible y a mí me brotaba un sentido de justicia que tal vez no fuera más que una reacción contra mi hermana. No toleraba que la humillara frente a las amigas, como cuando le hacía servirnos la merienda en la habitación y se complacía en rozarle el codo para hacerle volcar la leche. Esa maldad era el colmo de la diversión para Viola y a mí me daban ganas de romperle su carita de boba. Creo que si no lo hice fue porque me impresionaba golpear algo tan parecido a mí, nada más. Por supuesto que tampoco yo entraba dentro del círculo de las amigas de Viola. Eran las lindas del colegio y por nada del mundo se dejaban ver con una gorda. Además, tampoco yo estaba interesada en la amistad. Andaba siempre con un humor de perros e interpretaba cualquier acercamiento como una demostración intolerable de lástima.

Cuando Viola llegaba con su parva de amiguitas, yo corría a refugiarme en la cocina, el lugar más seguro de la casa, donde Felicia siempre tenía un gesto de ternura pronto para mí, una tibieza que todavía evoco con emoción. Nunca sentí que se compadeciera de mí. Era mujer de pocas palabras y escasa educación, pero tenía la sabiduría nacida del sacrificio y volcaba en sus hijos

un amor por el que yo hubiera dado mi casa, mis juguetes, todo. Como casi todas mis relaciones, empecé por envidiar la suerte de Airam. Hacíamos los deberes sobre la gran mesa de la cocina con un vaso de leche y una canasta repleta de lo que Felicia hubiera podido preparar. Al principio, no le hablaba y la miraba de reojo muriéndome de celos. Felicia debió de haberlo notado porque empezó a establecer un curioso sistema de simetrías según el cual las dos recibíamos lo mismo casi simultáneamente. Se sentaba entre ambas, estiraba los brazos y nos revolvía la leche o hacía preguntas acerca de la dificultad de la tarea. Yo apreciaba aquel esfuerzo por compensar mi soledad con un cariño prestado. Me llenaba de ternura que me pusiera al nivel de su hija. Empecé a quererla con locura, más que a Dolores, mucho más. Airam nunca se mostró celosa; sabía bien que tenía madre de sobra y que compartirla conmigo no la iba a privar de su amor. También aprecié aquel gesto de generosidad. Yo no hubiera compartido a Felicia con nadie.

Y ahora me toca esto. Volver a la casa. No podría sola; menos mal que Airam aceptó. ¿Cómo estará después de tantos años? ¿Cuántos? ¿Quince? ¿Más? ¿Cómo me verá cuando se enfrente a esta mole en la que me he convertido? ¿Vas a reírte, Airam? ¿Vas a mirarme con pena? ¿Estás delgada? ¿Qué hiciste de tu vida?

* * *

Llegué a la decoración escapando de mi cuerpo. La primera puerta que se abrió hacia ese mundo fue la de las telas y surgió, como todo en mí, de una necesidad más bien patética: simplemente no daba con el talle. Recorría tiendas hasta quedar extenuada y el resultado siempre era el mismo: no cabía en ninguna prenda.

Paseaba por delante de las vidrieras con aire despreocupado fingiendo estar de paso, nada más, pero por dentro me devoraba la impaciencia de descubrir alguna blusa lo suficientemente ancha como para acomodar mi cuerpo. En vano. Mi sufrimiento aumentaba cuando veía, a través de los maniqués perfectos, a las vendedoras enfundadas en pantalones ajustados en los que ni siquiera un brazo mío hubiera entrado. Nada inhibe más que el intento de la perfección. Podía sentir la burla en su mirada. Más de una vez tuve que soportar con estoicismo que me anunciaran lo que yo ya sabía: «Para usted no hay talle». De alguna manera, equivalía a decir: «Usted no existe; para usted no, hay espacio en este mundo».

El calzado era otro problema. A los doce años ya no podía atarme los cordones. Encerrada en mi habitación, intentaba las posturas más ridículas

hasta caer desfallecida. Opté por zapatos abiertos, la mayoría de las veces sin talón, siempre con taco bajo o, a lo sumo, una plataforma ancha que soportara mi peso. Soy alta. El asunto de los tacos no es problema, pero veía a Viola deslizar sus pies de cenicienta en unos zapatos elegantísimos, me moría de envidia. Me entraban ganas de serrucharle los tacos o de hacerle una zancadilla, cualquier maldad en la que pudiera ahogar mi desgracia. Tengo un zapatero que me hace el calzado a medida desde hace años. Es un italiano viejo, lo suficientemente sabio como para atenderme sin preguntas. Le llevo fotos que de revistas y él hace lo que puede teniendo en cuenta la deformidad de mis pies. Una vez intentó hacer un molde en madera para evitarme las incómodas pruebas, pero desistió porque mis pies cambiaban de tamaño con sorprendente frecuencia.

También probé con la ropa de medida. Dolores tenía un diseñador que estuvo encantado de recibirme como clienta y, por supuesto, cobrar tarifa especial. Mi ropa costaba más que la de Viola. A los quince, Dolores nos llevó a Europa para prepararnos un buen ajuar de señoritas. Creí que moriría de tristeza. Al cabo de los primeros días, ya no quise acompañarlas a sus sesiones de compras. No soportaba las caminatas recorriendo centros comerciales, saliendo del aire acondicionado al calor de la calle. Dolores tuvo pánico de que me despatarrara en plena rue, como le gustaba decir, así que no puso reparos en que me quedara tumbada en la cama mirando la televisión mientras ellas salían de compras.

Cuando regresamos, ya había tomado la decisión de diseñar mi ropa. Ahí empezó lo de las telas. Me sentía a salvo entre las texturas los colores. Creaba mundos con mis propias reglas y a mi medida. Nunca mejor dicho. Mi sello es el tamaño, las grandes dimensiones que impongo a mis muebles. Todo un estilo dicen los entendidos, pero que es una pequeña revancha, nada más. Ni siquiera entiendo por qué ascendí tan rápidamente, quizás hayan sido los contactos de Dolores o el brillo de mi nombre estampado en el borde de una cortina. Hay veces en que no quedo conforme con el trabajo y me pregunto qué les ven a esos sillones imponentes, las camas elefantiásicas más apropiadas para una orgía que para el reposo de un matrimonio convencional, como fue el último caso. Todo lo hago en grande. Cobro el triple, también. Lo más gracioso que me pagan con gusto. Sé que hay muchos que se pavonean diciendo que tienen un Maciel en su casa, como si se tratara de un cuadro de valor. Son los mismos que se ríen a mis espaldas de mi gordura; los mismos que ya no saben en qué gastar la plata y esperan hasta un año para que les haga un lugar en mi agenda.

Dolores no tiene ni una vela diseñada por mí. Dice que mi gusto es demasiado ostentoso para su carácter delicado, que ella está solo para muebles de estilo, las antigüedades. Puede ser, puede que me haya hartado de vivir en un museo y haya decidido virar con aires nuevos. Me gustan los colores estridentes, las combinaciones escandalosas, ando siempre coqueteando con el mal gusto pero no me dejo atrapar en sus redes. Algunos dicen que lo mío es *kitsch*. Quizás, aunque tendrán que matarme para que los deje ponerme la etiqueta. Eso es parte de mi estilo; una frescura, un desparpajo que me da alas y me permite crear a mis anchas. Hago cualquier mamarracho y encima me pagan. Ponen sus trastes sobre sillas que diseño en noches de insomnio, combinando cualquier cosa que va sobrando en mi taller. ¡Si sabré yo de esta gente! Quedan chochos de la vida, aunque terminen con la espalda doblada o el culo acalambrado. Pero tienen un Maciel. Si eso no es estupidez, que venga alguien y me corrija.

Cuando empecé a diseñar mi ropa, sentí la liberación de no tener que depender más de la caridad de los otros. Compraba enormes cortes de las mejores telas y los desplegaba en el piso de mi habitación. Encima ponía un molde de papel con las dimensiones de mi cuerpo. Al principio, se me caían las lágrimas cuando veía mi silueta imponente. Sofocaba esa angustia con comida, por supuesto. Desde la adolescencia, tuve una heladerita en el dormitorio. Fue el último regalo de cumpleaños que me hizo papá y causó una de las peleas más furibundas que hubo en la casa. Dolores lo increpó por incentivar de aquel modo lo que ella consideraba una desviación de conducta. Yo me había encerrado en la cocina y hasta ahí llegaban los gritos y las acusaciones recíprocas. Ahogando la pena en una crema que comía de la fuente, oí cómo hablaban de mí sin el menor cariño. Para ellos, yo era la gorda, esa gorda, la vergüenza de la familia, un despojo humano, una floja que no tenía fuerza de voluntad para ponerse a dieta. Esas y algunas otras sutilezas que mi mente ha preferido olvidar brotaron aquella noche de la boca de mis padres. Tuve que convencerme de que nada podía esperar de ellos. No los juzgo. Me hice cargo de mi vida como pude y a otra cosa. Mandé a la mierda a la familia y lo poco que representaba para mí. De ellos solo me queda el apellido, un dudoso honor que me ha abierto puertas y del que me aprovecho aunque no me enorgullece. Aquí estoy. Me llamo Maciel y hago lo que puedo.

III

Mamá aprovechaba la atención que debía dispensarle a Franco mientras gesticulaba, y ocultaba su deseo detrás de esa supuesta concentración. Yo la observaba por las noches: se acostaba boca arriba con la luz apagada, apenas iluminada por el tenue resplandor que venía desde el jardín y le sonreía a la penumbra, sin duda dibujando en el aire las facciones conocidas, recordando algún cruce de miradas, intentando descifrar el significado de cierto brillo en sus ojos.

Felipe tenía su instinto alerta. En su cabeza de niño faltaban palabras para nombrar sus miedos pero había una agitación del alma que no le permitía equivocarse. Aquel Franco Palma era un animal peligroso, y si no podía ahuyentarlo al menos dejaría claro que no le había bastado su natural encanto para ganarse su confianza. En cambio, yo estaba fascinada por el romance. No tenía recuerdos de mi padre y la figura de Franco empezaba a hacérseme necesaria. Había percibido el cambio en el comportamiento de mamá, pero lo que más me llenaba de una emoción inexplicable era comprobar cómo su piel se sonrojaba y se cubría de finas gotitas cada vez que Franco aparecía. Para mí, aquello era el colmo del amor.

Franco invitó a salir a mamá. Se presentó con un ramo de santa rita. Aquellas flores apretujadas dentro del hueco de la mano simbolizaban su triunfo sobre el desprecio inicial con que había sido recibido. Se acercó por detrás cuando ella amasaba y le rodeó la cintura con el brazo. Mamá no se dio vuelta, pero vi cómo le temblaban las manos sobre la masa. Anduvo esos días como autómata. Hacía las tareas en el doble de tiempo y volvía sobre sus pasos para intentar recordar qué cosa había ido a buscar. Por la noche, se probaba frenética cuanta ropa tenía y la iba lanzando sobre la cama hasta formar una montaña de trapos. El jueves de mañana se decidió, pidió un adelanto a la señora y se fue al centro. Volvió con vestido nuevo, zapatos y cartera y la mitad del sueldo de aquel mes empeñada en una noche de ilusión.

La vi prepararse para la cita con un esmero conmovedor. No hubo centímetro de su cuerpo que no cuidara hasta el menor detalle. Por todo

adorno llevaba unas perlas falsas y un collar de caracolitos que papá le había regalado cuando novios. Felicia, la honrada Felicia que prefería cortarse una mano antes de tocar lo que no era suyo, la misma que devolvía el dinero que encontraba en la ropa para lavar, la madre que nos enseñaba que el honor del pobre está en su honradez, esa mujer rompió su código por una noche y robó unas gotas de perfume del cuarto de la señora. Salió con aire de duende asustado, como si fuera a decidirse su futuro en aquella cita. Irradiaba felicidad y miedo. Cada vez que sentía desbordar la dicha, mamá se llamaba a recato y se preguntaba qué catástrofe la esperaba cuando, a la mañana siguiente, sonara el despertador a la seis.

No sé los detalles de su salida, pero la recuerdo flotando en nubes durante los días siguientes. Solo me contó que Franco la había llevado al cine y a una pizzería. Hablaba de la cerveza como si se tratara del mejor champán francés. También me dijo que habían regresado a las cinco y tomado café en la cocina hasta que comenzó a clarear. Creo que toda su vida valió la pena por aquella noche.

* * *

Franco desapareció una mañana sin dejar más rastros que el olor a cocos y la habitación en impecable orden. Mamá apenas pudo contener la desilusión que le produjo aquel abandono prematuro. Una vez más, se sintió estafada y se maldijo por haber sucumbido a la tentación de lo imposible. Preguntó tímidamente a la señora, quien no tuvo mucho trabajo en fingirse tonta, un poco sobreactuada, tal vez. A mamá, en cambio, le nació una repugnancia hacia la patrona, un rencor sordo que iba alimentando con esa magnífica intuición que tiene cualquier mujer despechada. Se sentía humillada, una pobre ilusa que se subió al primer tren sin detenerse a mirar el destino. Creo que nunca antes, ni siquiera cuando comparaba su miserable existencia con la vida holgada de la otra, ni aun en el deseo más fuerte de haber querido calzar los zapatos ajenos aunque fuera por un instante, nunca antes había tenido tal conciencia de su patetismo. Hoy puedo entender lo que sintió.

Ya no tuvo ánimo para andar cargando con la casa sobre sus espaldas. Se dejó ganar por una melancolía suprema, un anhelo por dejarse ir como si nada de lo que quedaba fuera suficiente estímulo para seguir viviendo. Algunas veces lloraba en silencio, mordiendo la sábana para ahogar el ruido, inundada por una pena ambigua que no creo pudiera identificar. Mamá no hubiera admitido jamás que estaba llena de odio.

Felipe celebró haberse deshecho de aquella amenaza, aunque comenzó a sospechar que la ausencia de Franco podía convertirse en una presencia arrolladora en la vida de su madre, un fantasma contra el cual no se podía luchar. En cuanto a Dolores, la «señora», organizó un viaje a Miami para renovar el vestuario y apareció un par de semanas después con una docena de valijas, regalos para todo el mundo y una excitación propia de una adolescente. A mamá le trajo dos vestidos nuevos y un frasco de perfume. La llamó a su habitación y esperó con deleite para ver su reacción. Yo estaba junto a ella y recuerdo a mamá contemplando los regalos dispuestos sobre la cama. Dolores se impacientó y la empujó suavemente desde los hombros.

—Todo para ti, ¿qué te parece?

Creo que esa tarde mamá hubiera deseado arañarle el bonito rostro, borrarle la sonrisa, gritarle cuánto la detestaba. Pero no. Mantuvo el porte erguido con dificultad, la misma dificultad que le causaba respirar y controlar los latidos galopantes del corazón.

—Gracias, pero no lo quiero.

—¡Cómo que no, mujer! Pero ¿viste qué calidad, qué...?

Mamá repitió sin mirarla, «gracias, pero no lo quiero», y salió de la habitación con la vista nublada sin recordar que yo también estaba allí.

Nadie supo exactamente cuándo empezaron los dolores ni cuánto aguantó sin quejas. La tristeza en que quedó sumida fue tan honda que la envolvió en una nube de apatía, un dejarse llevar cumpliendo con las tareas de la casa. Pero no había gusto en ello, sino un simple sentido del deber. Yo trataba de alegrarle las horas haciendo monadas. Me aparecía en cualquier parte disfrazada de mamarracho, con la cara pintarrajeada y expresión de loca. Mamá apenas sonreía y preguntaba si no estaba grandecita para esas cosas. Después volvía a lo suyo, como si se hundiera en una cueva de la cual solo emergía por necesidad. Anduvo meses así, cabeceando en los rincones cuando la asaltaba el sueño que tanta falta le hacía por las noches, limpiando por arriba sin cuidar los detalles de los que antes se enorgullecía. La casa le daba igual. Podía venirse abajo cuando fuera, como si ya no aguantara tener que andar fregando la mugre de aquellas personas que no le importaban en absoluto.

* * *

El vendedor de escobas venía cada tanto como crecido de una bruma matinal de la que emergía gris, chorreando humedad en la ropa y en la piel. Parecía vivir en un invierno perenne, sin espacio para la luz o el calor. Pero lo peor

era la tristeza que arrastraba con su andar cansino, apenas levantando los pies, gigante emergido del hormigón de las veredas. Con el tiempo, se volvió invisible. Era cuestión de soportar los minutos que le llevaba atravesar la cuadra y perderse tras la esquina; evitar que la niebla que dejaba a su paso se metiera en el alma y dominar el impulso de esconderse bajo las sábanas como si se tratara de un retorno a cualquier pesadilla de la infancia. Después, olvidar rápidamente y seguir con la vida como si nada.

* * *

Felipe se había mudado a una pensión cerca de la casa. Se fue apenas pudo tener su dinero, como si toda la vida hubiera estado atado a un yugo del que deseaba liberarse con desesperación. Nunca fue parte de la casa. Los Pereira le recordaban todo el tiempo su pobreza como un abismo entre dos peñascos. Detestaba que Dolores gastara en perfume más de lo que mamá ganaba en un mes de sudor, los caprichos de las gemelas, esa paradoja de vivir en el lujo sin disfrutarlo, tener que ser agradecido por la educación recibida. Detestaba esa vida prestada pendiente del hilo de la buena voluntad ajena.

Tanto resentimiento no podía generar otra cosa que complejos. En la desesperación por cambiar las cosas, dejó de lado su mayor tesoro. Andaba en malas juntas, rodeado por unos vagos que estaban convencidos de que el camino más corto era el mejor. Se reunían por la tarde para organizar las tareas y volvían caída la medianoche a contar el botín. Eran rateritos de medio pelo que aprovechaban la vulnerabilidad de ancianas o mujeres con niños en brazos para arrebatarles lo que les sobrara del cuerpo. Volvían con billeteras, monederos, cadenas y algunos objetos absurdos, pañuelos o juguetes de peluche. Sin astucia ni coraje para más, repartían en partes iguales, y casi todo se iba en humo o alcohol. Durante la mañana, Felipe hacía changas como carpintero, pero estaba claro que no le alcanzarían tres vidas como la suya para salir de la pobreza clavando tablas. La desesperación, como siempre, fue mala consejera.

Una tardecita, antes de la cena, golpearon en la puerta trasera de la casa. Mamá casi se muere cuando el policía le pidió que lo acompañara a la seccional del barrio y ni siquiera atinó a desprenderse el delantal. No le permitieron verlo en seguida. Tuvo que firmar papeles y fijar una cita con la asistente social. La dejaron tres horas esperando. Cuando, por fin, apareció Felipe escoltado y muerto de miedo, no pudo despegarse del asiento. Creyó que iba a desmayarse. Felipe traía un ojo hinchado y la ceja izquierda partida. Lo habían curado con un trapo que después mamá supo era una manga de la

propia camisa. No pudo hablar. Caminaron hasta la casa en un silencio doloroso. Sé que Felipe hubiera preferido que lo golpeará, que le lanzara en la cara los insultos merecidos, que lo echara de su lado para poder volver de rodillas a pedirle perdón y decirle que hubiera dado la vida por evitarle ese momento. Pero mamá no pudo hablar. El cielo se le había desplomado en la cabeza. Entonces nada había valido la pena: ni las privaciones, ni las rodillas rojas de andar limpiando pisos, ni las manos cuarteadas de tanto detergente, ni los zapatos que desde Franco no cambiaba, ni la sumisión eterna para aguantar caprichos ajenos, ni la juventud canjeada por el futuro de los hijos; nada.

Presentí que se avecinaban malos tiempos y tuve miedo. Mamá se iba desdibujando a la vista y no parecía haber nada que pudiera detener el proceso. Hablé con Felipe un sábado de abril, camino al mercado.

—Yo la veo triste. Y un poco pálida, también.

—No lo noté.

—Porque casi no estás en casa.

—Con más razón, lo notaría.

—Tendría que consultar a un médico.

—Déjate de pavadas, Airam, mamá no vio un médico en su vida.

—Ahora lo necesita.

—¿Quién lo dice?

—A mí me parece.

—Está perfectamente bien. Lo que pasa es que está cansada. ¿Qué tal la chica nueva?

—Un desastre. Le tiene que andar detrás todo el tiempo, marcándole el paso. No sé qué referencias trajo, porque limpiar, lo que es limpiar...

—No me digas nada, mamá le hace el trabajo.

—Ya sabés cómo es, no puede quedarse quieta.

—Ese es el problema, ¿ves? Tiene hormigas en el traste. Si ni siquiera los domingos para.

—Porque se toma la casa como propia, Felipe.

—¡Pero está mal! No es su casa, nunca va a ser nuestra casa.

—Ahí vivimos.

—De prestado.

—Para mí, es mi casa.

—Hasta que te den una patada y...

—No veo por qué, nunca hemos tenido problemas. La señora casi no está y las gemelas...

—Esas atorrantas. ¿Te conté que el otro día cuando llegaba del baile me encontré a la Viola apretando en un auto?

—¡¿Qué?!

—¡Y cómo!

—Si se entera la señora...

—¿Qué?

—Tenés razón, no pasa nada. Mamá las cuida más.

—Es lo que te digo, se preocupa por cosas que no le importan. Por eso está agotada.

—Felipe...

—¿Hmm?

—Yo no podría...

—Déjate de pavadas, Airam, mamá está bien.

Elegimos la fruta sin ganas ni cuidado. Olvidamos comprar la mitad de las cosas y volvimos a casa caminando despacio, en silencio. Teníamos la mente ocupada por pensamientos grises y dedicábamos nuestros esfuerzos a espantarlos lo más rápidamente posible.

IV

Papá se descolgó una tarde con que quería el divorcio. Dolores estaba ocupada en decidir un regalo de aniversario y no oyó cuando papá le repitió que la cosa ya estaba encaminada y que en cualquier momento recibiría una llamada de su abogado. La palabra quedó tintineando en alguna parte de su mente y solo logró asociarla con una cena que tenía planificada para el sábado.

—Como quieras, Sancho, no hay problema.

—Entonces, estás de acuerdo, te parece bien...

—Me da igual.

—Tendríamos que hablar, Dolores.

—Ahora no, esto me tiene loca.

—Va a tener que ser ahora porque yo no vuelvo hasta dentro de dos semanas.

El timbre de alerta sonó en la cabecita que se irguió por primera vez y miró a su interlocutor con expresión de fastidio.

—¿Cómo dos semanas?

—Me voy de viaje.

—¿Y adónde?

—A Brasil. Trabajo.

—Pero, entonces no vas a estar para la cena.

Sancho se encogió de hombros.

—El sábado.

—No sabía que hubieras organizado...

—Te dije.

—No.

—Sí, te dije.

—Bueno, no me acuerdo.

—Pero te lo dije.

—Como quieras, Dolores, la cuestión es que no voy a estar.

—¿Y qué hago yo con tu abogado?

—¿Cómo que qué haces?

—Sí, tendré que invitar a alguien más. Que yo sepa, a los Barone no los conoce, ni a Perico, ni...

—¿De qué hablas?

Dolores resopló molesta. Ya había perdido por completo la noción de lo que estaba haciendo, se le había cerrado la revista, no recordaba la página y papá le agotaba la paciencia. Habló como lo hacía siempre que estaba a punto de pescarse uno de sus ataques de histeria, moviendo la cabeza hacia los lados y pestañeando mucho entre resoplidos. No era mujer de discursos. De hecho, le costaba trabajo organizar el pensamiento en palabras y hablaba bastante mal. Si se tratara de escritura, podría decirse que Dolores hablaba con faltas de ortografía; pero cuando se ponía así, la atacaba una verborragia de parlamentario.

—¿Sabes qué? Me tenés harta con tus viajes, tus idas al campo, tus vueltas a cualquier hora, la ropa hecha un asco, la cara de culo que traés, el olor a bosta, la, la...

Superada por tantas palabras seguidas, Dolores necesitó un reposo mental que papá aprovechó para contrarrestar el ataque.

—Te recuerdo que con eso pagas tus caprichitos, ¿o te olvidaste de dónde viene la plata?

—¿De dónde?! De los campos que sacaste a flote con el dinero de mi padre, por si no te acordás. El dinero que te dio cuando estabas fundido, mi amor, metido hasta el pescuezo.

—No me hagas reír, Dolores. ¡Son mis tierras! Mi familia ya era rica y la tuya todavía andaba buscando trabajo en los muelles.

—¿Ah, sí? Qué pena que no te pudiste comer el apellido.

—No tuve necesidad porque encontré a una trepadora como vos.

—¡Trepadora! ¡Trepadora! El que salió ganando fuiste vos, querido; no sé quién trepó a quién.

Papá había dado por terminada la discusión. En realidad, había dado por terminado su matrimonio y supongo que comenzaba a anhelar la sensación de paz que le había vaticinado un amigo. Quería salir de ahí lo más pronto posible.

—Como quieras, Dolores, no voy a discutir más. Te arreglás con mi abogado y cuando haya que firmar papeles, me llaman.

—¿Papeles de qué?

—¿Te estás haciendo la estúpida?

—No sé de qué me hablas.

—Del divorcio, Dolores, del divorcio.

—¿Qué divorcio?

Papá no pudo más. Se puso el saco sobre un hombro y salió dando un portazo que hizo temblar la vitrina del cristalero detrás del cual Viola y yo seguíamos la discusión. Era la platea privilegiada que usábamos desde hacía años y no nos llamaba la atención una pelea más; a veces, sentíamos algo parecido a la rabia; otras veces, tristeza. Casi siempre fantaseábamos con intervenir y detenerlos, sobre todo cuando los insultos se volvían fuertes. Nunca nos animamos. Últimamente íbamos allí guiadas por una cierta inercia, cada vez con menos interés, alentadas por una curiosidad morbosa. Supongo que habremos intuido que esa vez era para siempre.

El abogado no demoró en llamar. Dolores le pasó el número del suyo y se desentendió de la cuestión. De alguna forma, siempre había estado esperando ese momento. Sus amigas estaban casi todas divorciadas, y las que no, tenían unas ganas terribles que sofocaban con viajes y compras. Después de valorar la situación no le habría parecido tan espantosa. De hecho, tenía un toque sofisticado eso de divorciarse. Finalmente, podría extenderse en la cama a sus anchas, no habría que fingir jaquecas ni orgasmos de fin de semana. Escuché una conversación en la que decía a una amiga que si algo la incomodaba era el asunto del apellido. Volver al de soltera le quitaba toda la gracia a su nombre. No había dudas, sería una pérdida absoluta de estilo. Parecía ser cosa grave de la que habría que ocuparse y a ello dedicó Dolores sus esfuerzos mientras olvidaba el pequeño detalle de comunicarnos la noticia.

Viola empezó a comportarse extrañamente, aunque nadie en la casa lo notó al principio. Se deshizo de su ropa y la cambió por pantalones vaqueros, camisas largas y zapatillas bigotudas. Se cortó el cabello hasta la nuca y dejó las perlas en un estuche para colgarse un aro de un lado y una plumita roja del otro. Dolores andaba como siempre, en las nubes. Alcanzó a percibir que algo estaba distinto porque la mareó el olor a marihuana que despedía el pelo de Viola. Iba con retraso a una cita y apenas esbozó un comentario acerca de cambiar de hábitos o de champú. Fue la única vez que Dolores detuvo su andar frenético para dedicarle unos segundos a Viola. Lo del divorcio la superaba: papeles por todas partes y las preguntas asfixiantes de sus amigas, nunca tan amigas ni tan regocijadas en la desgracia ajena. Si Dolores hubiera tenido dos neuronas sin ocupar en asuntos mundanos, habría bastado para medir la talla de aquellas chusmas enmascaradas tras el falso brillo del dinero. Pero Dolores no dedicaba ni un segundo a tales consideraciones. La amistad,

según su limitada concepción de las cosas, empezaba y terminaba en el tamaño de las casas, el modelo del auto, las joyas o la calidad de los vestidos.

Le destrozaba los nervios el solo pensar cómo haría para desenvolverse sin el Pereira O. que hasta ahora había sido su escudo y mayor carta de presentación. Allá iba poniendo el apellido por delante y los billetes después, abriéndose camino como una reina. De sobra sabía que el dinero no alcanzaba. Podía seguir comprando como lo había hecho siempre, pero volvería a ser la hija del carnicero, el mismo que empezó con un puesto en la feria y terminó con una cadena millonaria. Claro que papá había pasado por alto ese detalle, decía a quien quisiera escuchar. Bien que le habían caído unos cuantos millones encima del apellido tapado de deudas. Pero ahora, él estaba recuperado. Tenía sus establecimientos funcionando y producía más de lo que podía contar. En cambio, ella volvía a ser Dolores, la hija del carnicero, llena de plata, pero oliendo a carne de vaca.

Unos meses después de terminado el divorcio, llegó la solución mezclada entre artículos de moda en una revista europea. A Dolores le habría pasado este anuncio inadvertido de no haber sido por el escudo de armas que lo decoraba. Le llamó la atención el par de leones enlazados y la corona fulgurante unida por guías de alguna planta cuyo nombre, por supuesto, excedía sus modestos conocimientos botánicos. Y se produjo el milagro: leyó.

«Hallony de Londres tiene el honor de presentar a la venta un título nobiliario de gran respetabilidad y estima. La posesión de dicho título otorga el derecho a ser nombrado *Lord* o *Lady*, incluir dicho apelativo en todos sus documentos y traspasar el mismo a sus herederos. Este título es plenamente reconocido por la ley británica y confiere un alto valor social así como beneficios comerciales por su gran consideración en el mundo de los negocios. Podrá ser solicitado por cualquier dama o caballero de cualquier nacionalidad, hecha la salvedad de que solamente aquel cuya integridad y honor sean considerados a la altura de las circunstancias podrá acceder a él, ya que pasará a formar parte de la historia y tradición británicas. El título viene acompañado del historial completo de la familia, escudo de armas y descripción detallada de las áreas otrora de influencia, así como determinación exacta de los sitios en los que sus antiguos poseedores fueron enterrados. Para recibir mayor información acerca de tarifas, honorarios legales e impuestos por transferencia y registro, por favor contáctese con el número abajo indicado. Todas las consultas serán tratadas con la máxima reserva».

V

Apenas se fue el señor, la casa adquirió el ritmo alegre del desorden. Verdad era que perturbaba bastante con sus idas y venidas repentinas, aquel despotismo —vestigio de una pretendida aristocracia— y el desconcierto anímico que dejaba flotando cuando desaparecía sin siquiera despedirse de las hijas. A mí me hizo falta, pero no lo comenté con nadie. Dolores, en cambio, parecía una adolescente. Modernizó el estilo de su ropa, se volvió más informal y se cortó el pelo *à la garçonne*. Todo le quedaba bien. A decir verdad, entre lo del pelo y la ropa, Dolores rejuveneció y supongo que se convenció de ello porque se volvió más inmadura que nunca. Cuando las hijas fueron a buscar a la madre para transitar el dolor de la pérdida, se encontraron con una chica bastante parecida a ellas, igualmente desorientada pero dispuesta a disfrutar al máximo su reciente soltería.

Después vino su viaje a Inglaterra, el punto máximo del divague en el que vivía. Recuerdo, sin embargo, que me resultó fascinante lo del título nobiliario. De hecho, la señora se parecía a las princesas de los cuentos que yo devoraba por las noches cuando niña, ajena a los rezongos de mamá. «La noche es para dormir, Airam. Los pobres tenemos que descansar porque el cuerpo no aguanta». Los pobres, los pobres... Lo decía como si se tratara de un virus metido en la sangre, una enfermedad congénita de la que no había cura ni escape. Yo odiaba esas palabras en su boca porque en su boca eran verdad para mí. Me resistía a creer que estaba condenada a mirar la vida desde abajo.

Empecé a tener una sensación ambivalente hacia mi madre, un matiz de resentimiento que me negaba a reconocer. Tampoco entendía bien de qué iban esas emociones nuevas que se despertaban junto con mi adolescencia. Volvía del colegio mareada por el mundo rico y me daba contra la realidad de mi pobre habitación junto a la cocina. Mamá nunca pudo entender esto. Estaba contenta de verme con un uniforme bonito, igual al de las gemelas, hablando inglés mejor que ellas y recibiendo felicitaciones de maestras y profesoras. Qué pena que nunca la llamaron para contarle de mi tristeza, de la soledad en

la que vivía, sin una amiga, sin jugar ni correr en los recreos. Rendía al máximo, obtenía las mejores notas, era la primera, ganaba medallas y llevaba la bandera en los actos. Mamá se henchía de orgullo cuando iba a verme con aquel vestido comprado para Franco Palma, su único vestido de fiesta, siempre el mismo.

Yo confundía aquellos breves momentos de gloria con algo parecido a la felicidad: la hija de la sirvienta pasaba por encima de las señoritas. Era el regalo que hacía a mi madre, la forma de agradecerle el sacrificio y la promesa de un futuro mejor. Pero era también una frágil pantalla detrás de la cual escondía mi sensación de no pertenecer a ninguna parte. Aquella efímera felicidad se desvanecía en cuanto veía a las otras marchar en grupos, planear idas al cine y, más adelante, incursionar en el remolino de los primeros amores. A todo eso yo permanecía ajena; jamás me permitieron entrar. Podía ser la mejor, pasarlas en todo y llevarme los premios, pero no pertenecía a su mundo y me lo recordaban con una crueldad educada, un desprecio disfrazado de indiferencia.

Mamá no estaba preparada para comprender sutilezas. Para ella eran todas buenas. «Lindas tus amigas, Airam», me decía, «¿no querés invitar alguna a casa?». Y yo pensaba de qué casa me estaba hablando. Mi casa era un cuarto, nada más. Me daba vergüenza que vieran cómo vivía. No me alcanzaba el sermón moral de la honradez de los pobres y la riqueza de los valores espirituales. Podía entenderlo, claro, pero llegado el momento, me daba vergüenza. Incluso llegué a avergonzarme de mi madre y a llenarme de culpa por eso. Ahora me parece lógico que una jovencita tuviera esas sensaciones encontradas; ahora me perdono con más facilidad. Pero, entonces, me sentía la peor. Y no podía evitarlo. Le decía a mamá que no fuera a buscarme, no le pasaba las invitaciones a las reuniones de padres, le acomodaba hasta el último detalle del peinado y la ropa cuando se empecinaba en venir conmigo. La pobre se habrá dado cuenta, supongo, aunque nunca me lo dijo. Pero sí, se dio cuenta porque un buen día dejó de ir.

* * *

La señora viajó a Londres para tramitar su título nobiliario. Estaba encantada; tanto que terminó alegrándose de que la circunstancia del divorcio hubiera favorecido esta nueva posición. Lo de *lady* le caía bien. Había nacido para ello. No entendía cómo no se le había ocurrido antes. Y Europa, tantas veces visitada en maratones de compras y desfiles, se le abría ahora como un gran museo. Dolores descubrió que también había otras cosas para conocer y

preparó itinerarios agotadores que la llevaban de conciertos a exposiciones y de tertulias a galerías de arte. Cualquiera hubiera aprovechado ese baño de cultura para darse un buen barniz, pero Dolores estaba preocupada en otras cosas. La cuestión estaba a años luz del intelecto. Se trataba de hacerse ver y pasar por entendida, lo que, por otra parte, era exigencia para el otorgamiento del título. Estaba feliz codeándose con la crema, arrastrando su mal inglés por cuanto palacete encontraba y esforzándose por hacerse un lugar en ese mundo al cual, no dudaba, pertenecía. Y sucedió lo que a nadie tomó de sorpresa: llamó una noche para avisar que había decidido quedarse un poco más y que no la esperaríamos hasta la primavera. No dijo de qué año e hizo bien porque no volvió más que para efímeras visitas de Navidad.

Mamá se las arregló como pudo los primeros tiempos, pero la enfermedad le venía mordiendo sus últimas fuerzas y saltaba a la vista que cualquier mínima tarea la desbordaba. Había llegado más allá de sus posibilidades. Aun así no se daba por vencida y se levantaba a las seis, como siempre desde que tenía memoria, sacudiéndose los dolores con insultos que murmuraba mientras a mí me consumía la tristeza de saber que se me estaba yendo. Cuando fue evidente que lo de la señora iba a tomar mucho tiempo, mamá se tragó el orgullo y pidió ayuda. El señor volvió de la estancia una semana después. Creo que se sorprendió más de ver la miseria en la que se había convertido mi madre que de saber que su antigua esposa había abandonado el hogar. Fue la única vez que yo recuerde que le dirigió la palabra con una cierta ternura.

—Está muy delgada, Felicia, ¿qué le anda pasando?

Mamá contestó con una sonrisa triste, silencio respetuoso que el señor seguramente interpretó como la estupidez de los pobres.

—¿No está comiendo bien o son estas que la enloquecen? —preguntó sin interesarse por la respuesta y miró a Viola tendida en el sofá, enchufada a sus auriculares como una autista—. Si la madre la ve echada ahí, se muere —dijo en una carcajada que a mamá disipó de toda duda: al señor le importaba un rábano que Dolores se hubiera ido. Volvió a sonreír por cumplido y esta vez el señor habrá tenido la certeza de que mamá era una retardada o algo así. Él hacía cinco minutos que estaba en la casa y ya parecía sentir la asfixia trepándole por la garganta.

—Entonces, Felicia, la cosa se le complicó, ¿no? Ya veo. No tiene que explicarme nada. Conozco de sobra a la loca de mi mujer —alzó la mirada como quien reza y se corrigió—. Mi exmujer.

Mamá le señaló a Viola con un movimiento de los ojos, pero al señor no pareció importarle. Mamá no podía entender cómo hablaba así de la madre de sus hijas y delante de ellas. Creció repitiendo aquello del respeto a los padres y nos crio en esa convicción. Jamás le oí un insulto, un reproche hacia mi padre. Hubo veces en que me hubiera gustado que se sacara las ganas, que dejara salir la rabia que le inundaba la mirada de odio y también de amor. Hablaba muy poco de él; lo suficiente para que Felipe y yo tuviéramos la certeza de no haber nacido de un huevo. Quizás el silencio fuera una forma de castigarlo, sumirlo en un limbo, una nebulosa donde su imagen apenas se dibujaba.

—Usted dirá qué precisa. Dinero no falta, supongo.

Mamá le explicó que la superaba el asunto de la administración de la casa, las cuentas, los gastos de las gemelas, que necesitaba una mano porque no podía con todo, que la limpieza no le daba problemas, que la mucama nueva era lenta pero bien dispuesta, que el problema era que ella era una burra para los números, que la señora le daba instrucciones por teléfono pero que a veces no entendía, que era por burra, por burra y nada más. El señor pareció aliviado; esperaba una avalancha de reclamos se encontró con la resignación de mi madre que apenas pedía una mínima colaboración. Fue hasta el cristalero y se sirvió una copa de licor. Yo observaba desde la cocina y me pareció más buen mozo que antes. Mamá había quedado en silencio, con la mirada puesta en el barro de las huellas sobre la alfombra.

—Eso no es problema, mujer. Yo se lo soluciono en dos patadas —se tomó el licor de una vez, le rascó la cabeza a Viola, que contestó con una suerte de mugido, y volvió sobre sus pasos embarrados. Antes de cerrar la puerta, dijo:

—Mañana está todo arreglado. Déjemelo a mí.

El señor cumplió con su palabra y, efectivamente, al otro día ya estaba todo arreglado, o desarreglado, según como se mire. Etelvina Juárez de Pereira O. hizo su entrada triunfal y de inmediato pidió que el té estuviera servido a la cinco y cinco. «¡Ja! Con esos ingleses, yo tomo el té cuando quiero», repetía a sus amigas de los domingos, una cita de canasta a la que ninguna dama que se preciara de alcornia faltaba. Desembarcó con un pequeño bolso de cuero rosado, tan suave que me avergoncé de la aspereza de mis manos. «¿Te gusta?», me preguntó con una cierta ironía. «Es de cochinito recién nacido». Me pareció una monstruosidad y la distinguida señora se transformó al instante en una vieja bruja.

Como de costumbre, mamá no había sido advertida de este cambio en la casa, pero no se ofendió. Las fuerzas apenas le daban para lo suyo y ya se había acostumbrado a ser un objeto invisible a la consideración de los señores. Recibió a doña Etelvina con su habitual humildad y se puso a su disposición. Yo la observaba desde lo alto de la escalera, hasta donde había arrastrado el endiablado bolso tratando de tocarlo lo menos posible. Mamá parecía pequeña al lado de aquella mujer envuelta en pieles y con un peinado armado que le agregaba algunos centímetros. Pero no era cuestión de estatura. Lo que en aquel momento sentí fue la pequeñez existencial de mi madre, una dimensión a la que ella voluntariamente se reducía, como si no mereciera destinos mayores. Mamá se pulverizaba frente a los patrones, se hacía felpudo, trapo para que dispusieran de ella. Había perdido bastante de su orgullo en tantos años de sacrificio y yo no podía perdonárselo porque era mi madre, lo que yo más amaba; necesitaba su referencia y su referencia me hacía sentir inferior. Necesitaba un espejo que me devolviera una imagen fuerte. En cambio, tenía aquella resignación a ser siempre menos y me dolía. Me dolía porque yo había probado otras mieles y me había endulzado las ilusiones, tanto que hasta pensé que podía haber esperanza. Entonces, sentí que mi madre, con todo su amor, con su entrega y aquella abnegación que ponía en cada segundo, mi pobre madre, mi amada madre, conspiraba contra mí.

Doña Etelvina tomó posesión de su cargo con una energía impensable para sus setenta y tantos años. Maciel me contó que había enviudado tres veces, qué no tenía hijos porque detestaba a los niños, que el último marido, tío abuelo de ellas, le había dejado más dinero que el que podría gastar, que declaraba diez años menos y, en efecto, los aparentaba; era jugadora empedernida y fumaba habanos.

—Una vieja de mierda —dijo Viola perdida en la nube de humo que acababa de exhalar.

—Mientras no se meta, da igual —contestó Maciel, aunque no dialogaban, nunca dialogaban, más bien parecían hablar a un tercero invisible y comunicarse a través de él—. Seguro que papá le dio carta blanca para que hiciera lo que...

Miré a Maciel con ojos desesperados.

—No, no creo que las vaya a echar. ¿Dónde vamos a encontrar a otra como tu madre? ¿Vos te pensás que papá no sabe eso, eh? Que puede mandarse a mudar tranquilo, olvidarse de todo, joder por ahí como si tuviera

veinte años... No, Airam, eso no. Y si quisiera echarlas, algo se nos va a ocurrir, no te preocupes.

Doña Etelvina hizo anunciar la cena para las ocho y tres minutos. Las gemelas se rieron a carcajadas y mamá intentó explicarles que mejor no contrariar a la señora, que era mayor y todas esas cosas que en el fondo ocultaban sus miedos. Después corrió a preparar la comida y se percató de que no había recibido instrucciones acerca del menú. Encontró a doña Etelvina dando indicaciones por teléfono para que le hicieran llegar lo más pronto posible el resto de la ropa. Mamá se detuvo en seco y no se movió hasta que la señora terminó de hablar.

—Lo que quiera, lo que quiera —dijo displicentemente moviendo las manos como si espantara moscas—. ¿Les avisó la hora? Bien. ¿Cuándo es su día libre?

—No tengo, señora.

—Pero ¡cómo! ¿Cuándo descansa?

Mamá hubiera deseado contestarle que de noche, pero temió que sonara a burla. Desde la partida de Dolores, no había podido tomarse ni un domingo libre. Se limitó a sonreír como hacía siempre que no tenía respuesta.

—El jueves, ¿le parece bien?

Mamá mantuvo la sonrisa y arqueó levemente las cejas en una pregunta.

—Si le queda bien para tomarse el jueves, digo.

—Sí, señora, pero las gemelas...

—No se preocupe por las gemelas, a esas me las encargó muy bien el padre. Quedamos en el jueves, entonces —tomó nota en una pequeña libreta—. Y agregó:

—Vamos a hacer algunos cambios...

Mamá sintió ese temblor que precede a los terremotos subiéndole desde la planta de los pies. Se mantuvo todo lo firme que pudo mientras doña Etelvina, ajena a la angustia de la otra, se daba todo el tiempo del mundo para anotar, borrar y volver anotar. Por fin, levantó la cabeza.

—El sábado...

—¿Señora?

—¿Qué hacen las gemelas el sábado?

—Están poco en la casa, señora, sobre todo Viola. Maciel pasa mucho tiempo en su cuarto, pero Viola sale casi siempre y vuelve tarde o... —Bajó la cabeza.

—O no vuelve —completó doña Etelvina impaciente ante la pacatería de mi madre que parecía despertar a la vida—. ¡Perfecto! Entonces el sábado,

todos los sábados, me refiero, usted y su hija se van a mi casa después del té. Tengo una señora encantadora que está conmigo desde hace años, Berta se llama. Berta les indicará qué hacer.

A mí madre se le transparentó la sorpresa en el rostro.

—Planchar, ajustar botones, lo que sea, algo habrá —volvió a su libretita—. Entonces, bien, eso ya está. ¡Ah! El domingo la necesito aquí temprano. Después del almuerzo recibo gente, todos los domingos. No se preocupe por la comida, eso ya está solucionado, pero habrá que limpiar un poco, arreglar las mesas, ¡las mesas! —Volvió a su libreta y anotó algo—. Le decía, servir, en fin, no somos más de veinte, ¿podrá sola?

—Claro, señora, usted me explica y...

—Perfecto, Felicidad.

Mamá tuvo vergüenza de corregirla, asintió y quedó perpleja, pensando qué estúpido nombre le había tocado en mala suerte.

A las ocho y tres estuvo la cena servida; doña Etelvina, a la cabecera, y mamá, que temblaba de pie, a su lado, como una momia absurda. Las gemelas, por supuesto, ni siquiera habían reparado en la hora. Dolores nunca se preocupó por inculcarles hábitos y el asunto de comer todos juntos no era más que una cursilería que molestaba bastante en el momento de preparar la agenda personal. De modo pues que doña Etelvina hizo señas para que mamá sirviera y cenó, impávida, permitiéndose incluso algún tibio comentario favorable con respecto al punto de la pasta, que mamá recibió como una condecoración.

—Vaya y dígales a esas insolentes que acaban de perder la mitad de la mensualidad —pidió mientras se limpiaba los labios con unos toquecitos suaves de la servilleta—. ¡Ah! Y dígales también que mañana las espero a las nueve menos siete para desayunar.

Viola escupió cuanta mala palabra sabía e incluso inventó alguna que venía a acomodarse al odio que le despertaba aquella mujer metida en la casa como un cáncer en expansión. Maciel rasgó el papel plateado de un alfajor. A cada mordisco le crecía una tristeza inexplicable, un vacío de afectos que ni siquiera la comida podía llenar.

* * *

Felipe desapareció por varios meses sin dejar más huella que una carta en la que explicaba que se había enrolado en la tripulación de un pesquero y que no volvería hasta el otoño. Mamá sufrió estoicamente la pérdida del único hombre que le había sido fiel y se limitó a esperar como había hecho siempre.

—Ojalá le den bien de comer —decía como todo anhelo.
 —Ojalá gane mucha plata —respondía yo.
 —Déjate de pensar en la plata, Airam. Siempre con lo mismo.
 —¿Y a vos no te gustaría vivir mejor?
 —Cuando llegamos a esta casa, no teníamos ni para comer.
 —Y con eso qué.
 —¿Te ha faltado algo? Tenés techo, comida, una educación que ni en sueños... Decime, ¿qué te falta?
 Se ensombreció de pronto. Yo lo noté, pero no tuve piedad.
 —Y vos, mamá, ¿te gusta lo que haces? ¿Pensás pasar el resto de tu vida limpiando?
 —Es mi trabajo; si te da vergüenza...
 —No es que me dé vergüenza, es que no entiendo cómo no te vienen ganas de vivir de otra manera. ¿O no los ves a estos?
 —Te digo que no sé a quién salís. A veces me asustás, Airam. ¿Vas a pretender ser como ellos?
 —¿Y por qué no?
 —Porque nosotros somos pobres, pobres, ¿querés que te lo repita?
 —¡Vos serás pobre! —le grité—. Y si te gusta ser sirvienta, allá vos; pero yo quiero otra vida.

Cada vez que recuerdo esa discusión, quisiera volver el tiempo atrás para ahorrarle a mi madre el sufrimiento que esa tarde le causé. Quizá dentro de unos años, algún hijo mío me enfrente de ese modo a sus reclamos y ese día, espero tener la sabiduría necesaria para entender que no será crueldad, sino puro miedo.

* * *

Durante aquellos meses no tuvimos noticias de mi hermano. Mamá no pudo permitirse un segundo de desesperación porque todavía nos rondaba el fantasma del despido; así que se tragaba la angustia por el hijo desaparecido y se esforzaba en rendir por dos. Parecía una burra de carga, mi madre, y yo confundí su entrega con bruteza pura y simple. Me daban vergüenza sus uñas carcomidas, con una débil línea oscura bordeando la cutícula como una marca crónica de que nunca iba a salir de sirvienta. Me daba vergüenza el olor a hipoclorito que despedía su piel, tan distinto de los perfumes que me había acostumbrado a oler en otras partes. Me daba vergüenza su único vestido, que ya llevaba el signo de los años en la tela descolorida, y los zapatos horribles que apenas contenían sus pies hinchados. Me daba vergüenza que dijera *haiga*

y *ajuera*, pero no tuve agallas para corregirla. Me daba vergüenza mi madre, lo confieso, aunque nunca dejé de quererla. De algún modo, que entonces no podía explicarme, veía a mamá como el ancla a un pasado miserable del que quería desprenderme a toda costa. Eso era ella, un recordatorio de mis orígenes y, lo peor, una muestra viviente de lo que podía llegar a ser mi futuro. Si hubiera podido poner en palabras lo que sentía... Pero era una adolescente, iba a los tumbos guiada por la torpe soberbia del que cree que todo lo sabe. No hablé y lo lamento.

Fue en mayo. Antes de que amaneciera. Recuerdo ese detalle porque fue la primera noche que pasé sin dormir y me impresionó el color del cielo, rosado, un rosado intenso que no tienen los atardeceres. No se me cayó ni media lágrima. No grité. Tampoco sentí tristeza. Nada. Me convertí en un ente, una masa humana que cumplía trámites y hacía las diligencias necesarias. Hasta Viola se sorprendió con mi aparente frialdad.

Hacía tiempo que venía mal. Ella sabía que estaba enferma, pero no se permitió un minuto de reposo por miedo a perder el trabajo. Una inmólación innecesaria, casi un suicidio. Tampoco yo ayudé mucho, es cierto. Le dije un par de veces que viera a un médico; me prometió que lo haría y yo hice como que me había convencido, aunque sabía de sobra que no iba a distraer dinero ni tiempo en su salud. Debí haber insistido y no sé por qué no lo hice. Supongo que no concebía la posibilidad de que estuviera realmente enferma; ni mucho menos de que pudiera morir. Todo fue muy rápido y yo estaba metida en mis cosas, preocupada por ver cómo salirme de pobre. No le presté la atención debida, lo sé, pero no quiero cargarme también con esa culpa.

Dos días antes, no pudo levantarse a la seis, ni a las siete, ni a las once. No volvió a salir de la cama. Supe que se había terminado y me quedé prendida de su brazo aspirando el olor a lavandina. Maciel lloró largamente, comió como nunca, incluso más que cuando Dolores se fue. Viola habló de cosas que no podíamos descifrar, cuestiones del más allá, dimensiones con nombres extraños y mencionó a un hombre que se comunicaba con los muertos. No le prestamos atención. Nadie prestaba atención a nadie en aquella casa. Doña Etelvina bajó de su pedestal y me acarició el pelo varias veces durante el velorio. El señor llamó desde el campo. Según doña Etelvina, estaba muy afligido, pero no me envió el pésame ni una palabra de aliento. No creo que recordara que yo aún vivía allí. A Dolores ni siquiera le avisamos para no estropearle la fiesta.

Lo peor fue avisarle a Felipe. Sabía que mi hermano andaba perdido en alta mar, una inmensidad que se me volvía opresiva, quizá porque la

asimilaba a la soledad en la que me había quedado. Estaba bloqueada. El entierro me había dado de cara con la realidad. Los entierros son cosa seria. No tuve conciencia de que no la vería más hasta que los hombres metieron el cajón en un nicho del que no pude ver el fondo. «Mamá», murmuré como llamándola. Ahí mismo me convertí en una niña desvalida y rememoré todos los temores de la infancia. Entonces me faltó ella para calmar la ansiedad del miedo; la mano agrietada, su olor a detergentes, la fuerza de leona que me transmitía solo con estar. Tuve que volver a la realidad con un llanto que hasta entonces había contenido y que brotó a raudales arrastrando cualquier esperanza. Ahora veo que eran lágrimas complejas, las mías. No lloraba por una única razón. En ese milagro que transforma los sentimientos en agua, hay de todo, lo juro. Cuando el tiempo deja espacio para la reflexión, no cuesta mucho darse cuenta de que el llanto lava tristezas, pero también culpa, miedo, egoísmo. Sobre todo eso. Lloraba por ella, pero más lloraba por mí.

Doña Etelvina sugirió que fuera hasta la empresa naviera para que se pusieran en contacto con Felipe, aunque no le encontraba sentido a que le amargara la vida cuando ya nada podía hacer. Yo andaba como una zombi. Podía oír un murmullo a mi alrededor, pero no escuchaba. Las palabras rebotaban en mi interior y salían sin procesar, como si se tratara de un lenguaje desconocido. Quería desaparecer, meterme en alguna burbuja donde la realidad no me alcanzara. Dormir sin retorno para no tener que recomponer el dolor con cada despertar. Y, sin embargo, no pensaba en la muerte. Tenía demasiada energía, quizá la fuerza que da la ilusión del futuro, quizá un instinto vital poderoso, no sé. Una parte mía, muy animal, alentaba mi parte humana y le daba un sorprendente vigor del que yo misma no era consciente.

Maciel se apiadó de mí y se ofreció para ir conmigo al puerto. Buena persona, Maciel. ¿Cómo no voy a acompañarla mañana? Lo dejamos para la tarde porque doña Etelvina insistió en que debía descansar; ella misma me preparó un té con no sé qué yuyo. Supongo que ella también lo ignoraba porque me produjo una diarrea fenomenal. Me cuidaron. Cruzaron la frontera todo lo que su educación les permitió.

Estaba esperando a Maciel en la puerta cuando vi alejarse al vendedor de escobas. Nunca tanto como esa tarde me pareció un ser irreal, un espectro. Iba por la acera de enfrente, con el traje de siempre y el atado de escobas que no ofrecía. Lo seguí con la mirada hasta que se transformó en un punto, o desapareció, no pude determinarlo. Entonces me di cuenta de que, en el minuto o dos que había estado observándolo, yo también había quedado

suspendida en el tiempo. Como en una tregua existencial, lo había olvidado todo; hasta la tristeza por mamá.

El taxi y Maciel aparecieron simultáneamente y me rescataron de la parálisis. Llegamos al puerto a eso de las cuatro. Me moví entre los contenedores como cualquiera que hubiese sido encomendado para un trámite vulgar, buscando la oficina entre decenas, todas parecidas, con Maciel muerta de miedo a mi lado. Ahora parecía ser ella quien necesitaba de mi protección. Hicimos el cambio de roles en forma espontánea, sin hablarnos. También eso es instinto de supervivencia. Entramos en dos lugares equivocados antes de dar con la Cosmopolitan. No se sorprendieron mucho ante la noticia. Parecían habituados a esos menesteres porque supieron qué hacer de inmediato. Nos dijeron que antes de la noche mi hermano estaría avisado. Nada más. Mientras deshacíamos nuestro camino, caí en la cuenta de que no podía esperar compasión. La muerte era un hecho natural que rondaba a todos; el mundo no se detendría por mi desgracia. Fue el primer paso hacia afuera del círculo egocéntrico en que me había encerrado el dolor.

* * *

Me quedé esperando. No sabía qué, pero esperaba. Esperé durante tres meses en los que estudié más que nunca y no derramé ni una lágrima. La muchacha nueva se mudó a mi habitación. Decía que yo hablaba en sueños, que la asustaba. Empecé a fantasear con la muerte de Felipe. Tanto tiempo sin noticias no podía significar otra cosa. Supuse que no había aguantado lo de mamá y se había lanzado al mar o algo por el estilo. La tristeza, cuando se vuelve viciosa, nos llena de un dramatismo lindero con la cursilería y alimentamos el dolor con historias que terminamos creyendo. Supongo que será el temor a perder la memoria. El recuerdo de nuestros muertos, quiero decir. Nada los mantiene más presentes que el dolor de la ausencia.

Fui la primera de la clase y me honraron con una bandera que llevé en la fiesta de fin de cursos. Pensé en ella, claro, en el vestido eterno que habría planchado para ese día, en el orgullo estallándole en sonrisa, en la envidia de las copetudas. En fin, que me sentí vengadora de los pobres del mundo y, sin embargo, nunca deseé tanto que se olvidaran de mi origen. Pero no. Ni los honores, ni la bandera, ni el pedestal momentáneo en que me habían puesto alcanzaban para tapar lo otro. Era como una marca que me juré borrar aunque tuviera que arrancarme la piel.

Por fin, apareció Felipe. Un domingo de tarde. Sí, fue un domingo porque la muchacha nueva se había enfermado y yo tuve que atender a las amigas de

doña Etelvina. Me pidió que vistiera el uniforme con el delantal de puntillas y la cofia. Creí que la humillación me iba a matar. Esa tarde sufrí por mí y por mi madre; más por ella. Pensé en el dolor que le estaría causando verme disfrazada de sirvienta, pensé en el colegio caro, en las señoritas británicas, en mis compañeras pitucas, en la bandera. Pensé en todo ello y no hice más que empeorar la sensación degradante que me abatía.

Las señoras se reunían cada domingo a jugar canasta. Se turnaban en la preparación del servicio y rivalizaban en ver quién llevaba los bocados más exquisitos. Doña Etelvina no ponía más que la casa y el apellido, un apellido lo suficientemente glamoroso como para que las mujeres de sociedad suspiraran por ser admitidas en tan selecto círculo. Llegaban puntualmente a las dos; jugaban toda la tarde y solo interrumpían las partidas a las cinco y cinco, para tomar el té. Ninguna se molestó en saludarme. Me movía entre sus vapores perfumados como una sombra indispensable para su comodidad, nada más. Vistas desde mi aparente invisibilidad, aquellas mujeres resultaban bastante ordinarias. Hablaban de finezas, es cierto, pero hablaban como cotorras, superponiendo las voces y estallando en carcajadas como cualquier vecina de barrio.

Podía darme cuenta de su vulgaridad y, sin embargo, cómo quería parecerme a ellas.

Felipe entró por la puerta trasera y fue directamente hacia nuestro dormitorio. La muchacha nueva casi se muere del susto cuando lo vio con una barba de semanas y los ojos desencajados. Oí el grito aterrado por encima del murmullo de la sala. Solté la bandeja sobre cualquier mueble y corrí a ver qué pasaba. La encontré sentada en la cama tapándose con la frazada hasta el cuello mientras Felipe intentaba calmarla en vano. Allá en el campo, desde donde la había arrancado el patrón de apuro, sin tiempo para despedidas, cada día transcurría calcado del anterior en una rutina desesperante, solamente tolerable para quienes no conocen otra realidad. Cuando me vio entrar, se calmó y volvió a su siesta. Felipe me abrió los brazos y yo me hundí en esa ternura que tanto necesitaba. No sé cuánto estuvimos así. El tiempo se derritió en el calor fraternal de aquel abrazo del que sobraban las palabras.

—¡Airam!

El grito sonó impertinente desde la sala y nos despertó del embrujo con una brusquedad irrespetuosa. Entonces, Felipe me separó de su cuerpo y me miró como si no pudiera creer.

—¿Y ese uniforme?

Apenas pude explicarle lo que para mí era inexplicable. Traté de salir para cumplir con lo mío, pero me detuvo del brazo. Tenía una fiereza en la mirada que me llenó de miedo.

—De ninguna manera —me dijo.

Insistí en que era una cuestión provisoria, que era la primera vez que sucedía, que la bandera, que las calificaciones, que doña Etelvina...

—Se acabó, Airam. ¿No alcanzó con mamá? Lo miré con desesperación. Parecía fuera de sí, extraviado en algún odio lejano. Le tomé las manos antes de suplicar que entendiera, que no tenía adonde ir, que aquella era mi casa. Entonces bajó la intensidad de su mirada y se cargó de dulzura.

—Es que vine a buscarte, nena, nos vamos.

VI

Extrañé cuando Felipe se llevó a Airam de casa. No me había dado cuenta del cariño que le tenía hasta que faltó. Empezaba a creer que estaba condenada a vivir de esa forma, perdiendo.

Viola ya estaba en preparativos para viajar. Se le había metido en la cabeza que tenía que ir al Tíbet y papá, con tal de sacársela de encima y no tener que aguantar sus insoportables súplicas cada vez que volvía, le dio el dinero y se deshizo del problema. No preguntó si viajaba sola, cuándo volvería, por qué ese destino tan poco común. Creo que ni se le pasó por la cabeza que mi hermana anduviera metida en una secta de locos, fumando cuanta porquería podía conseguir y adorando a un tipo misterioso del cual solo supe el apodo. Parecía estar fascinada con él. No hacía más que repetir sus enseñanzas —que a mí me sonaban a basura—, hablar de la paz de su mirada y la suavidad de sus manos. Por supuesto que se acostaba con él. Todos lo hacían. Era parte de la comunión espiritual, me dijo un día cuando le grité que se había vuelto loca. Jamás vi al tal maestro, ni siquiera en fotos, pero sé por Viola que era un hombre de unos sesenta años, de cabello largo y barba. «¿No te morís del asco?», le pregunté, y ella me respondió que no con aquella sonrisa lánguida que se le había instalado desde que frecuentaba a ese tipo.

Confieso que tampoco yo hice mucho para detenerla. Era evidente que no andaba en buena huella, pero no sé, creo que no nos queríamos lo suficiente. Nunca aprendimos el amor en mi casa. Ni siquiera soy fruto de ese sentimiento. Ni por un instante, ni cuando me concibieron se amaron, los muy egoístas. Eso hubiera ayudado bastante, creo. La cuestión es que no me preocupé por Viola. Tuve la posibilidad de detenerla mientras la observaba preparar una minúscula valija cantando sus oraciones en un lenguaje seguramente inventado por aquel sinvergüenza. No sé exactamente qué me impidió hacerlo. Creo que no me importaba, eso creo. También puedo defenderme diciendo que estaba muy ocupada salvando mi vida como para dedicarme a rescatar locas. Puedo decirme mil cosas, inventarme discursos

que, por otra parte, nadie me reclamó jamás. Puedo y, sin embargo, lo que no puedo es engañar a mi conciencia, que, al cabo de tantos años, sabe que la razón fue la falta de amor. Y eso es todo.

Quedamos en la casa la tía Etelvina y yo, un dúo demasiado desparejo como para funcionar bien. Apenas nos cruzábamos, jamás comíamos juntas y hacíamos lo posible por evitar cualquier intimidad creada por las circunstancias. La muchacha que suplantó a la pobre Felicia se desenvolvía a duras penas. Papá la trajo de un caserío cercano a la estancia. Criada entre cerdos y gallinas, casi se muere cuando llegó a la ciudad. En qué cabeza entraba que una chiquilina de diecisiete años, que no conocía más horizonte que las sierras que bordeaban su rancho, podía venir a servir en una casa como la nuestra. Papá no pensó en eso, por supuesto; y si lo pensó, se hizo el tonto para emparchar el problema y volverse a lo suyo.

La tía la trataba bastante mal. No creo que fuera por crueldad, sino porque la exasperaba la estupidez de la muchacha, que no distinguía entre una copa de agua y una de vino. Varias veces la vi aguantando las lágrimas ante una reprimenda que parecía dirigida a un animal.

Me enfrenté a la tía y no fue por la muchacha, sino porque me tenía harta con su aire de superioridad. Le recordé que estaba en casa ajena y que me molestaban sus gritos, que por mí podía irse cuando quisiera, es más, que me haría un favor inmenso si se ofendía de una buena vez y se mandaba mudar ahí mismo. Me llamó insolente, mal criada, indigna de mi apellido y otras delicadezas que palidecían al lado de los insultos que yo le devolvía en silencio; pero no se fue. No podía, según comprendí después.

Me inscribí en la universidad para seguir la carrera de arquitectura. Fue más por aburrimiento que por otro motivo. De vocación, nada. Me daba sueño solamente imaginarme devorando libros y haciendo proyectos durante años. ¿Para qué? ¿Para que al final me dieran un papelito que me autorizaba a ganarme la vida levantando paredes? Yo no necesitaba de aquello para sobrevivir. La vida, en su aspecto material, se entiende, me había sido servida en bandeja y no tenía más que estirar el brazo para alcanzarla. Tampoco me seducía la idea de embarrarme los zapatos entre obreros que se burlarían de mi tamaño. Pero, así son ciertas decisiones que uno toma, caprichosas, sin explicación. No tenía ganas de pasar los días encerrada en la casa aguantando a la vieja, que cada día me odiaba más. Quizá fue esa la razón primordial. Teniendo en cuenta que mi vida social era nada por aquel entonces, que no tenía amigos ni familia, mi opción se entiende.

Empezaba las clases un lunes de abril. Días antes ya me había invadido la ansiedad que tan bien conocía. Por supuesto que comí más que de costumbre. Ya no me pesaba. Había roto dos balanzas de las pequeñas y no quise saber nada más con ellas. No me daba cuenta exacta del origen de mi ansiedad. Tampoco tenía con quién hablar, así que me dediqué a comer fingiendo placer. La muchachita nueva me miraba de reojo, pero no decía nada. Terminó por molestarme su mirada cargada de lástima y pedí que me llevara la comida al dormitorio, donde podía estar a gusto con mi soledad. Más o menos a gusto, claro; sabía que aquello no me hacía feliz.

La noche antes del día esperado, abrí mi armario y corrí las perchas varias veces de un lado al otro. Nada me satisfacía para ponerme día siguiente. Pensaba en las demás personas y se me ocurría que estarían excitadas por el ingreso a la universidad, planificando horarios, tejiendo sueños, compartiendo con la familia esa angustia grata que produce lo nuevo. En fin, que me sentí bastante desgraciada. La mañana me encontró desparramada sobre la alfombra, en un mar de migas y transpiración. Me levanté con mi lentitud de tortuga y fui al baño a ducharme. Hacía años que no podía usar la bañera. Primero, era la dificultad para meterme en ella; levantar la pierna se me hacía una tarea difícilísima. Después, desbordaba el agua y me quedaban las carnes aprisionadas en los bordes. Pedí que la sacaran y en su lugar hice instalar un duchero. También se me ocurrió lo del manguito extensible para lavarme los pies y otras partes del cuerpo a las que no llegaba de ningún modo. Usaba un jabón líquido que me lanzaba chorritos; luego dejaba correr el agua hasta que el vapor hacía irrespirable el aire y salía con sumo cuidado de no resbalar. Me duchaba al levantarme y al acostarme en invierno y varias veces durante el día, cuando hacía calor. Era un procedimiento engorroso, que me tomaba el triple de tiempo que a Viola, pero no sé qué hubiera sido de mí sin el alivio del agua.

La peor parte era desnudarme. Sabía que me quedaba a solas con mi cuerpo, sin la piedad de la ropa, y eso me aterrorizaba. Por eso mi baño no tenía espejos. Tampoco el dormitorio. Si me cruzaba con alguno en otra parte de la casa, miraba hacia otro lado. Estuve años sin verme. No quería. Sabía en lo que me había convertido. Mis espejos eran las miradas crueles que recibía cuando no tenía más remedio que salir a la calle. Bastaba esa humillación.

Entré en la facultad casi sin aire después de una escalinata imponente; fui hasta una cartelera sintiendo las miradas de los otros como aguijonazos sobre mi cuerpo. Ahí estaba indicado mi salón, el 36, recuerdo. No me animaba a preguntar, así que busqué por mi cuenta, atravesando los pasillos atestados. A

todos miraba con un gesto que alguien pudo haber interpretado como un desafío. Nada más lejano a eso. Mis ojos buscaban gordos entre tanta gente. Encontré alguno, pero yo seguía siendo la campeona. Tuve que ascender por una escalera bastante estrecha para llegar al salón. Los que venían bajando volvían a subir cuando se les oscurecía el mundo ante aquella mole que avanzaba con dificultad. Esperaban en el descanso con una paciencia misericordiosa. Intenté apurar el paso, pero no gané más que alguna risita burlona que me hirió profundamente. Les dediqué una mirada cargada con tanto odio que bajaron la vista y descendieron a toda prisa.

Todavía me faltaba el golpe de gracia, sin embargo. Al llegar al 36, la clase ya había empezado. Abrí la puerta y sentí un millón de ojos volverse hacia mí. Entonces pasó lo peor. Un muchacho levantó su saco de la única silla que quedaba sin ocupar y me hizo señas para que me sentara. En un instante medí las dimensiones de aquella sillita y las comparé con la enormidad de mi culo. Temí un ridículo mayor, pedí disculpas y salí. Deshice mi camino escaleras abajo, volví a pasar por la cartelera, atravesé con toda la prisa que pude los pasillos y la escalinata exterior como si me hubiera equivocado de facultad. Ese fue mi primer día de universitaria. El último, también.

Me recluí en la casa, odiando sin poder medir el odio ni controlar su dirección. En definitiva, me odiaba a mí misma. No nací con impulsos suicidas, así que no se me dio por eso. Tampoco tenía un dios a quien rezar y la tía Etelvina molestaba bastante, sobre todo los sábados. Aquello era un infierno. No, mejor un páramo, porque en esa casa todo el mundo andaba muy solo. Decidí montar un pequeño taller en la planta baja, en una habitación contigua al garaje, que en otros tiempos había servido de despensa. No tenía más que una mesa de dibujo, lápices, pinturas y algún catálogo que Dolores enviaba cada tanto. Así empecé. El encierro me volvió creativa. Volcaba en mis diseños toda la energía que retaceaba a la vida. Creí que, por fin, había encontrado mi lugar en el mundo y que a eso se reduciría mi destino. Se apoderó de mí uno de los sentimientos más peligrosos: la resignación.

Mi reputación creció alimentada por la levadura de la frivolidad. En poco más de un año debí ampliar mi taller y tomé otras dos habitaciones. Muy a regañadientes, me vi obligada a contratar un ayudante y una secretaria. Me molestaba tener que compartir mi refugio con dos extraños, pero el trabajo superaba mis posibilidades. No fue difícil encontrar secretaria. Llamé a un par de amigas de Viola que estaban necesitando trabajo. Eran de las tantas provenientes de familias venidas a menos, a las que solamente quedaba el

apellido, comían bastante mal, no pagaban a sus empleados, ahorraban hasta en el papel higiénico, pero seguían manteniendo mucama, gastando en ropa y exhibiendo su apellido como una reliquia obsoleta. Cada una por su lado, intentó disfrazar la necesidad diciendo que lo hacía por pura distracción. Evalué los méritos, pesé las ventajas, comparé virtudes y defectos y, finalmente, me quedé con la menos estúpida.

Lo del ayudante fue distinto. Necesitaba una inteligencia creativa, un habilidoso manual, pero también agudo observador de los gustos y modas. Busqué y rebusqué en memorias y agendas, pero no conocía a nadie que diera con el molde. Quizá la tía hubiera podido sugerir al hijo de alguna de sus amigas, pero me negaba a deberle el más pequeño favor. Hice lo que tantas veces había escuchado que no se debe hacer: puse un aviso en el diario. Confieso que sentí inquietud. Dolores siempre repetía que era un riesgo contratar personal de esa forma. Traté de sacudirme los temores, pero me costó. «¡Condenada, Dolores!», pensé y sonreí.

Debo de haber sido muy exigente en las condiciones porque solamente vinieron cinco personas, todos hombres según decía el aviso y, pensándolo bien, no sé por qué decidí que fuera así. No dormí nada la noche anterior y, por supuesto, agoté las provisiones de la heladera que tenía en el dormitorio. Ensayé posturas, frases cortantes, caras de mala que no dejaran lugar a dudas de quién mandaba allí. Lo que más me atormentaba era lo que aquellos hombres pudieran pensar de mí. Curioso, ¿verdad? Sentía como si yo fuera a rendir la prueba de admisión. Esa experiencia me sirvió para entender que en todas las interacciones humanas los miedos son compartidos.

No tuve que hacer demasiado esfuerzo para elegir. De hecho, el candidato se eligió solo. Fue el segundo en entrar. Yo no lo había mirado, como tampoco al anterior. Era una conducta nacida de mi inseguridad; hacía años que no miraba a la gente a la cara. Excepto a Airam, ahora que lo pienso; con Airam me sentía bastante humana. Entonces, le pedí los datos con una extrema severidad en la voz y, mientras anotaba, sentí que me estaba observando.

—¿Te conozco?

—No creo —respondí de mal humor y casi descalificándolo.

—Sí, te conozco de la facultad.

La curiosidad me hizo levantar la vista. Era un hombre de unos veinticinco años, absolutamente corriente en su apariencia salvo por el detalle de las manos, unas manos enormes, de dedos gruesos y uñas comidas.

—No, no nos conocemos.

—Pero sí, entraste tarde a clase, el primer día...

Entonces recordé vagamente una mano que retiraba un saco de encima de la única silla disponible en el salón 36, y me avergoncé.

—Puede ser.

—Claro, estabas nerviosa, te equivocaste de salón, te pusiste colorada...

No supe cómo terminar la entrevista, así que le di el trabajo, despaché a los otros y me juzgué la mujer más torpe de la Creación.

* * *

La rutina de los sábados se estaba volviendo una cuestión espesa. Por la mañana, la tía andaba hecha un solo nervio. Daba indicaciones a la muchacha para que le hiciera cualquier cosa en su casa o le daba dinero y le regalaba el día. Varias veces intentó deshacerse de mí, pero tras algún encontronazo prefería no vérselas conmigo y se contentaba con que me metiera en mi habitación en compañía de dos o tres películas que consumía sin demasiado interés hasta quedar dormida. Así fueron mis noches de sábado por mucho tiempo. Había elegido algo que llamaba soledad, pero no era más que aislamiento. La soledad es buena cosa, incluso necesaria, inevitable. Pero aquello era una imposición de las circunstancias y de bueno no tenía nada. Por supuesto que me engañaba diciéndome que así lo había elegido, que mejor sola que aguantando burlas, que no necesitaba a nadie para vivir y otras mentiras con las que estiraba las horas para esquivar la desesperación. Hay, sin embargo, una parte del espíritu que es imposible estafar. No sé bien cuál es ni a qué niveles funciona, pero cada tanto aflora con la verdad descarnada, generalmente dolorosa. Supongo que es ahí cuando las personas eligen entre cambiar o suicidarse.

Aquel sábado estaba agotada. Mario y yo trabajamos en el taller toda la madrugada para entregar el proyecto de decoración de un hotel. Hacíamos un buen equipo. Yo ponía la creatividad; él, sus manos prodigiosas, que cazaban mis ideas al vuelo y las llevaban al papel. Me fascinaba verlo concentrado sobre la tabla, dudando entre colores como si en ello se le fuera la vida. Estaba satisfecha con su trabajo y, sin embargo, no me salía ni una palabra de aliento. De hecho, lo trataba bastante mal, pero Mario era un tipo sensible y captaba que aquella aparente hostilidad no era más que una pantalla para ocultar mi fragilidad interior. En cuanto a la tarada, Jazmín se llamaba, no hacía más que contestar el teléfono y moverles el culo a los clientes, cosa que me venía bien. También se lo movía a Mario, y bastante. Eso ya me fastidiaba, porque a Mario se le caían los ojos cada vez que ella le daba la

espalda. Aquella tarde, la despaché temprano, necesitaba tranquilidad para trabajar. Dejó un perfume dulce que no pude sacar del lugar por más que abrí todas las ventanas. Terminamos a eso de las siete de la mañana con un café cargado que el mismo Mario preparó. No habíamos hablado más que lo indispensable, pero el olor del café tiene algo mágico, como el chocolate.

—Entonces, lo llevo el lunes a primera hora.

Asentí con susto como si él fuera el patrón y yo una humilde empleada sin saber qué hacer con ese momento de intimidación. Mario abrió los planos por enésima vez y puso cara de satisfacción. El cansancio le había marcado unas ojeras como pozos que le daban un aire de responsabilidad, de hombre de familia, pensé.

—Este punto no lo mata nadie.

—Eso espero.

—Habrá que contratar más gente.

—Ya pensé en eso.

Quería marcar distancias, decirle que yo era quien mandaba ahí, que se fuera a su casa de una buena vez. No pude. Mario me estremecía. Me daba miedo esa sensación. A la distancia veo que lo que me daba miedo era perderlo, como me había pasado con todo en la vida. Ya lo añoraba por anticipado y lo maldecía por un abandono precoz.

—Me los llevo, entonces.

Salió con la única despedida de una mano levantada y yo me quedé sentada detrás de mi escritorio, maldiciéndome.

VII

—Voy a pedirte algo —dijo Felipe antes de entrar a su apartamento—. No hagas preguntas.

Me empujó con suavidad hacia el interior de una habitación pequeña, con muebles modestos y una ventana a la altura del techo. Lo miré interrogándolo.

—Por ahora, es lo que tenemos, pero ya voy a poder darte algo mejor.

Hubiera querido decirle que prefería volver a la casa, pero no lo habría entendido. Tampoco yo tenía claras sus intenciones. Me sentía raptada de mi ambiente natural y solamente el amor de Felipe hacía nacer la confianza necesaria para no salir corriendo. Cómo explicarle que aquello me daba claustrofobia. Pensé en mamá, por supuesto, y en los esfuerzos para que tuviéramos una vida mejor. Y ahora mi hermano iba contra la corriente. Me había degradado, cambiado la casa señorial por un par de cuartuchos inaceptables. Mis ojos deben de haber sido muy elocuentes. Cerró la puerta con llave y me miró fijo.

—¿Te gusta?

Por qué tuvo que preguntar eso. Por qué no disimular la incomodidad del momento y seguir como si nada. Pero no, tuvo que preguntarlo. Siempre el mismo, sin vueltas.

—No, Felipe, no me gusta. Me voy.

Me tomó por las muñecas.

—Usted no se va a ninguna parte, señorita. Está en su casa.

Le grité que aquello no era una casa, que mi casa estaba en otra parte, que me iba, que había un olor a humedad que daba vuelta el estómago, que el barrio era un asco y que quién se pensaba que era para andar diciéndome lo que tenía que hacer. No contestó. Se calzó su gorro hasta las orejas y salió. Entonces sentí bullir en mi interior una sensación tantas veces experimentada. El pánico empezaba a crecer y me mareaba. Sabía que en pocos segundos iba a desesperarme. Tuve el impulso de huir. Busqué con la mirada y vi un manojito de llaves sobre la mesada de la cocina. Me sentí aliviada. Traté de

alejear mi mente de aquel lugar. Esa noche, Felipe me encontró en la cama, tapada hasta las orejas.

—¿Comiste?

—No —le contesté con rabia, pero al segundo me ganó la ternura de verlo tan flaco, con su cara de cansancio y la ilusión de darme una vida mejor pintada en los ojos.

—¿Y vos?

—Tampoco. ¿Querés que prepare algo?

Levanté los hombros con fingida indiferencia y lo espié mientras iba hasta la cocina. Desde mi cama, se podía ver cada rincón del apartamento. No había cortinas, ni cuadros, nada de calidez. Volví a sentir angustia, pero el perfume del orégano acudió en mi salvación. Me levanté y fui hasta la única mesa que había.

—¿Dónde hay platos?

Felipe se sobresaltó con la pregunta y giró. Me dedicó una sonrisa como si yo hubiera sido un animalito rescatado de la calle empezando a dar muestras de aclimatación al nuevo hogar. Abrió un mueble bajo la mesada de la cocina. Allí encontré dos piezas de cada tipo y puse la mesa lo mejor que pude. Era la primera vez que iba a comer sin mantel.

Felipe sirvió unos tallarines con salsa y se excusó por no tener queso.

—Da igual —le dije con desdén.

Cenamos en silencio. Sentía cómo estaba pendiente de mis movimientos y me dio pena.

—¿Dónde aprendiste?

—En el barco —me contestó con una alegría incipiente nacida de mi mínima observación—. ¿Te gusta?

Asentí con una tenue sonrisa que pareció devolverle las esperanzas.

—Entonces mañana te preparo estofado. Me queda... —Se chupó los dedos y yo volví a sonreír.

—Felipe, ¿qué vamos a hacer?

—Te pedí que no hicieras preguntas, nena. Confiá en tu hermano. ¿Ya pensaste qué va a ser de tu vida?

Le puse cara de no entender.

—Tu vida, el estudio...

—Quiero ser rica —dije en un alarde de grosería del que me arrepiento.

—¿Estás loca o qué?

—¿Por?

—Porque los ricos nacen ricos.

—Parecés mamá.

Era la primera vez que la mencionábamos desde su regreso y se le ensombreció el rostro. Apartó el plato y quedó con la cabeza hundida entre los hombros dándole vueltas a los tallarines con el tenedor.

No sé si Felipe se tomó en serio aquella lamentable pretensión mía. Creo que sí y debí de mortificarlo bastante con mis sueños agrandados más allá de sus posibilidades. Pero de nada me daba cuenta, entonces. Estaba mareada por la ilusión de un destino de niña rica al cual me sentía con pleno derecho. No medí las consecuencias de esa ambición. Por otra parte, estaba convencida de que Felipe debía hacerse responsable de mi futuro. Después de todo, para eso era hombre y para eso había sido educado, para trabajar. Además, quién lo había mandado sacarme de la casa, aquel lugar que me permitía alimentar las esperanzas. Me volví exigente, una pequeña déspota que, a la distancia, me inspira nada más que lástima. Pretendía andar con ropa de última moda, comprar todos los libros, incluso perfumes y cosméticos de marca. Iba a la peluquería dos veces al mes y me trasladaba en taxi. Me volví despectiva hacia todo lo que pudiera recordar mis auténticas raíces, incluidas las empleadas domésticas, aunque me avergüence reconocerlo.

Felipe se deshacía en atenciones, colmaba mis caprichos tan bien como podía. A veces, lo descubría mirándome. Parecía un padre satisfecho de ver a su niña hecha una princesa, aunque él anduviera con pantalones viejos y zapatos gastados. Ahorrábamos en la comida. No me importaba demasiado porque nadie se entera de lo que uno come en la casa. Además, ya había conocido a varios venidos a menos que se gastaban todo en ropa y comían fideos. Me cansé de verlos desfilan por lo de los Pereira. Si habré estado ocupada en mí que no me di cuenta de que Felipe casi no comía en casa...

Dos años después de la mudanza, decidí que quería ser escribana y entré en la universidad. No tenía vocación ni tampoco sabía bien de qué iba el asunto, pero me fascinaba ver a aquellas mujeres tan impecablemente trajeadas, con sus maletines y sus tacos altos llevándose el mundo por delante con la sola fuerza de su firma. Me pareció que encajaba con el tipo de mujer en el que quería convertirme. A Felipe le gustó la idea. Me abrazó hasta hacerme crujir los huesos y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Se refregó los ojos con la manga del saco, pero no intentó disimular la emoción.

—¡Qué lo parió! ¡Mi hermana, escribana!

A partir de ese día, volvió más tarde. Después supe que empezó por hacer horas extras y luego consiguió otro trabajo. Durante los años que llevó mi carrera, Felipe trabajó un promedio de dieciocho horas diarias, un cálculo que hicimos juntos años después, cuando insistí en que revisáramos aquella época que, en lo concerniente a mi vida, podría llamar la era de la estupidez.

* * *

Conocí a Pedro en el bar que quedaba justo frente a la universidad. Yo me reunía allí con mis compañeros cuando teníamos alguna hora libre entre clases. Me encantaba ese lugar, sobre todo porque era para intelectuales, si es que alguien puede definir ese concepto. Era común ver las mesas cargadas con libros o diarios abiertos y el humilde humo de un pobre cortado colándose entre sus páginas. Pedro, sin embargo, leía y gastaba bastante. Siempre tenía algún plato succulento entre el libro abierto y una copa de vino. Me llamó la atención ese detalle, al principio, pero no me pareció atractivo. En realidad, pocos hombres me atraían. Estaba demasiado concentrada en hacer que me admiraran. Iba a clases arreglada como para una fiesta. Por supuesto que exageraba, pero era una forma torpe de esconder mi origen humilde. No me daba cuenta de que nada hay más vulgar que la ostentación. Quizás pude engañar a algún distraído, pero seguramente los que me interesaba impresionar, los de cuna, se percataban a la legua de que yo era una muchacha común disfrazada de niña rica.

Mis compañeras estaban locas por él. Decían que aquellas canas plateadas que nacían apenas alrededor de las orejas le daban un toque irresistible. A mí me parecía un signo de que el hombre se estaba poniendo viejo, nada más. Pero ellas insistían en que las mataba su aire ausente —como quien está viviendo por casualidad—, la indiferencia con que pasaba a nuestro lado; en fin, esa especie de vulnerabilidad que transmitía verlo comer siempre solo. Las mujeres no dejamos de lado el instinto maternal ni siquiera para enamorarnos.

No me atraía nada, Pedro, pero yo le gusté. No sé en qué instantes me miraba porque ni una vez lo pescamos con los ojos apartados del libro de turno, pero le gusté y no encontré mejor forma de acercarse que escribirme. El mozo me alcanzó un papel con discreción después de que Pedro salió del bar. Las otras casi se mueren cuando, entre risas y nervios, leí un poema de lo más cursi. Hice una pelotita con el papel y ya iba a tirarlo, pero descubrí un brillo nuevo en sus miradas. Era una combinación curiosa que me costó definir, pero que no era otra cosa que envidia y admiración. Fue un segundo,

nada más, un segundo en el que me bañé de luz, me sentí elegida, importante. Y allí decidí que Pedro podía darme algo que andaba buscando. Planché el papel con aires de reina y no hice comentarios, como si aquello fuera cosa de todos los días para mí.

Pocos imaginan la fuerza que puede desplegar una mujer cuando se siente halagada. Incluso nosotras nos sorprendemos. Así me pasó cuando decidí conquistar a Pedro. Empezó como un juego de marionetas de cuyos hilos me creí dueña. Falta de experiencia, nada más. Tejé la vaga idea de seducir a aquel hombre hasta hacerlo morir de amor. Aquello no iba a costarme mucho, según mis previsiones. Después de tenerlo a mis pies, simplemente lo dejaría. Parecía fácil. El premio no era solamente Pedro, sino el prestigio que su conquista me daría ante mis pares. Después de eso, otras puertas se me abrirían sin dificultad. Entonces me consagré como nunca al cuidado de mi cuerpo. Gasté en ropa y en maquillaje más de lo que Felipe ganaba, pero no me importó. El pobre no hizo sino un breve comentario acerca de un préstamo que iba a pedir para cubrir los gastos del mes. Fingí no haber entendido; me parecía que valía la pena el sacrificio porque mi triunfo iba a ser el de Felipe. Una vez en la cima, lo llevaría conmigo y le devolvería sus años de entrega. ¡Qué necia! ¿Cómo pude pensar que podría restituirle algo de su juventud, de la salud deteriorada y los años agriados por el esfuerzo?

Estaba tan linda que yo misma me sorprendí del cambio. Pedro lo notó y yo me encargué de que supiera que era para él. Poco después del episodio del poema, ya lo tenía comiendo de mi mano. Mis compañeras me felicitaban y se retorcían de envidia. Yo me sentía como quien juega a la lotería y gana el premio mayor. Pedro era eso para mí, un trofeo. Pedro era también otras cosas que fui descubriendo cuando el juego comenzó a invertirse y ya no estuve muy segura de quién movía los hilos. Venía de una familia de clase media y era abogado, como lo habían sido su padre y su abuelo. Me llevaba veinte años, una ventaja que no supe evaluar debidamente. Creí que bastaba aquel embeleso con que me miraba mientras acariciaba mi mano, sin hablar, adorándome solamente. Cambié mi mesa en el bar por aquella mesita para dos que compartíamos como adolescentes.

Al principio de nuestra relación, yo fui el sol absoluto. Pedro me hacía sentir especial. Nunca me habló de amor, es cierto, pero lo dejaba traslucir en los gestos; se le derramaba desde la forma que tenía de mirarme. Me hablaba de su pasión por la profesión, del lustre que sus familiares habían dado al apellido, de lo importante que era para él estar a su altura, que por eso estudiaba tanto, que nada lo llenaba tanto como aquello. Remataba diciendo

que yo había venido a moverle las tablas de su escenario, que hacía años no sentía esa conmoción interna, en fin, parecía que estaba empezando a ser una prioridad en su vida.

Felipe notó los cambios, no solo en su bolsillo sino en mi agotamiento. Hacía ejercicio para estar en forma, dedicaba horas al cuidado del pelo y de las uñas, me llenaba de cremas por las noches y me iba de compras todas las semanas. En el escaso tiempo libre, estudiaba, pero no era suficiente. Supongo que habrá sospechado que había un hombre detrás de eso, pero la naturaleza complaciente de mi hermano no se manifestó en celos sino en una preocupación por mi felicidad.

—Mientras estés bien... —me decía, y yo le aseguraba que nunca había estado mejor.

Pedro me enseñó a perderles miedo a los hombres. Me llevó de la mano por caminos que yo creía oscuros pero que a su lado se inundaban de luz. El sexo me pareció maravilloso. Nada tenía que ver con las fantasías monstruosas tejidas durante mis veinte años de vida, en los que creí que los hombres estaban predestinados a causar dolor. Con Pedro fue diferente. Me hizo llegar hasta el cielo con sus caricias, y sentirme la mujer más feliz del mundo. Entonces, pasó lo que no estaba en mis cálculos: me enamoré. Enamorarse significa ni más ni menos que trastocar las reglas de cualquier juego. En mi caso, perdí el control de la situación, olvidé cuáles habían sido los motivos originales de mi conquista, la razón por la que me había acercado a Pedro. Me importaban un rábano los estudios, Felipe y sus sueños. Quería estar con Pedro. Vivir para él.

Durante el año y medio que duró aquello, todo en mi vida pareció marchitarse sin que me diera cuenta. Perdí dos exámenes y me atrasé considerablemente en mi carrera. Me alejé de mi grupo de compañeras y ya no me interesó su envidia ni su admiración. Lo peor fue el vacío que le hice a Felipe. Lo tenía como un proveedor de caprichos, nada más. Ni siquiera me molestaba en contestarle cuando preguntaba si volvería a dormir. Ahí estaba siempre a mi regreso, sin reproches, tan solo una expresión preocupada que se disolvía apenas yo volvía a casa. Pero nunca dijo nada. Hasta que me vio llorar.

—Es casado, Felipe.

—Lo mato —contestó con esa simplicidad que tiene para ver las cosas.

Me abrazó con su fuerza de marinero y ahí me quedé medio aturdida por un dolor inaguantable. Creí que era el dolor de un amor desencantado, pero no. Era la comprobación de aquello con lo que había crecido. «Los hombres

siempre te abandonan», fue la lección suprema de mi pobre madre. Lloraba también porque me sentía una estúpida, porque la autoestima exaltada durante aquel año y medio se me venía al piso en un estruendo humillante.

Pedro intentó continuar la relación. De algún modo, me quería, pero para mí no era suficiente. Me parecía que devaluaba mis sentimientos si aceptaba aquella posición suplente en su vida. No me cuestioné el asunto de que estuviera casado. Me hubiera resultado moralmente aceptable que la relación siguiera su curso si Pedro hubiese tenido el valor de decidir entre las dos. Siempre he creído que la moral está legitimada por la pureza de los sentimientos, y mi amor por Pedro era genuino, pero él pretendía mantener simultáneamente la estabilidad de su matrimonio y la pasión de nuestros encuentros. Eso sí me pareció una inmoralidad.

VIII

Mario se fue y yo quedé hecha un escombros. Me dormí sobre la tabla de dibujo. Desperté con la boca seca, tenía los pies hinchados y la ropa pegada al cuerpo. Pensé en el trabajo que me tomaría cada movimiento, desde desmerezarme hasta subir las escaleras, entrar en mi dormitorio, abrir el grifo y darme un baño. Todo era un sacrificio. Trataba de moverme lo menos posible y así me iba enredando en mi propia trampa. Estaba llena de controles remotos y otros aparatos para estar más cómoda, según me mentía. El caso es que el mundo me facilitaba bastante las cosas. Cada vez había más posibilidades de hacer todo desde la casa, con la única ayuda de un teléfono. Esto me dispensaba de aguantar miradas o momentos indeseables, como aquella vez en el banco cuando tuvieron que ayudarme a salir de la cabina del cajero automático. Lo que no podía por teléfono, lo delegaba en Jazmín, que para eso había nacido con cuerpo de Barbie y cara de yo no fui.

Subí a mi cuarto y me quité la ropa. Hacía tiempo que no usaba corpiño. No encontraba talle y, además, los pliegues que se me formaban debajo del busto hacían que cualquier tela se me incrustase en forma dolorosa. Me quedé en bombacha, si así puedo llamar a aquel calzón imponente. Abrí una ventana y aspiré el aire fresco que venía a atenuar el olor agrio del ambiente. Entonces vi a un hombre que se aproximaba a la casa, la luz del frente que se encendía y oí una puerta en movimiento, aunque no sonó el timbre. No tuve miedo, sí curiosidad. Me envolví en una toalla y me asomé por la barandilla de la escalera. La alfombra absorbió mis pasos y el murmullo que venía de abajo, el ruido de mi respiración.

La tía Etelvina, doña Etelvina Juárez de Pereira O., estaba junto a la puerta, en puntas de pie, con los brazos al cuello de aquel desconocido cuya boca apenas alcanzaba. El hombre también la abrazaba y le decía algo que a ella debe de haberle resultado gracioso porque soltó una risita nerviosa. Para mi estupor, el hombre la cargó en brazos como una recién casada y comenzaron su lento ascenso hacia el dormitorio. Troté hasta mi habitación lo más rápidamente que pude. Me vino una risa imparable, una risa que casi me

ahoga. Reí a carcajadas, imaginando lo que podía suceder unos metros más allá del corredor. Reí tanto que me dolía el cuerpo, pero las imágenes que fantaseaba alimentaban un nuevo estallido de carcajadas apenas tomaba el aire suficiente para no ahogarme. Quedé molida y comprobé el efecto balsámico de la risa. ¡Qué bien me hizo reír aquella noche! Resultó ser algo parecido al llanto. Vaya a saber qué toxinas saqué o qué espíritus movilicé con los temblores de mi risa.

—Vieja bandida —dije en voz alta mientras abría la heladerita y buscaba algo para tomar—. Así que por ahí venía la histeria de los sábados.

El domingo transcurrió sin novedad. Supongo que la tía habrá recibido a sus amigas, como de costumbre. Yo no salí del dormitorio más que para aprovisionarme. Pasé el día mirando la televisión sin ganas. Dormí mucho también. La noche en vela todavía me dejaba una resaca. Dormía, despertaba para comer algo, pispeaba la pantalla y volvía a dormir. Pensé en Mario, pero con un dejo de rencor inexplicable, como anticipándome a un dolor seguro.

Así se me fue el domingo. Así se me estaba yendo la vida.

Amanecí el lunes con la energía renovada. Jazmín ya había llegado cuando bajé al taller. Si algo de bueno tenía, era la puntualidad. Me hizo algún comentario acerca de que Mario estaba retrasado, pero no le contesté. Casi nunca le contestaba. Era mi forma de manifestarle desprecio. Me odiaría, sin lugar a dudas. Imagino cómo hablaría de mí en su círculo de amigas. A eso de las once vino Mario.

—¿Y?

—Hay que esperar una semana, pero creo que es nuestro —me contestó con una familiaridad que me llenó de emoción.

Como suponíamos, nos dieron el trabajo. Había que decorar un hotel de punta a punta, una tarea descomunal. Mario estaba tan entusiasmado cuando vino con la noticia que me zampó un beso en la mejilla. Creo que no se atrevió a abrazarme. A Jazmín sí la abrazó. La cinturita entró toda entre sus brazos. Incluso se permitió la obscenidad de levantarla. Me ofendió como si me hubiera dado el peor de los cachetazos.

Pusimos manos a la obra de inmediato. Los plazos eran estrictos pero, además, estaba aquello del orgullo, del buen nombre y todas esas cosas que a Mario lo preocupaban más que a mí. Tomamos personal para el armado y las terminaciones. Le di un mes de vacaciones a Jazmín y Mario casi se infarta.

—No te entiendo, Maciel, en el peor momento, justo en el peor momento.

—No sirve para mucho y molesta.

—¿Cómo que no sirve? ¿Y quién va a atender el teléfono? ¿Y los otros clientes?

—Necesitamos espacio. Ya nos arreglaremos.

—No te entiendo, Maciel, te juro que no te entiendo.

Ni siquiera yo me entendía. Me daba cuenta de que Jazmín era una molestia, pero lo había sido desde el principio. Nada justificaba mi decisión en el momento de mayor trabajo. Por supuesto que me negaba cualquier introspección. Bucear en mis sentimientos era un ejercicio al que no estaba acostumbrada. Por eso me costó aceptar que Mario fuera tan importante para mí y que me estuviera cambiando la vida.

Trabajamos sin parar por semanas. Apenas podía estar sentada. Tenía los pies a la miseria y ya empezaban a asomar las primeras varices como lombrices verdes, trepándome por las piernas. Me avergonzaba que Mario las viera y usaba unas faldas casi hasta el piso. Jamás gasté tanto desodorante y perfume. Yo sabía que mi transpiración tenía el olor de la comida, así que intentaba cubrir aquello como podía y me sometía a la complicada operación de la ducha tres o cuatro veces por día. Mi higiene se volvió una cuestión obsesiva. Si no podía ser atractiva, por lo menos quería parecer limpia. Después de cada baño, me paraba desnuda frente a un enorme ventilador para secar aquellas partes a las que no llegaba con la toalla. Me rociaba con un polvo parecido a la harina y sobre esto me ponía la ropa. También estaba el problema de los hongos. Los combatía con medicamentos y un té de yuyos que Felicia me había enseñado a preparar. Los de los pies eran los peores porque no llegaba a ellos con facilidad. Entonces, rociaba el piso del baño con un producto, caminaba sobre él hasta impregnarme bien y me tiraba en la cama a esperar que se secara. No sé si Mario imaginó alguna vez el sacrificio que hacía para estar apenas presentable junto a él. Llegaba al taller agotada, pero feliz. Eso sí lo notó porque me lo dijo un día, que me veía contenta y que de buen humor era más linda. Fue mi primer piropo y me lo llevé atesorado en el pensamiento, repitiéndolo cada tanto por miedo a olvidarlo.

Mario se me declaró así nomás, sin aviso, mientras revisábamos unas telas que acababan de llegar. Casi me ahogo. Tosí como si se me hubieran atragantado las palabras. Tosí tanto que tuvo que golpearme la espalda y soplar me en plena cara. Lo miré con odio.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Cómo pensás...?

—Sí, me estás tomando el pelo —insistí.

Me tomó las manos, pero las retiré bruscamente.

—¿Por qué no me creés?

—Porque no te creo. No entiendo por qué me haces esto.

—Te juro que es verdad, Maciel, desde hace tiempo, es verdad.

Lo miré con un dolor venido desde las entrañas, un sentimiento que no supe explicar, el dolor de sentirme inferior, inmerecedora de cualquier afecto. Necesitaba tanto de aquel amor que me lastimaba. Mario me miraba sin comprender que mi dolor era de toda la vida.

—Lamento mucho que no me creas —se puso el saco y salió con una tristeza que me hizo dudar.

Hubiera querido correr detrás de él como tantas veces vi en las películas, pero siempre se trataba de muchachitas hermosas, delgadas, que se lanzaban a los brazos de su amante y remataban la escena con un beso. Yo no podía hacer nada de aquello. Quedé aturdida, preguntándome si realmente había sucedido, si había escuchado la declaración o la había inventado en sueños. Me pregunté si no estaría alucinando, si tanto trabajo no me habría vuelto loca. Pero no. Entonces, cuando acepté la realidad, empecé el lento y trabajoso proceso de destruir cualquier ilusión. Era la mejor forma de protegerme.

El trabajo estuvo listo dentro de los plazos estipulados. Quedó perfecto. Nos invitaron a la inauguración del hotel pero, por supuesto, yo rechacé cortésmente la invitación.

—Entonces, no vas —me dijo Mario el viernes por la noche mientras se ataba los cordones.

—No, estoy molida.

—Mentira.

—¡¿Cómo?!

—Que es mentira, que te da vergüenza que te vean...

No tuve valor para mirarlo.

—¿Hasta cuándo pensás seguir así, Maciel?

—Asunto mío.

—No, también es mío.

—¿Vas a volver con esa estupidez?

Pareció ofendido. Dio un par de pasos hacia mí y estrelló la boca contra la mía en un beso brutal, doloroso, como una bofetada. No supe responder. Todas mis lecciones amorosas venían de la pobre escuela de la televisión. Me quedé dura, con mi enorme cuerpo temblando ante la presión de aquella boca que parecía querer lastimarme. Entonces me abrazó, me abrazó con una ternura suprema, una delicadeza que solo el amor podía dar y yo aflojé el

cuerpo, entreabrí los labios y dejé que aquel beso seco creciera en la tibia humedad de nuestras bocas.

IX

Después de lo de Pedro, me consagré al estudio como si el mundo empezara y acabara en aquellos libros. Felipe estaba conmovido. Nunca hablábamos de su trabajo. Solamente sabía que había unos muchachos, los muchachos, pero eso era todo. Un día se sintió mal y no fue a trabajar. Era la primera vez en años. Le mandaron médico certificador. No tuvo más que examinarlo unos segundos para ver que no estaba bien.

—Le doy una semana libre —me explicó— porque con el trabajo de su hermano..., pero habitualmente en tres días están de vuelta.

Hubiera querido preguntarle a qué se refería cuando puso cara de terror al hablar del trabajo de Felipe, pero me detuvo la certeza de que hubiera resultado ridícula mi ignorancia. Cuidé a mi hermano entre libros mientras preparaba el último examen. Por primera vez en veintitantos años estaba a cargo de una casa y de una persona. Por primera vez no tenía a nadie que se ocupara de mí. Me apabulló un poco esta circunstancia, pero salí adelante bastante bien.

Felipe se recuperó en pocos días. Intentó levantarse, pero no lo dejé.

—El doctor dijo una semana.

—No puedo quedarme tanto, nena. Hay que traer plata.

—Dijo que con tu trabajo...

Pareció incomodarlo mi observación. Volvió a incorporarse en la cama y sacó las piernas de entre las sábanas.

—¿Qué trabajo, Felipe?

—Trabajo.

—Sí, pero qué...

—¿Te falta algo? No, ¿verdad? Bueno, acordate de lo que me prometiste, nada de preguntas.

—¿Vos no andarás metido en cosas raras?

—Sí, en una mafia que te manda médico cuando te enfermás. Dejate de pavadas, Airam.

—Yo quiero colaborar.

—¿Vos? ¿Y cómo? Mirá, mejor concentrate en los libros, que para eso me rompo todo. Dejame el trabajo a mí y recibite de una vez.

Fui hasta mi cama y saqué de abajo una caja de zapatos. Felipe me seguía con curiosidad.

—¿Ves? —le dije y se la abrí frente a la cara.

—¿Y eso?

Eran unos adornos hechos con flores secas, de las que guardaba entre las páginas de mis libros.

—Están preciosos. ¿Los hiciste vos?

—¿Se podrán vender?

—Pero están preciosos —insistió.

—Bueno...

—No los necesitamos, nena. Con lo mío alcanza.

—¿Y qué es lo tuyo?

—¿Otra vez?

—Está bien, si no querés no me cuentes, pero decime, esto ¿tendrá salida? Tomó los adornos con sumo cuidado y los examinó de un lado y de otro.

—Y sí, como poder, se puede.

—Vendelos. Estoy haciendo más.

—Pero lo que saque es para vos, ¿está claro?

Los adornos funcionaron mejor de lo que pensábamos. Yo ignoraba qué hacía Felipe con ellos; se los entregaba y él volvía por la tarde con el dinero y me lo daba moneda sobre moneda. Me gustó la sensación de producir y comencé a valorar las cosas de otro modo. Mientras tanto, preparaba aquel examen que iba a abrirme las puertas hacia otra vida. El recuerdo de Pedro seguía doliéndome, pero cada vez menos. Me daba cierto orgullo haber tenido el valor de dejarlo queriéndolo tanto. Traté de olvidar ocupando su espacio con otros hombres. Durante aquellos meses, salí bastante. Aceptaba cualquier invitación, ante el pavor de Felipe, que no dejaba de repetir que me cuidara. En lo único que me fijaba era en que tuviera auto. Después, poco me importaba si era joven o viejo, atractivo o un gorila de circo. El auto parecía asegurar que, por lo menos, no me haría pagar la cena. Así anduve durante un tiempo en el que no fui feliz. Lo de Pedro había sido fuerte y no se borraba así nomás con las cursilerías habituales de los tipos con los que salía. Aceptaba flores, chocolates, incluso alguna alhajita que nunca usé. Íbamos a bailar, a cenar, al cine, me acostaba con ellos sin la menor emoción, solamente porque era parte del itinerario, nada más. Durante todo ese tiempo, lo sé, anduve en busca de un sustituto de Pedro. Cuando me resigné a que ese hombre no

existía, decidí encontrar un tipo que me sacara definitivamente de pobre. Creo que esa fue la etapa más lamentable de mi vida.

Avisé a Felipe que iba a estar un tiempo sin hacer adornos. El examen se aproximaba y necesitaba dedicarme por completo. Se encogió de hombros y salió a trabajar, como de costumbre. Durante aquellas semanas estudié hasta que me ardieron los ojos. Apagaba la luz de madrugada y el despertador volvía a sonar apenas amanecía. A veces, ni siquiera me acostaba; la mañana me sorprendía con la cabeza apoyada sobre la pila de libros. Me hice adicta al café. Nunca me había gustado demasiado, pero ahora lo necesitaba para ganarle al sueño. Felipe comentó algo de unas pastillas que él tomaba para no dormirse en el trabajo, pero se hizo el tonto cuando se las pedí. Así que me contenté con el café. Preparaba un termo hasta el tope y me lo llevaba a la mesa como único compañero. Nunca había querido estudiar en grupo porque me avergonzaba que mis compañeros vieran cómo vivía. Mentía diciendo que me las arreglaba mejor sola, aunque en las eternas noches de vigilia, bien me hubiera venido una conversación intercalada con el murmullo monótono de mi voz.

Durante el último tiempo, suspendí las salidas nocturnas. De alguna manera, abrigaba la ilusión de que, una vez recibida, la calidad de los hombres iba a mejorar. No sé por qué tenía esa rara idea. Casi me despedía de ellos cuando llamaban, como si diera por terminada una etapa y me fuera a lanzar a la conquista de horizontes a la altura de mis pretensiones.

Había que ver a Felipe el día anterior al examen. Estaba más nervioso que yo. Por supuesto que un título universitario en nuestra familia era todo un acontecimiento, pero la dimensión que aquel probable triunfo alcanzaba para mi hermano era una cuestión que yo no podía valorar en aquel momento. Esa tarde llegó un poco más temprano. Vacío los bolsillos sobre la mesa, juntó las monedas y algún billete y los puso en un florero viejo, como hacía siempre. Yo solo tenía que meter la mano y elegir. Felipe nunca hacía las cuentas. Su única preocupación era que aquel florero estuviera siempre lleno. Mientras sacaba las monedas, se le cayó del bolsillo una cosa roja que rodó hasta la puerta. Hubiera seguido con lo mío de no haber sido por la reacción de Felipe que se abalanzó sobre lo que me pareció una insignificante pelotita. La guardó en el bolsillo y pretendió seguir como si nada, pero la respiración lo delataba.

—¿Qué es?

—¿Qué cosa?

—Eso.

—Nada.

—Eso rojo, ¿qué es?

—Nada, te dije, nada.

Su empecinamiento por ocultarme la realidad que ya empezaba a presentir como una verdad inmensa, puso todos mis sentidos en alerta. Cerré el libro de un golpe.

—¿En qué andás, Felipe?

—Sin preguntas, ¿te acordás? —me contestó fingiendo serenidad.

—¿De dónde sale el dinero? ¿Dónde trabajás?

—¿Por qué no seguís estudiando, nena?

—No estudio más si no me decís...

—Pero ¿qué sos? ¿Escribana o policía? —Estaba asustado. Quería fingir molestia, pero estaba asustado. Le dije que no solo no pensaba estudiar más sino que no me presentaría al examen si no hablábamos. La jugada me salió perfecta. Sabía que había tocado su punto débil. Nada en el mundo era tan importante para Felipe como mi título. Se sacó la gorrita y se acucilló contra la pared, junto a la puerta. Parecía no encontrar las palabras exactas para suavizar una confesión demasiado dolorosa. Me alarmé. Aquello, sin duda, era más fuerte de lo que imaginaba. Me senté a su lado, en el piso, y le puse una mano en el hombro. Esa mínima calidez pareció animarlo.

—Hace años que trabajo en la calle. Lo que sea. Vendo de todo. ¡¿Qué sé yo?! Linternas, agujas, encendedores. No es gran cosa, pero tapa agujeros. Lo de las flores secas anduvo bárbaro. Vas a seguir haciendo, ¿no? Porque si no, me enseñás y yo me doy maña. Estoy tratando de colocarlas en unos kioscos. ¡Qué sé yo! —Se rascó la cabeza. Estaba vencido por la vergüenza.

—Pero ¿y la pelotita roja?

Sonrió y la sacó del bolsillo. Me la dio. No era una pelotita. Era una nariz de payaso.

—Esto también. En las plazas.

—Felipe...

—Qué vergüenza, ¿no? El hermano de la escribana haciendo estas cosas. —No, Felipe, no.

—Pero no todo venía de ahí, no creas. Hago una cobranza puerta a puerta para un club. Además, tengo un trabajo fijo desde hace años.

—Ah, ¿y dónde es?

—En el cementerio.

—¡¿Qué?!

—Sí, en el cementerio, alguien tiene que trabajar en el cementerio, ¿no? Y bueno, yo trabajo en el cementerio.

—Pero ¿de qué?

—De lo que venga. Hice de todo. Hago de todo. Cargo coronas, ayudo en los entierros, limpio panteones, lo que venga... —Pareció evadirse un momento del lugar—. Lo peor son las reducciones...

Yo no daba crédito a mis oídos. En un segundo vi frente a mis ojos la burbuja en la que había vivido durante todos aquellos años, gastando sin medida, ocupándome de mi apariencia, pensando que aquel dinero brotaba, simplemente.

—Son, son muy tristes. Y los familiares andan por ahí. Yo les digo que no se acerquen. Algunos me pagan para no tener que ver. Pero es feo. Mejor no te cuento, ¿para qué? Con el tiempo te vas acostumbrando, salvo con los niños. Con los niños uno no se acostumbra nunca. Es horrible. Cada vez que toca un niño hacemos sorteo para ver quién va. A nadie le gusta. Es un ambiente jodido el del cementerio. Todo el tiempo andás entre tristeza. Y bueno, también pasan cosas. Te vas acostumbrando.

—¿Cosas?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Qué sé yo? Hay cosas que a uno le parecen mal al principio, pero después te acostumbrás. ¿Cómo te explico? A veces, hay que abrir cajones que nadie reclama. Y bueno, cada uno saca lo que puede.

Lo miré con terror.

—No me mires así, Airam, nadie los reclama. ¿Para qué vas a dejar eso ahí? Mira que no es cualquier cosa, ¿eh? Hay anillos, cadenas, los dientes...

Me tapé la cara. Estuvimos así no sé cuánto. No podía parar de llorar. Me temblaba el cuerpo. Felipe también lloraba.

—Perdóname, nena.

Mi hermano había dejado de ser aquel sirviente fiel. Por primera vez, vi a Felipe como una persona.

—Perdoname, vos. No sabía, no sabía —me hubiera dado todas las patadas que merecía y que nadie me dio a tiempo. Pensé en cada uno de mis caprichos, en mis veleidades, en la ropa con la que me disfrazaba. Pensé en mi gran meta, mi pobre meta. Me sentí una ridícula. Qué vergüenza, por Dios, qué vergüenza. A costa de cuánto sacrificio había vivido hasta ese entonces una vida prestada.

X

Aquel beso abrió un universo de posibilidades que jamás me había permitido soñar. Fue cuando intenté la primera dieta, un método casero que, por supuesto, no dio resultado. Lo copié de Dolores, pero, claro, ella andaba en la sutileza de reducir centímetros y yo necesitaba bajar cincuenta kilos. El fracaso me cosquilleó con una frustración que no permití crecer y me lancé a una segunda dieta más rigurosa. Volví a la balanza. La coloqué junto a mi cama de manera tal que aterrizaba en ella al levantarme. Tenía con aquel aparato una relación ambivalente de amor y odio. Sabía cuánto la necesitaba, pero le temía a su sinceridad despiadada. Aquella cosita no se andaba con rodeos. Practicaba una dieta que hubiera sido el escándalo de cualquier médico. Ayunaba a duras penas durante el día y, por las noches, me daba unos atracones pantagruélicos que me dejaban exhausta. Nada más que el sabor de aquel beso me mantenía en pie. Andaba de un humor nefasto. En cuanto a Mario, estaba concentrado en la decoración del hotel y no volvió a hablar de cuestiones personales por mucho tiempo.

Fueron días espantosos. Tenía una permanente sensación de languidez trepándome desde el estómago a la boca como si mi cuerpo se hubiese transformado de golpe en un enorme agujero. A veces me mareaba, pero lo solucionaba con alguna bebida dulce y seguía como si nada. Bajé tres kilos la primera semana. No era mucho para el desafío que tenía por delante, pero me entusiasmó esa victoria y decidí ajustar los nudos de la dieta. Llegaba a la noche transformada en un animal. Pasaba el día con la mente puesta en ese momento en que cerraba la puerta de mi dormitorio. Comía con las manos, a dentelladas, me empujaba los alimentos, masticaba poco y tragaba con ayuda de agua. Después de aquellas sesiones quedaba tendida en la cama con ganas de morir. Me dedicaba a recrear en el pensamiento cada una de las palabras y gestos de Mario, la forma que tenía de mirarme, algún roce casual de nuestras manos. Siempre volvía al único beso y me preguntaba por qué no se había repetido. Entonces echaba a funcionar la culpa, aquella máquina trituradora, toda la culpa por no saber alentar los gestos que reclamaba.

Mario me habló una vez acerca de mi carácter, que me notaba cambiada, irascible. Le conté lo de la dieta. Se lo conté con vergüenza, como un humilde regalo que estaba preparando para él. Agradeció mi esfuerzo; después me dijo que lo valoraba y que le parecía bien que intentara mejorar lo que no me hacía feliz. Sugirió que viera un médico, pero lo rechacé. No sé cómo terminamos hablando de orgullo, respeto, consideración. Me pareció que Mario me sermoneaba, una actitud demasiado paternal para mi espíritu acostumbrado a deambular en solitario.

—Hasta ahí —le dije con un brazo levantado a la altura de su cara—. Ya tengo papá, no necesito otro.

—¿No te das cuenta de que estás haciendo mal las cosas? Esto no se soluciona con recetas caseras. Necesitas ayuda, Maciel.

—Te parezco un monstruo, ¿no? Entonces por qué...

—¿Qué?

—¿Por qué me dijiste aquello?

—Porque te quiero en serio. Por supuesto que me gustaría verte mejor, pero no a costa de que te muras.

—Vos no me querés nada. Vos no podés quererme. Mirame, Mario, no podés quererme.

Intentó acercarse, pero lo detuve.

—Maciel... —me dijo con tristeza.

—Nadie puede quererme. ¡Mirame, Mario, mirame! —le gritaba con una rabia que el pobre no merecía. Lo obligué a levantar la vista y sentí pena por los dos.

Di por terminada aquella relación que nunca llegó a empezar y, como signo de las ilusiones muertas, comí aquel día por todos los días en que había pasado hambre. Volví a guardar la balanza en el armario y me engañé con el alivio inventado de no tener que vivir en función de nadie más. Fue un esfuerzo intelectual, lo sé, pero llegué a convencerme, al menos en la superficie, de que nada había mejor que el regreso a mi anterior soledad. Supongo que habré recuperado fácilmente los pocos kilos rebajados. No me importó o fingí que no me importaba.

A falta de otro estímulo que no fuera el trabajo, me vino una obsesión por vigilar los amoríos de la tía Etelvina. Durante la semana, convivíamos sin dirigirnos la palabra, cruzándonos lo menos posible. Alguna vez intenté una conversación nacida de malas maneras para tener el pretexto de preguntarle por qué no se iba de una buena vez, pero ella no dejaba espacio para los encuentros. Apenas me intuía, se escabullía en cualquier parte y evitaba

aquella conversación que andaba flotando desde que su presencia se hizo superflua. Éramos dos sombras moviéndonos entre las sombras de una familia desaparecida. Nunca se me ocurrió acudir a ella para refugiarme y compartir las soledades en las que ambas vivíamos. No había nacido esa magia de los afectos y no era posible crearla a fuerza de artificios. La tía Etelvina era un objeto más en la casa. Cualquier gato de raza hubiera ocupado su lugar.

Me divertía verla en sus preparativos para la gran fiesta de los sábados. La espiaba desde el taller o desde mi cuarto cuando ella me creía ya enclaustrada hasta el día siguiente. Me recordaba a Dolores. Pobre tía Etelvina. ¡Los esfuerzos que hacía por verse hermosa! Pero aquellas arrugas no se tapaban con bases como Dolores cubría las mínimas imperfecciones de su cutis. Aquellas arrugas eran surcos del tiempo marcados para siempre en la piel, como las manchas y el cuello flácido que disimulaba con unas golillas de seda. Me habría resultado menos vieja si no se hubiera empeñado tanto en parecer una veinteañera, pero, en su afán por ocultar lo inocultable, hacía más evidentes los rasgos que pretendía olvidar. No sé qué sentimientos me despertaba entonces la tía Etelvina. Creo que, de alguna manera, incluso desde la pena que me producía verla en aquel esfuerzo vano, creo que le tenía un poco de envidia. Sería por la emoción que ponía en cada gesto, los nervios con los que miraba el reloj cuando se acercaba la hora, la forma de ensayar una y mil veces frente al espejo muecas y mohínes a los que yo no me hubiera atrevido. Me inquietaban aquellos amores sabatinos como esas fantasías inalcanzables que a veces se nos presentan en sueños.

Confieso que me divertí al principio. Esperaba el sábado con tanta ansiedad como ella. Jamás hubiera podido sospechar la tía Etelvina, que en aquel amor tardío una mujer joven estaba depositando sus esperanzas secas. Concentrarme en la turbulencia de una relación que me resultaba curiosa era una distracción para no pensar en Mario. Había decidido espantar bien lejos toda idea que pudiera alentar una mínima ilusión, pero estaba empapada de él, de las imágenes que me asaltaban por las noches en la soledad de mi cuarto. Cada instante estaba poblado por su rostro, algún gesto captado al descuido e interpretado según los caprichos de mis traumas y complejos.

Busqué los defectos que pudieran volverlo desagradable. Puse atención en alguna palabra mal dicha, un tono fuera de lugar, las facciones demasiado gruesas. Añadí a ese patético intento la consideración de que no pertenecía a mi mundo. Terminé de lastimarme haciéndome creer que solo se interesaba por mi dinero, que era un arribista, un ambicioso capaz de inmolarse por alcanzar la cima. Repetía esto una y otra vez cuando presentía que el recuerdo

de Mario venía a asaltarme. Lo repetía incluso en voz alta y llegaba, en mi desesperación, hasta el insulto. Quería odiarlo, o despreciarlo al menos. Inútil. Hay fuerzas tan poderosas que ni la voluntad puede vencer. El amor es una de ellas. Sencillamente pasa, y ya no somos dueños.

Nada era tan efectivo como espiar a la tía Etelvina. Esa distracción casi infantil me enviaba lejos de mis pesares y concedía la tregua mínima de una diversión inocente. Podía oler los vahos de alguna sal que ponía en el agua del baño y las cremas con las que preparaba su cuerpo. Todo aquello venía a meterse por las hendiduras de mi dormitorio y llenaba el lugar de un placer prestado. Se emperifollaba por horas como si le brotara la energía de los quince años y el universo se redujera a la decadencia florecida de su cuerpo viejo. Llegué a oírla cantar mientras se preparaba. Era el colmo del desparpajo, un desborde de sensualidad que al principio me pareció ridículo. Pero eso fue solo al principio, cuando me escandalizaba ver a esa mujer derrochando la vitalidad que a mí me hacía falta. Era una ofensa, una herida a mi dignidad que yo ocultaba con pura moralina. Después, me fui habituando a ese ritual y nació la admiración. Deseché todos mis prejuicios y me dediqué a aprender la lección de vida que la tía Etelvina me daba cada sábado.

El hombre llegaba de nochecita, a una hora más o menos fija, y no necesitaba tocar timbre porque ella ya lo estaba esperando detrás de la ventana. Entonces se repetía el ritual que yo había visto por primera vez, cuando los descubrí: la fusión en el abrazo eterno y aquel anhelo exuberante que parecía derretirse en un beso. No eran más que unos segundos, pero bastaban para entibiar la casa. Yo quedaba petrificada, con el aliento contenido y el sudor resbalando en gotas gruesas. Me envolvía en la magia de aquellos susurros ajenos, la delicia de una pasión que podía olerse en el aire. Pero mi fascinación duraba poco, apenas el tiempo en que él la tomaba en brazos e iniciaban el lento ascenso. Tenía que contenerme para no salir corriendo y esperaba unos minutos intentando poner en orden la respiración y las ideas. Me decía perversa, morbosa, degenerada y otras sutilezas que resbalaban ante el poder magnético de la curiosidad. Me lo iba diciendo y repitiendo a medida que recorría el camino que ellos antes habían andado y me sentía algo así como una novia engañada rumbo al altar.

El altar era aquel dormitorio que ocupaba la tía y que había pertenecido a Dolores. La mejor habitación de la casa. Fresca en el verano y bañada de sol en los días de invierno. La tía no se había animado a hacer cambios. Todo estaba en el mismo tono ocre que a Dolores tanto le gustaba; con aquella cama inmensa, de cuatro pilares y el *voile* drapeado cayendo graciosamente

hasta la alfombra. Y las luces bajas, y la música que se encendía al abrir la puerta, y el perfume de Dolores que todavía flotaba por allí como un fantasma.

Yo no podía ver pero imaginaba. Podía recrear la escena con la sola ayuda de mi memoria visual y algunos sonidos que se colaban por debajo de la puerta. Allí permanecía un buen rato, deleitándome y sufriendo a la vez, hasta que se me ocurría que todo estaba hecho, que ya había pasado y despertaba de mi éxtasis como quien vuelve de la embriaguez del orgasmo, y regresaba a mi habitación con una enorme carga de tristeza en el alma. No había modo de que pudiera notar algún cambio en la tía Etelvina a la mañana siguiente. El hombre se marchaba apenas amanecía, amparado por esa luz difusa que reemplaza las últimas sombras. Ella desayunaba temprano y se entregaba a los preparativos de su reunión de los domingos como una abuela surgida de la más apacible de las noches. Parecía haber agotado en unas horas toda su carga de pasión y regresaba a la tierra despojada de aquellas energías que sobran en los cuerpos ardientes. Volvía a ser ella, doña Etelvina Juárez de Pereira O., con su rigidez aristocrática y sus modales de señora tan lejanos a la criatura juguetona de la noche del sábado.

XI

La confesión de Felipe abrió un mundo nuevo para los dos. Nos volvimos compinches, hermanos más allá de la solidaridad y el cariño. Se atrevió a contarme cosas de su pasado que a veces me dejaban erizada la piel y otras terminaban conmigo doblada por la risa. Me contó, por ejemplo, por qué comía poco en la casa. Yo había supuesto que lo hacía en el trabajo, pero, ahora que lo decía, resultaba raro que casi nunca comiera conmigo. Era para ahorrar, por supuesto, para que los pocos pesos rindieran el doble y yo pudiera darme algún gusto.

—No habrás pasado hambre, ¿verdad?

—Como mejor que vos —me contestó con una sonrisa pícara.

—¿?

—¡Ah! Es cuestión de andar a la pesca. Un casamiento por aquí, algún producto nuevo que lanzan, la presentación de un libro...

—¿Qué decís?!

Se echó a reír a carcajadas, tanto que yo acabé riendo con él. Me hacía señas con los dedos como si estuviera metiéndose comida en la boca y luego se soltaba a reír otra vez. Le gustaba divertirme. Le gustaba verme contenta. Toda su vida era un esfuerzo para que yo fuera feliz.

—¡Pero, loco, loco, loco! —le decía mientras él seguía con su mímica aprendida en su oficio de payaso.

Esquivaba mis intentos por saber de su vida amorosa. Supongo que mamá fue la única mujer que amó y con ella despidió toda posibilidad de ternura. Tampoco le quedaban energías para formar familia. Todo lo depositaba en su esfuerzo por sacarme adelante. Yo era su meta, su futuro, la proyección de su vida. Se me antojó que aquella renuncia voluntaria podía ser algo parecido al voto de castidad detrás del cual se escudan algunos con el pretexto de entregarse a una causa. Porque era un escudo. Felipe hubiera sido un buen padre; lo fue para mí durante tanto tiempo. Pero no creo que se animara a transitar aquellos caminos que en nuestra familia siempre habían significado

pérdidas. Su modelo de hombre era un padre ausente, un enorme agujero negro al que iban a parar horas nunca compartidas.

—¿Y no se te dio por buscar a papá en el puerto?

—¿Para qué? —me contestó con la brutalidad de lo obvio. Levantó los hombros como hacía siempre que fingía indiferencia y me alcanzó la canasta del pan—. Proba la salsa.

—No sé, estando ahí... —Hundí la miga y me chupé los dedos. Sabía que para él ese pequeño gesto significaba el premio del día. Presentí que iba a iniciar una huida y lo acorralé.

—¿No te gustaría saber?

—Creo que no.

Se me hizo un niño que rechazaba un juguete deseado. Felipe, mi buen hermano.

—A mí me entran ganas cada tanto. Por curiosidad, nada más. Pero me hubiera gustado tener un padre. ¿A vos no?

Estaba concentrado en la comida, como si ahí estuvieran las respuestas esenciales.

—¡Querés prestar atención! —le grité—. Pareces bobo. ¿Me estás escuchando?

—No quiero hablar.

La conversación estaba en el terreno que quería. Lo apreté un poco más.

—Padre tenés, aunque no te guste. Yo no te digo que vayamos a abrazarlo, porque no se lo merece. Además, no sería natural. Imaginate, un desconocido. Pero por curiosidad, ¿no te da curiosidad saber cómo es? —Me detuve ante una sensación fría que me atravesó—. ¿Y si está muerto?

—Es lo mismo.

—Sí, ya sé que la vida no nos va a cambiar, pero sería una pena que hubiera muerto sin...

—Está vivo —dijo con una solemnidad que me asustó.

Traté de buscarle los ojos pero estaba sumergido en el plato, lejos de aquella mesa que compartíamos. Duró un par de segundos el silencio, un silencio espeso que se abrió entre los dos y que a mí me parecieron horas. El aire se congeló. Me llené de miedos.

—Felipe —le dije tocándole el brazo para sacarlo de la ensoñación—. Felipe, ¿qué dijiste?

Tenía la mirada opaca, los ojos ahuecados en un pozo de tristeza. Se me hizo pequeño. Di la vuelta y lo abracé por detrás.

—Hermano.

Se sorprendió. Nunca lo había llamado así.

—Sigue en el puerto. Se la pasa borracho. Lo quieren bastante por ahí. Tiene fama de buen tipo. Siempre hay alguno que le arrima algo. Porque no tiene casa, ¿sabés? Vive ahí mismo.

Pensé en mamá, en su pulcritud, en el desasosiego por darnos una buena vida. La vi como me habían contado, con su vestido de flores paseando la tarde en que lo conoció. La imaginé sola parándome, sola el día que supo que se quedaba sola, sola toda su vida.

—¿Lo viste?

—Sí.

—¿Y le hablaste?

—¿Para qué?

Volvimos al silencio. Quedé de pie con mi cabeza apoyada en la de Felipe, que seguía sentado absorto sobre su plato vacío. Le acariciaba el pelo, aunque era yo la que necesitaba de aquellas caricias. Se me vino encima esa soledad que no puede tapar un hermano, la necesidad de un hombre en cuyos brazos pudiera disolver la tristeza, un hombre que me dijera que todo estaba bien, que cubriera de besos la angustia de no poder volver la vida atrás. Felipe se secó la boca, juntó lo que había en la mesa y fue hasta la piletta de la cocina. Lavaba mejor que yo. Me puse a su lado con el repasador pronto. Me pasó un plato y nos miramos. Sonrió.

—¿De qué te reís, bobo?

—Estás llorando.

—Yo no estoy llorando. Estoy emocionada.

—Es lo mismo. Estás moqueando. Tomá.

Me alcanzó una servilleta de papel y siguió con lo suyo mientras a mí se me volvía incontrolable el llanto. Felipe se puso la nariz de payaso y empezó a dar saltos por la habitación. El agua seguía corriendo por el grifo abierto.

—Reíte, dale, reíte.

Claro que me reí. Fue una extraña mezcla de tristeza y dulzura, la soledad de nuestras vidas rescatada por la fuerza de aquel hermano que hacía el ridículo para hacerme reír. Me tragaba las lágrimas mientras reía y él exageraba los saltos. Parecía loco. Estuvimos así un buen rato hasta que la piletta empezó a desbordarse. Corrí a cerrar el grifo. Me sentía mejor. Felipe parecía agotado. Se sentó en el piso junto a la puerta, mientras yo secaba el agua. Quedó quieto, mirándome como si fuera la primera vez que me veía.

—Se parece a vos —me dijo en voz bajita.

Fue la última vez que hablamos de papá.

Me recibí. Tomó algo más de tiempo, pero me recibí. Perdí el último examen cuatro veces. La primera fue al día siguiente que hablamos con Felipe. Quedé extenuada. De un soplo desapareció de mi mente todo el conocimiento acumulado durante noches y noches en vela. Cuando me presenté frente a la mesa examinadora, ya sabía lo que iba a pasar. Conocía bien eso. Incluso hice movimientos instintivos con el brazo buscando la mano de mamá o sus faldas a las que aferrarme como cuando me llevó con la bruja. Tuve varios impulsos de salir corriendo mientras esperaba en el pasillo que me llamaran. Me contuvo la charla de unas compañeras que habían ido para darme aliento. Y Felipe, por supuesto. Llevaba su único traje. Le expliqué que no valía la pena, pero se empeñó en ponérselo. Estaba de pie, apoyado contra una de las columnas que dan a los patios interiores. Cada tanto me miraba y se comía las uñas. No sé por qué no se lo presenté a mis compañeras.

Salí del aula en trance. No había podido responder cuando me preguntaron el nombre. No hubo necesidad de más. Me dijeron que me tomara unos minutos para tranquilizarme antes de un segundo llamado. Yo no los veía.

No sé cómo eran sus caras. Apenas oía sus voces. Salí, pero sin la menor intención de volver. Las muchachas intuyeron que algo andaba muy mal, pero Felipe, que poco sabía de estas cosas, creyó que el examen estaba terminado y no pudo contener la curiosidad. Se acercó con sigilo y me abrazó. Yo estaba rígida, como de piedra. Ni siquiera lloraba. Las otras habrán pensado que era un novio. Supongo que se habrán dado cuenta de que Felipe no entendía lo que pasaba.

—No anduvo —le dijo una por pura piedad.

Volvimos a casa a cual de los dos más triste. Solo un par de días después me puse a estudiar para un segundo intento. Fracasé otras tres veces. Siempre parecido. Solamente cambió la barra de aliento, que terminó por reducirse a mi hermano, con su traje planchado para la ocasión. Las otras me dijeron que no iban por cábala. Me lo dijeron después de la segunda vez. No me ofendí, incluso cuando pensé que más que cábala era aburrimiento. Solamente el amor es inmune a esto. Con Felipe, me alcanzaba.

Estuvimos más de un año en ese trajín absurdo. Es curioso, pero ni una vez pensé en abandonar. Algún resquicio de voluntad mi hacía sentir que era una pena tirar por la borda tanto esfuerzo. Quizás era el amor de mi hermano, o la sensación íntima de que le estaba debiendo una alegría. La quinta vez fue como todas. Salimos de casa con las mismas esperanzas casi marchitas. No sé

cuál fue el cambio, pero pude contestar mi nombre, vi las caras de los examinadores y, a partir de esa primera sensación, me nació una confianza indomable. Tenía aquel examen tan preparado que hubiera podido recitar de memoria páginas enteras de los libros. Aprobé en diez minutos. Estarían tan asombrados como yo; además, era la oportunidad de sacarse de encima a esa loca que persistía en volver cada tanto a pararse frente a ellos sin producir ni una palabra. Me felicitaron con verdadera alegría. Incluso entre ellos se felicitaban.

Yo no me di cuenta de la magnitud de aquello hasta que salí y vi a Felipe, siempre contra la columna, siempre con su traje gris. No necesité hablar. Mis ojos hablaron. Se puso como loco. Gritaba, daba saltos y venía a abrazarme para separarse al instante y tomarse la cabeza con las manos, mirando hacia arriba, agradeciendo, sin duda. En vano fueron mis señas para calmarlo. La felicidad lo desbordaba. Se llenó de curiosos. No era frecuente un espectáculo así en un lugar tan almidonado. Los profesores salieron llamados por el escándalo que metía Felipe. Sentí un poco de vergüenza, pero pudo más la satisfacción de haberle regalado ese momento a mi hermano. Creo que ese día maduré de golpe; crecí unos cuantos años. Empezaba a hacerme cargo de mi vida.

XII

Mario puso el grito en el cielo cuando nos devolvieron aquel escritorio con agujeros de polilla. Perdimos a uno de nuestros mejores clientes, un hombre que se dedicaba a comprar cosas viejas y restaurarlas antes de ponerlas a la venta. Compraba mucho y pagaba bien.

—Mala suerte —le dije. Mario me miró con ojos de fuego. Cuidaba el negocio con más ardor que yo. Sobre todo cuidaba el buen nombre y lo enfurecía mi apatía.

—¡Mala suerte! —gritó como si fuera el patrón y yo una humilde empleada en busca de una justificación—. ¡Mala suerte! ¡Esto no nos puede pasar!

Jazmín quiso ganarse un punto acotando que el producto que usábamos para hacer el tratamiento antipolillas quizá estuviera vencido, pero mis ojos casi se la comen y tuvo el chispazo de inteligencia justo como para no volver a abrir la boca. Mario anduvo el día entero hecho una fiera. Cada tanto metía el dedo en los agujeros, como si quisiera encontrar a la condenada polilla para martirizarla a gusto.

A eso de las seis vino una de las amigas de Dolores a elegir tela para una pequeña banqueta. La recibí como siempre, sin ocultar que me desagradaba, escudada en mi buen apellido, que me daba credencial para tratar así a esas señoras. No sé si se daban cuenta de mi desprecio, y si se daban cuenta, no les importaba. Revolvió catálogos y muestras por más de una hora, como si estuviera eligiendo la tela de su mortaja, una tela que siempre he creído merece más consideración de la que recibe. Hace tiempo elegí la mía y guardé la pieza en mi habitación para cuando me decida confeccionarla. Es una tela gruesa, resistente pero suave al tacto. No sé por qué, pero me inspira una cierta paz pensar que voy a de cansar envuelta en ella. En fin, que la mujer no encontró lo que buscaba y la mandamos al depósito a ver el resto de las muestras. Ya salía cuando se topó con el escritorio. La observé por el rabillo. Lo acarició como si se tratara de una piel fina, metió los dedos en los agujeros y lo olió.

—¿Qué es? —preguntó con aire desinteresado.

Mario la miró avergonzado. Bajó la cabeza y la movió de lado a lado.

—Polilla —contestó, como si estuviera confesando un crimen.

—¿Polilla?

—Sí —respondió él—. No sabemos cómo pasó. Nuestros muebles están tratados. Es la primera vez.

Para nuestra sorpresa, la mujer siguió acariciando el escritorio, controló que no faltara ninguna pieza y buscó la firma que acreditaba que era un auténtico Maciel.

—¿Y está a la venta?

—No, no —se apresuró Mario—. Esto se va directamente al depósito a ver quién se hace responsable. Es la primera vez —insistió.

—¿Pero cuánto cuesta?

—No, pero es que no se vende. Está apolillado. ¿Ve? Tiene agujeros.

—Pero, si lo quisiera llevar, ¿cuánto?

Yo estaba más empapada que Mario en ciertos grados de estupidez social. En un instante de iluminación imaginé a Dolores encantada con alguna excentricidad por la que pagaría una fortuna. Produje la mejor sonrisa que mi desdén permitió y saqué a Mario de un juego cuyas reglas no podía entender.

—¿Cuánto pagarías?

—No sé, decime vos, Maciel.

Le dije el precio que había pagado el antiguo dueño por el mueble en buen estado. La mujer regateó un poco y finalmente aceptó. Cuando salió, le di el cheque a Jazmín.

—Depositalo —dije con una displicencia fingida.

Mario me miró divertido y los dos soltamos una carcajada que rompió por unos instantes la tirantez con la que nos tratábamos.

—Ahora hay que esperar.

Mario no entendió, pero acató la orden. Me tuvo fe en este terreno y no se equivocó. A las dos semanas, ya era famoso el nuevo estilo de la Casa Maciel. Muebles envejecidos que tenían todo el aspecto de una antigüedad. Varios me felicitaron por ese alarde de creatividad y los pedidos comenzaron a llover. Entonces tuvimos que enfrentar un problema en el que nunca habíamos pensado: necesitábamos polillas.

Nos lanzamos con una alegría renovada a intentar un camino que nos parecía tan divertido como ridículo. Mario me miró con desconfianza cuando le planteé el asunto, pero la demanda era demasiado elocuente. Refunfuñó algo acerca de que algunos no saben en qué gastar el dinero, elaboró una

teoría simple del esnobismo y, después de haber vaciado su desconcierto ante este mundo de costumbres raras, se metió de lleno en el asunto. Nos tomó un tiempo organizarnos. Al cabo de un mes, teníamos un pequeño ambiente en el depósito, perfectamente sellado, con una temperatura y luz adecuadas para que los bichitos estuvieran a gusto. Como imaginábamos, se reprodujeron a máxima velocidad, instaladas en ese hábitat cinco estrellas.

El procedimiento consistía en introducir el mueble en ese cuarto y dejarlo ahí de tres a cinco días —el tiempo variaba según la cantidad de agujeros solicitada por el cliente—. Al cabo de ese lapso, lo retirábamos y sometíamos a un proceso antipolillas para eliminar las larvas. Le dábamos la terminación y quedaba listo para adornar las fantasías de tantas personas que añoran cosas nuevas que parezcan viejas. No lo pude entender jamás. Siempre he preferido lo nuevo, si es posible de vanguardia, innovador. Pero estoy llena de clientes que me traen telas zaparrastrosas, compradas en remates o sacadas de los mismos basureros de casas de tapicería para que les forre pequeños muebles, banquetas de estilo o butacas. Dicen que añade un toque añejo a las piezas, que parecen verdaderas antigüedades. En fin, jamás discuto. Los recibo con la mejor sonrisa, les forro lo que quieran y les cobro una fortuna.

El nuevo negocio generó una conmoción en el ámbito de los decoradores. Hice varias notas para revistas, pero no me dejé tomar ni una foto. La última que tenía era del viaje a Europa con Viola y Dolores. Parecía una vaca triste abrazada a una de las patas de la Torre Eiffel. Me produjo un espanto tan grande verla, que no quise saber nada más con fotos y filmaciones. Era otra forma de negar la realidad; no tenía fuerzas para enfrentar los cambios necesarios, así que prefería no lastimarme. Jugaba a la ceguera, como si el mundo no fuese mundo solamente porque yo no lo quería ver. Así de lamentable era mi situación cuando pasó lo de las polillas.

Decidimos dar nombre a la nueva línea de muebles. No fue fácil. Es que apenas podíamos creer que la gente estuviera comprando muebles apolillados. Jazmín nos dio la solución una vez que hablaba por teléfono. Tenía la costumbre de mechar palabras del inglés en sus diálogos raquíticos. Estaría convencida de que esto añadía un toque encantador a su conversación y era, además, una ocasión de refregarle a todos que ella sería tarada, pero sabía inglés. Mario ya iba a decirle que cortara, cuando pronunció la mágica palabrita, algo así como «y la gente se muere por las moths». Aquello tuvo el mismo efecto que si hubieran prendido una luz en mi cerebro.

—¡Mothwood! —grité.

Me miraron con ojos de no entender.

—Mothwood, Mothwood es el nombre, Mario. Les va a fascinar. Suena a cosa europea.

Y no me equivoqué. Pedían la línea pronunciando tan bien como podían, disimulando algunas carencias en la educación unos, ostentando un inglés pulido a fuerza de viajes, otros. Pero todos estaban felices, felices de pagar carísimo muebles agujereados, felices de exhibir un Maciel, línea Mothwood, felices, felices, felices... Duraba poco, claro. La felicidad que da un mueble jamás puede ser cosa duradera. A mí me venía genial esta volubilidad de carácter porque al poco tiempo los tenía de vuelta en el taller preguntando por el último grito de la moda.

Mario dijo que había que festejar el éxito y e invitó a cenar. Le dije que no, de torpe nomás, porque era la primera vez que un hombre me invitaba a salir y no supe manejar la situación. Me arrepentí al segundo, pero él tenía esa capacidad de ver en mi interior; conocía mejor que yo mis emociones. Se apiadó de mi falta de experiencia e insistió.

—Entonces, ¿vamos?

Me pareció estúpido rechazar esta segunda oportunidad, pero me devoraba el miedo. Algo habló por mí y acepté con la condición de que cenáramos en casa. A Mario le habrá parecido un arranque de romanticismo de mi parte, pero de romántico no había nada. Ya había roto varias sillas y no quería exponerme a ese bochorno. Las sillas de casa estaban reforzadas. Quedamos para las nueve del viernes. Me sentí con todo el derecho de pedir a la tía Etelvina que dejara el comedor libre para esa noche. Intercambiamos miradas vivas, llenas de intenciones que quedaron flotando entre las dos. No opuso la menor resistencia. Me dijo que pensaba acostarse temprano a ver una película. «Vieja bandida», pensé y agradecí con la más irónica de las reverencias. Pasé el jueves y el viernes en ascuas, soportando unos nervios que me convirtieron en una perfecta inútil. A Mario, por el contrario, no se le movía un pelo. Pensé que quizá fuera un trámite de rutina para él y que yo estaba haciendo un mundo de algo tan natural. «Es una cena», me repetía cada dos minutos, pero mi parte sensible me decía que era bastante más que un encuentro para comer.

El viernes fue un día de mucho trabajo, como todos los viernes. Cerramos a eso de las siete y Mario se despidió con una guiñada. De todos los gestos que recuerdo de Mario, ese es el que atesoro. Una guiñada, una simple guiñada que me dijo tanto. Era la complicidad perfecta, el entendimiento sin palabras, era todo aquella guiñada hecha como al descuido, tan fugaz que a veces pienso si realmente sucedió. Di las últimas recomendaciones para la

cena. Lo hice sin mucho esmero. Mario eligió pasta y pasta pedí sin preocuparme por los detalles de la salsa o el tipo de queso que, en otra oportunidad, me hubieran desvelado. La muchacha me mostró lo que llevaba preparado y preguntó si un flan de naranja estaría bien. Asentí con descuido y le dije que tuviera la mesa pronta para las nueve menos cuarto.

—¿Flores? —me preguntó con una obvia picardía que me tomó desprevenida.

—¿Eh?

—Si quiere flores en la mesa.

Me sentí descubierta, una niña a punto de cometer una travesura. Me sentí ridícula también.

—No, no. Nada de flores —le contesté con algo de violencia. Brotó la sangre de papá aquella forma distante de tratar a los empleados. Tuve el impulso de pedirle disculpas, pero me contuvo el lastre de mi educación; Dolores me contuvo.

Esa noche hubiera querido tener espejo en el dormitorio. Quería verme linda, lo más linda posible. Me di la ducha más larga que recuerde. Tenía desesperación por estar limpia. Hubiera deseado sumergirme en sales, como tía, o darme un buen baño de espuma que me perfumara la piel, pero aquellos lujos me estaban vedados. Agradecí el invento del aerosol sol que me permitía llegar a zonas remotas de mi cuerpo y me rocié exageradamente con un desodorante sin perfume. Que yo me escabullera de la realidad no significaba que no la conociera; no era solo cuestión de estética; había un problema de salud que me estaba liquidando. Tuve un instante de duda en que pensé mandar todo al diablo, llamar a Mario y decirle que no viniera. Pero, a pesar de todo, seguía siendo joven. Tenía la misma ilusión que cualquier otra mujer de mi edad. Tenía derecho a esa ilusión. Me concedí el beneficio de intentar. Una vez, solamente esa vez y nunca más pasar por lo mismo. Pero esa vez, sí. Saber qué se siente cuando una mujer se prepara para recibir a un hombre. Qué son esas cosquillas de las que tanto había oído hablar y esos nervios con los que la tía caminaba los sábados por la tarde antes de que él llegara. «Es solo una cena, Maciel», volví a repetirme, pero tampoco entonces lo creí.

Elegí un vestido azul marino que disimulaba bastante mis kilos. Busqué en mis cajones y solo pude encontrar un par de medias sano. Rompía las medias a la altura de la entepierna. Se me hacían unos agujeros terribles a los que me acostumbré y con los que convivía ocultándolos bajo las faldas. Una parte mía descansaba en las circunstancias y quedaba conforme con mis pocas posibilidades. Pero había otras zonas en mi interior que se rebelaban cada día

cuando me veían sumergir en aquella falta de consideración. De esos chispazos me aferraba cuando ya empezaba a convencerme de que no merecía vivir. Me levanté el pelo con un moño y suspiré ante la fuerza arrolladora de los hechos: no podía pretender un milagro en una hora. Dudé mucho si usar o no perfume. Sabía, por experiencia, que a veces el perfume se mezclaba con los olores del cuerpo y de esa extraña química salía un producto insoportable. Desistí, pero volví sobre mis pasos pensando en el efecto que producía Jazmín cuando entraba por la mañana bañada en aromas embriagadores. Hasta a mí me gustaba olerla. Me decidí por un perfume fresco, con un toque cítrico que consideré el más adecuado para superponerse a otros olores. Me puse en todos los lugares en que Dolores se ponía y también me puse en la lengua. Solo cuando lo probé, pude disfrutar su aroma. Lo mismo me pasaba con el chocolate, necesitaba oler y comer a la vez.

Mario llegó en hora. Todo lo hacía en hora, con prolijidad. Ese primer signo de orden me hizo pensar que aquello iba a parecerse a una cena de trabajo. Había dudado mucho acerca de hacerlo esperar o bajar puntualmente. Lo primero, me parecía, añadía un toque de sensualidad y yo no quería nada sensual aquella noche. Me aterraba el solo pensarlo. Así que bajé apenas lo anunciaron. Tuvo la delicadez de no darse vuelta mientras yo emprendía el penoso descenso. Las escaleras eran un problema para desplazar mis kilos y los zapatos que llevaba no ayudaban a equilibrar el peso. Cada pocos escalones me detenía para tomar aire. Cuando pude alcanzar la planta baja, agradecí en silencio que Mario se hubiera entretenido con la colección de pipas de mi padre. Nos saludamos de lejos, como siempre, pero él se acercó y depositó un beso suave en mi mejilla. Olía a limpio, a recién afeitado. Creo que entrecerré los ojos, pero fue un instante, nada más, un soplido de tiempo que me hizo perder el control de la situación. No sabía muy bien si quería una cena formal, hablando de cualquier cosa o que Mario me arrancara la ropa y no me diera tiempo a pensar. Me miró con la misma atención que ponía al examinar los materiales de trabajo.

—Estás preciosa, Maciel.

Sonreí como único agradecimiento y le indiqué que pasara a la sala donde ya estaba servido el primer plato. Pudo haber pensado cualquier cosa de mí, que era una grosera, que pretendía mantener la distancia, cualquier cosa. Lo cierto es que estaba muerta de miedo. Tiritaba. Las palabras venían a mi boca en tropel, pero no podía organizarlas en expresiones coherentes. Nos sentamos frente a frente. La muchacha sirvió el vino y Mario la siguió con la

mirada hasta que desapareció tras la puerta. Entonces levantó su copa y propuso un brindis con la mejor de sus sonrisas.

—¡Por las polillas!

—¡Por las polillas! —repetí agradecida porque aquella primera broma rompía la tensión del ambiente. Duró poco. Mario estiró la mano hasta alcanzar la mía.

—Mario... —dije casi en secreto y bajé la mirada.

Parecía tener la situación bajo control. Manejaba tiempos y nervios como si fueran elásticos. Se lanzó a la comida mientras yo hacía un esfuerzo por recomponer la calma y controlar la temperatura del cuerpo. Así fue durante toda la cena. Subía y bajaba de mi calvario cada vez más agotada. Mario llevaba la conversación hacia zonas que me incomodaban y súbitamente salía con una pavada que me hacía estallar en una risa de alivio hasta que volvía a mirarme de esa otra forma. Nadie pregunte por el punto de la pasta o el sabor del flan de naranja. Sé que comí como una autómatas, pero no sé si me gustó, si fue mucho o poco, si el café estaba frío o los bombones derretidos. Pasé por el trámite de la comida como un fantasma a través de la pared. Terminamos tomando coñac desparramados en uno de los sillones de la sala. Mario se descubrió como un tipo divertido. Yo conocía su brillo al verlo trabajar, pero esa parte nueva me parecía fascinante. Reímos; primero con cautela, después con furia, con histeria, de puro nerviosos, creo. Nos fuimos deslizano del sillón hasta quedar tendidos sobre la alfombra riendo, riendo todo el tiempo.

Fue inevitable. Mario encontró la forma de romper mis defensas. La risa aflojó las tensiones. Por un momento, olvidé mi cuerpo y no tuve miedo. Me gustó el juego que Mario hacía con mi pelo, el roce de aquellas manazas sobre la piel húmeda. Me gustaron los besos en el cuello y el aliento que bajaba por el escote. Me gustó que me desabotonara el vestido y animarme a desabotonar su camisa. Me gustó, le gustó, me gustó y me dejé ir sin que un solo pensamiento nublara el placer. Entonces Mario se acomodó encima de mí y dijo algo e nunca debió haber dicho.

—Lindos huesos, Maciel.

Produjo el mismo efecto que si hubiera pronunciado el nombre de otra mujer. Lo que estaba necesitando para recuperarme. Una palabra, un gesto nada más que me anclara a la realidad, a la misma Maciel de todos los días, la de las defensas altas y los muros infranqueables. Volví a ser la gorda llena de complejos. Me vino de golpe el peso de todos mis kilos y el olor de mi cuerpo se me hizo insoportable. Todo en un mismo instante, el hechizo roto y la princesa convertida en vaca. Lo empujé con algo de violencia y me abotoné la

ropa lo mejor que pude. Mario me miraba con ojos de no entender. Quiso acariciarme, pero yo exhalaba resentimiento. No se animó.

—Mejor te vas.

—Pero Maciel...

—Mejor te vas —repetí con los dientes apretados mientras hacía esfuerzos descomunales por incorporarme.

No se movió. Siguió cada movimiento mío con una expresión de curiosidad entristecida. Cuando pude ponerme de pie no se me ocurrió nada mejor que ordenar los almohadones. Mario seguía ahí.

—¡Te vas! —grité.

Se fue y yo quedé hecha un trapo, pero no me permití llorar. Fui hasta la cocina y me di un atracón de novela. Quedé dormida sobre la mesa y soñé con las tardes junto a Felicia y Airam mientras Franco Palma narraba alguna aventura de mar con sus manos. No eran sus manos, eran unas manos imponentes, las manazas de Mario que terminaban oprimiéndome el cuello hasta la asfixia. Hice un esfuerzo por despertar, un esfuerzo por salirme de aquella pesadilla, pero no me produjo alivio volver. Subí hasta mi dormitorio, pero ya no me acosté. El sol empezaba a teñir unas nubecitas, miles, millones, parecían corderos surrealistas. En una hora llegaría Mario y después la tarada. ¿Por qué no se fijó en ella? El dolor me nublaba la mente y las ideas se me agolpaban en tropel, desordenadas, inconclusas. No podía pensar entonces que el amor recorre senderos inesperados, llega a lugares desconocidos. No tiene lógica; esa es la única regla del amor, pero yo no lo sabía. Solamente me repetía aquello de los lindos huesos.

Bajé. Al pasar por la cocina, pellizqué un resto de flan y me llevé dos panes en el bolsillo. Esperé en mi escritorio, fingiendo que dibujaba. Preparé una taza de café y fui por más pan. El silencio se me hacía inaguantable. Jazmín llegó en horario. Escondí el resto de pan y seguí con mi dibujo, pero mis sentidos eran centinelas en la puerta. Esperé hasta que se me hizo evidente que Mario no vendría. A las once apareció un muchacho parecido a él. «Mario, gracias a Dios», pensé. Pero no era él. Mandaba una carta de renuncia y una notita que decía algo así como: «Qué desperdicio, Maciel. Es una pena».

XIII

Es curioso. Siempre he tenido la sensación de que mi vida va en círculos, pero círculos desordenados que se meten unos en otros, enlazados, a veces concéntricos, otras casi coincidentes. No puedo definirlo con exactitud. Cada movimiento, cada transformación de uno altera los otros o genera nuevos. Con lo de Felipe, sucedió de ese modo. El círculo protector en el que me tenía se agrandó para contenerlo a él, a mi hermano, metido en otro círculo más pequeño, más frágil. Y entonces se revirtió nuestra sociedad fraternal. No en todo, por supuesto. Felipe seguía necesitando de aquella omnipotencia para mantener el funcionamiento de la casa, para que a mí no me faltara nada. Me pareció una grosería privarlo del motor de su vida, así que le seguí el juego. Pero esta vez el cambio estaba en mí.

Hasta ese entonces había jugado a ser lo que deseaba, pero ahora entendía que debía desprenderme de la niña mimada, la princesa pobre. Tomó tiempo y dolor. Seguí lastimándome, perdí la huella, sucumbí al mareo del halago fácil. Todo eso me pasó cuando elegí transitar el sufrimiento de romper con la fantasía en la que había vivido hasta ese momento. Las revelaciones de Felipe me dieron ganas de cambiar las cosas de un día para el otro. Caí en el error de dejarme dominar por la ansiedad que da la culpa. Mi hermano nunca pidió nada; siguió trabajando de cualquier cosa, comiendo en cualquier parte y llenando el florero como lo había hecho cada día de nuestra convivencia.

El título demoró unos meses que aproveché para buscar trabajo en algún estudio jurídico. Empecé con pretensiones altísimas. Cambié mi vestuario y dejé los pantalones ajustados y las blusas con escote para la noche. En su lugar, me hice confeccionar un par de trajecitos con un corte bastante sobrio y el toque sensual de la falda apenas por encima de rodilla. Uno color borra de vino y el otro azul con rayitas blancas. Tenía zapatos de taco alto pero tuve que comprar un pequeño portafolios que me parecía el accesorio imprescindible además de un par de pañuelos para el cuello y alguna fantasía barata. También me corté el pelo por encima de los hombros y agregué el toque de unos reflejos que me daban un poco de luz al rostro. Felipe soportó

el aluvión de gastos con la misma firmeza de siempre, como si pudiera costearlos sin el menor esfuerzo. Esta vez, sin embargo, juré devolverle cada peso y guardé las boletas en el cajón de mi mesa de luz. Cuando tuve el ajuar listo, me paré frente al espejo y me gusté. Tenía aspecto de escribana; podía salir al mundo a buscar el lugar por el que mi madre y mi hermano tanto se habían sacrificado.

Hubo domingos enteros en los que Felipe y yo nos pasamos revisando los clasificados del diario, preparando mi magro currículum y llenando solicitudes de empleo. Terminábamos agotados, pero la ilusión alcanzaba para renovarnos la energía. Felipe me ofreció una placa de bronce que nunca pudo mandar hacer porque el administrador del edificio le advirtió que estaba prohibido instalarla en la puerta de calle, esgrimió razones de seguridad, que una chapa era un llamador para ladrones y otras cuestiones que apenas lo salvaron de que Felipe lo moliera a golpes. Tuvo que contentarse con unas tarjetas de presentación y una lapicera con mis iniciales.

Después de haber tocado varias puertas, finalmente se abrió una, cuando ya empezaban a ganarme los nervios y las chapitas de los tacos pedían recambio. Entré a trabajar en un estudio con dos abogados, una contadora y una escribana vieja de la que yo venía a ser ayudante, secretaria, dama de compañía y, en casos extremos, empleada doméstica. ¡Al diablo con mis pretensiones! Por años había soñado con tener el título colgado de la pared, como si aquello fuera el toque mágico que me convertiría automáticamente en una profesional de renombre. Nadie me advirtió jamás acerca de la empinada escalera que debía ascender. Tuve que abrir caminos que a otros se les hacían más fáciles. No tenía familiares que se hubieran dedicado a lo mismo. Lo poco que conocía de mi árbol genealógico estaba poblado por oficios que requerían escasa preparación; era la primera en la familia que accedía a un título universitario. Es curioso, pero no me dio el menor orgullo, sino más bien una tristeza honda. Algunos de mis compañeros partían de varios peldaños más arriba con el único mérito de ser hijo de tal o nieto de cual. Tuve un nuevo atisbo de resentimiento hacia mamá. No pude quitarme esa sensación fea ni siquiera diciéndome a gritos que ella no tenía culpa de nada.

Felipe me hablaba poco, pero yo buscaba la forma de pelearlo por cualquier tontería. Quería que se diera cuenta de que no había estudiado tanto para servirle el té a una vieja o ir a la veterinaria a comprarle un remedio al perro. Porque eso hacía entre juzgado y registro. Y me sentía morir, pero Felipe no podía evaluar aquella frustración; para él, la meta estaba lograda: la

hermana escribana trabajaba en un estudio. ¿Qué más necesitaba para pavonearse entre sus amigos del cementerio?

Por aquellos días pensé mucho en Viola y en Maciel. Las imaginé estudiando en alguna universidad del extranjero, comprando ropa cara, casadas con algún millonario, eligiendo trabajar de lo que quisieran, con sus oficinas puestas a todo lujo. Me pareció que necesariamente tendrían que ser felices. No cabía otra posibilidad en mi cabeza cuando pensaba en ellas. Tenían todo lo que yo anhelaba; siempre lo habían tenido, y yo me alimenté por años de sus sobras. A veces, maldecía el día en que llegamos a lo de los Pereira. Pensaba que hubiera sido mejor una vida más acorde a nuestra realidad, y no esa existencia prestada en la cual nos movimos solamente para tomarle el gusto y observar de lejos.

Apenas puedo esperar el día de mañana. Volver a encontrarme con Maciel. Saber qué ha sido de su vida. Preguntarle por Viola y Dolores, por la señora Etelvina. Solamente para saber, para sufrir un poco cuando me cuente y yo haga las comparaciones inevitables. Siempre he sido masoquista. Los envidiosos somos así. Y yo soy envidiosa. Hace años que lo reconozco sin que me pese. Envidia hasta enfermarme de envidia, hasta desear mala suerte cuando veo que a otros les va mejor. Al principio, me negaba a aceptarlo, pero era demasiado veneno. La envidia es veneno puro, por si alguien no lo sabe. No estoy segura de que lastime a otros. Nadie se empobreció ni dejó de vestirse bien porque yo lo envidiara. De lo que sí estoy segura es de que a mí me destruye por dentro. Pero con Maciel, será distinto, creo. Siempre me cayó bien, fue buena conmigo; mejor que Viola, al menos. Un poco antipática, a veces, pero nos quería. A mamá, sobre todo.

Quizá fue envidia lo que vino a condimentar mis ambiciones. Para mal, por supuesto ese sentimiento no da buenos engendros. Me lancé hecha una cualquier cosa a la caza de un hombre que pudiera terminar de una buena vez con mi existencia mediocre. No tuve que esforzarme mucho para conseguir candidatos. Toda yo estaba en oferta. Demasiado barata, creo. Por eso, muchos contactos se limitaron a salidas nocturnas, cama casi siempre incluida, algún llamado esporádico y la inevitable disolución en el tiempo de lo que está condenado a ser un poco más que nada. Si algo bueno saco de aquella época, es el conocimiento de los secretos masculinos. Tuve todo el tiempo y todas las experiencias para observar el comportamiento a veces inexplicable de los hombres con los que salía. Entendí por qué algunos hablaban poco, incluso mientras hacían el amor; por qué ese miedo a la palabra. Yo podía decirles «te amo» con la mayor soltura, prometerles

paraísos imposibles, seducirlos con la música de mi voz susurrada al oído. Algunos también mentían, pero yo percibía, incluso en aquellas promesas falsas, que les costaba poner en palabras los sentimientos, aferrarse a declaraciones que exigían un cumplimiento, la mayoría de las veces, más allá de sus posibilidades.

Aprendí a reconocerlos con una primera mirada o viendo los modales en la mesa. Para mí era más elocuente la forma en que tomaban los cubiertos o descorchaban el vino que todos los discursos con los que pretendían deslumbrarme. Miraba las manos. Las manos dicen bastante. También engañan. Unas manos demasiado cuidadas, por ejemplo, me hacían nacer la idea de un niño mimado en busca de otra madre. Tampoco me gustaban las ásperas, las uñas desprolijas o los anillos. Los anillos eran, casi siempre, una condición excluyente. Salvo la alianza de bodas, claro. No tenía más remedio que pasar por alto esa molesta argollita. No podía pretender encontrar al hombre perfecto: lindo, millonario y soltero. Tanta perfección me habría despertado una natural desconfianza. Prestaba mucha atención a los zapatos. Era lo primero que miraba. Sé que no soy la única mujer que lo hace. Los hombres ignoran cuánto dice de ellos un par de zapatos bien lustrados. Prefería estos últimos, me daban seguridad. Pero, en mi maratón sin destino cierto, tuve varias veces que aceptar mocasines roñosos, cordones desflecados o cueros opacos que jamás habían visto betún. Me ponía de mal humor. Aprendí también a no dejarme llevar por la primera impresión. Un hombre que viste un traje impecable, al volante de un auto espectacular, puede ser un gran ejecutivo o su chofer. Digo esto con propiedad, porque sufrí el desengaño en carne propia y sé que no hay diferencia entre ambos a primera vista.

Uno de los abogados del estudio fue el primero de esta larga serie de frustraciones. Dadas mis intenciones y su disponibilidad, todo hacía suponer que terminaríamos tomando champán al amanecer. No sé quién conquistó a quién. Tampoco nos importó. El dejó claro al principio que aquella relación no afectaría en nada el trabajo. Estuve de acuerdo, aunque ambos sabíamos de sobra que es imposible ignorar una pasión, aun cuando ya se ha extinguido. Pero jugamos a intentar. Jugamos a divertirnos, eso fue todo. Yo aposté más fuerte, por supuesto. Mis intenciones iban más allá de las de él. No estaba enamorada ni pretendía fingirlo. Por otra parte, tampoco él me lo pedía. Creo que no le interesaba en absoluto. Una relación sentimental hubiera sido más difícil de manejar. En cambio, aquello era puro placer, en cualquier parte y a cualquier hora. No había más compromiso que estar de buen humor.

Hablábamos de casi todo, pero no hablábamos realmente de nada que fuera más allá del velo superficial que cubre todas las cosas.

Me contaba de su mujer, de su hija pequeña Yo lo escuchaba con paciencia y algo de curiosidad, apoyada mi cabeza sobre su hombro, los dos tendidos en cualquier cama, fumando. Varias veces le pregunté por qué lo hacía. Me decía que yo le gustaba, que le gustaba mucho. No logré sacarlo de ahí. En aquella tibia expresión quedaba reducido todo su interés, mí no me alcanzaba. Mantuve aquello hasta que me pareció una pérdida de tiempo. Fueron cuatro o cinco meses divertidos, nada más. Le dije una noche que era la última vez. Insistió un poco, lo políticamente necesario. Después me aseguró que entendía, que le parecía bien, que todo quedaba igual, amigos. «No», lo corregí, «tú seguís siendo mi jefe». Hicimos el amor como dos cachorros, sin exigencias, incluso con alivio. Al otro día, nos saludamos con cortesía y no guardamos de aquellos meses más que la mínima complicidad de compartir un secreto.

No podía darme el lujo de esperar. Quería un cambio inmediato, retribuirle a Felipe tantos años de sacrificio, vivir finalmente la vida que creía merecer. Seguí metiendo la pata una y otra vez en el mismo lugar, sin detenerme a pensar por qué una mujer de casi treinta años no podía establecer una relación duradera. Aprendí eso después; debí poner el freno y parar la máquina para ordenar el pensamiento. Incluso mis estrategias de seducción habrían sido más efectivas. Pero estaba mareada, confundida por la ansiedad de querer todo en el momento. ¿Y qué quería? Jamás apunté al equilibrio, sino a cuestiones materiales que me aproximaban a la clase de persona que pretendía ser. Jamás me tuve la fe necesaria para salir adelante por mis méritos. Por eso fracasé tantas veces, creo. Me equivoqué en las metas y no reparé en cuánto dolor podían causar los medios para alcanzarlas.

Un cliente del estudio fue el siguiente, pero tampoco duró mucho. Ese sí que se tomaba las cosas en serio. Quería formalizar. Me asustó la expectativa que me daba su forma machista de ver la vida. Me vi enclaustrada en una casa, criando hijos, con rulos y chancletas, haciendo de una cena caliente la máxima ilusión del día. Salí huyendo después de unas semanas. El pobre quedó perplejo. Siguió llamando al estudio y a casa hasta que Felipe lo amenazó. Mi hermano me pidió que me tranquilizara un poco. Le dije que todo estaba bien, que le agradecía su apoyo, pero que no necesitaba consejos. Se ofendió, pero le duró lo poco de siempre.

No sé con cuántos hombres salí durante los años que trabajé en el estudio. ¿Veinte? ¿Treinta? Quizá más. Con ninguno logré encastrar las piezas de mi

rompecabezas. A cada uno le faltaba algo imprescindible que me hacía terminar la relación. Otras veces, eran ellos los que se asustaban y salían huyendo con cualquier excusa. Nunca les hice una escena. Comprendía su miedo. Siempre he sido honesta con mis intenciones, y yo sabía de sobra que poco tenían que ver con un amor de Romeo y Julieta. Lo mío podía llamarse oportunismo, ambición, necesidad. Nunca me mentí al respecto. Es que tampoco ahondé demasiado en las circunstancias que me llevaban a comportarme así. Hubiera podido comprender mejor la razón que movía mis acciones, perdonarme algo a la hora de los juicios y, quizás, evitarme el desgaste físico y moral al que esa cabalgata desenfrenada me estaba conduciendo.

Hace dos años, la vida me pegó un vuelco brusco, una de esas vueltas impredecibles, fantásticas. Sancho Pereira vino al estudio por unos papeles. No me reconoció, por supuesto. Ni siquiera creo que alguna vez hubiera reparado en mí. Tuve un primer impulso de decirle quién era, pero me contuvo una súbita vergüenza de un pasado que quería enterrar a toda costa. Nadie en el estudio sabía que yo era la hija de una sirvienta. Nadie preguntó y yo no quise aclararlo. Lo hubiera reconocido hasta en el fin del mundo. No había cambiado demasiado. Tenía la piel tostada, como siempre, y el cabello gris. Calculé la distancia en años que nos separaba y no me resultó escandalosa; había salido con tipos mayores, así que no iba a asustarme por eso. Lo miré mientras hablaba con la contadora. Busqué sus botas embarradas, pero encontré unos espléndidos zapatos lustrados en los que hubiera podido reflejarme. Creo que esa fue la señal determinante, como un buen augurio, el empujón de audacia que estaba necesitando.

Recuerdo que fui al baño. Me perfumé, abrí dos botones de mi blusa y levanté unos centímetros el largo de la falda. Crucé y descrucé varias veces las piernas sentada en el inodoro, fumando un cigarrillo para consumir los nervios. Me daba cuenta de que estaba a punto de hacer una jugada arriesgadísima. Apagué el cigarrillo en la humedad del lavatorio y abrí la pequeña ventana. Me tomó unos minutos reponerme. Cuando salí, Sancho ya no estaba. Sonreí. Era demasiado loco, pensé, mejor así. La idea, sin embargo, permaneció en mi mente por días. Tuve el tiempo para meditar y no me pareció tan descabellado. Cuando lo vi entrar, una semana después, ya tenía mi arsenal listo para disparar las mejores armas de seducción, y los prejuicios guardados bajo siete llaves.

XIV

La ida de Mario golpeó mi conciencia de la propia estupidez. Hice mil conjeturas. Incluso intenté convencerme de que mejor así, que aquel hombre no me interesaba en absoluto y que ya encontraría sustituto para el taller. Mentiras. A veces, me enternecía mi obstinación por negar lo evidente. Mario estaba en cada espacio, me inundaba el pensamiento junto con la culpa de haberlo dejado ir. Llené mis horas con trabajo y, por supuesto, comida. Creo que engordé algunos kilos durante aquellos meses que siguieron. No me importó. El cuerpo todavía aguantaba y la piel demostraba su ilimitada capacidad para contenerme.

La tía Etelvina, sin embargo, parecía cada vez más joven. Ni una semana interrumpió su ritual amoroso que yo espiaba ya no con curiosidad, sino con una delectación morbosa. Me resultaba algo ridículo y, sin embargo, no podía negar la admiración hacia aquel derroche de energía nacido de vaya a saber Dios qué fuerzas interiores. ¿Dónde estaba el secreto de la tía Etelvina? ¿En cuál de las arrugas de su cuerpo guardaba la verdad de una pasión fuera del tiempo? Hubo días en que la hubiera interpelado abiertamente, al cruzarnos en las escaleras o en cualquiera de los pocos instantes en que coincidimos. Pero, no me animé. Me daba un pudor que debió ser de ella, una cierta vergüenza ajena, preguntarle por los misterios de su intimidad. Me habría mandado al diablo, de todos modos. Nuestra relación jamás fue buena. Ya le tenía sabida su rutina, de manera tal que podía seguirla a la distancia, desde mi habitación, con la única guía de algunos ruidos conocidos. A tal punto llegó la afinación de mis sentidos que me era posible calcular la duración de cada etapa del acto amoroso y llegar al final junto con ellos. Todo en perfecta sincronía. Un curioso *ménage a trois*.

Cada tanto, recibíamos una llamada de Dolores. No hacía más que hablar de ella, de los triples apellidos de sus amistades, del lujo y la euforia en la que transcurrían sus días. Antes de despedirse, me preguntaba al pasar por la casa, si tenía noticias de Viola, si la Etelvina estaba bien, si la empleada recordaba lustrar la platería cada semana. Todo con el mismo interés. No pasaban los

años para Dolores. Ni en la perfección del cuerpo ni en la imbecilidad del alma.

Viola se comunicaba poco y nada. Sabíamos que andaba por la India tras los pasos del que se empecinaba en llamar maestro. Las pocas veces que habló tenía voz de ultratumba y usaba palabras raras, tan ajenas a su habitual vocabulario de marinero. Supongo que estaría drogada. No era secreto para nadie que Viola consumía desde hacía años. Empezó fumando marihuana, pero yo la vi una vez inyectándose. Me causó una impresión horrorosa, pero no me animé a hablarle. Cerré la puerta del dormitorio y también la de su vida. Mi hermana me era indiferente, tan indiferente como yo para ella. Jamás me detuvo en uno de mis atracones, ni me preguntó por qué lo hacía. A lo sumo se burlaba de mí, pero en los últimos tiempos ni siquiera se burlaba.

En cuanto a papá, seguía albergando una tibia esperanza de que algún día se decidiera a quererme. La edad le sentaba de maravillas, como si hubiera nacido exclusivamente para llegar a ese perfecto estado de madurez. ¡Pobre papá! Verlo ahora... ¡Qué ironía! Yo no sabía cómo manifestarle mis sentimientos. Me volvía pequeña cada vez que lo veía llegar. Me sentía fea, también, indigna de su amor. Si papá me hubiera querido, creo que el mundo, con sus normas hipócritas y su excesiva adoración por la estética, me hubiera servido de papel higiénico. Pero yo no era más que la hija gorda, un recordatorio de la esclavitud a la que debió someterse para salvar sus finanzas. Yo era Dolores, pero fea. No le había hecho el favor de desaparecer, como Viola; parecía obstinada en estar siempre ahí, cuando él volvía, recordándole que alguna vez había tenido familia y que todavía existían obligaciones.

Con la tía Etelvina se entendían bien. Tomaban una copa en la biblioteca y hablaban un buen rato de cosas que no alcanzaba a oír. Nunca me invitaron a acompañarlos. Me pregunté si la tía le habría confiado su secreto. Entonces tuve la mala idea de extorsionarla para que se fuera; amenazarla con contarle a papá de sus amoríos desaparejos, de los detalles íntimos que tan bien conocía. Me pareció una maldad encantadora. Se lo dije durante el primer cruce de palabras que tuvimos por alguna tontería que provoqué deliberadamente. Me miró con sorpresa, con algo de miedo que pronto dominó a fuerza de clase. Irguió su cuello y dijo: «Gorda estúpida». Lo hizo con el mayor desprecio y me produjo el mismo efecto que mil puñales lavándose en el cuerpo. Sentí nacer la ira en su más puro estado; una sensación de furia que no puedo describir. A la distancia, con la claridad del tiempo, me doy cuenta de que la pobre vieja cobró por todos mis complejos,

por los años de soledad, por la familia que me había tocado en suerte. La tomé del brazo. Recuerdo que me impresionó la flacidez de la carne. Llegué al hueso sin demasiada presión. Vi miedo en su mirada y gocé.

—¿Qué pasa? ¿Tenés miedo de que la gorda estúpida te lastime? Tranquila, no le haría daño a una vieja. Porque sos una vieja, ¿sabes? Una vieja de mierda. Una vieja de mierda que se metió en mi casa y que se cree la dueña. Tan dueña que trae a su amante y lo mete en la cama de mi madre. ¡Ah! ¿Te sorprende, Etelvina? Te sorprende que sepa, ¿verdad? ¿Y cómo pretendías esconderlo viviendo en la misma casa? ¿Pensaste que no iba a darme cuenta? ¿Eso pensaste? Te equivocaste, Etelvina. La gorda estúpida te ha estado observando todo el tiempo. Sabe de memoria tus horarios. Conoce la voz de él y las idioteces con que te engatusa. Porque, ¿no creerás que está enamorado? ¿O sí? ¡Por Dios, tía! Mírate nada más las arrugas, la piel que te cuelga por todas partes, el olor a cosa vieja que tenés. Vieja, vieja, vieja, vieja, vieja...

Hizo un leve movimiento para soltarse y yo aflojé. Me apaciguó sentir que se me derretía entre las manos. Se secó las lágrimas y subió con toda la dignidad que pudo rescatar. Me sentí una basura. Volver en mí después de una crisis de ira que debí haber dejado salir en gotas durante años fue como un mazazo, la sensación de que un tren me había pasado por encima.

Los días siguientes fueron de silencio. La casa se convirtió en un enorme claustro. Hasta las empleadas se movían como espectros. La tía Etelvina pidió que le sirvieran la comida en su habitación y yo empecé a preocuparme por mi exceso. El sábado esperé la hora señalada con tanta ansiedad que parecía ser yo la amante. Vino la sombra habitual, la puerta se abrió sin necesidad de aviso, pero no hubo nada más. Ni besos, ni abrazos, marchas escaleras arriba, ni botellas descorchadas, ni susurros, ni gemidos, nada. Durante las semanas que siguieron, la tía se dejó ver lo menos posible. Bajaba cuando me creía en el taller y, apenas sospechaba mi presencia, huía escaleras arriba como un ratón asustado. Suspendió las partidas de los domingos para desazón de aquella caterva de adulonas. Quise disfrutar de ese pequeño triunfo, pero la culpa no me lo permitió. Me di cuenta de que las cosas habían ido mucho más allá de mis intenciones.

Esperé durante varios sábados. El hombre acudía con puntualidad, pero ya no subía al dormitorio. Permanecía unos minutos en la planta baja y se marchaba. Fue tan brusco el cambio que yo misma extrañaba su visita. El único soplo de vida que quedaba en la casa se había desvanecido por mi torpeza. Aquello se parecía a un mausoleo, y en ese sepulcro magnífico nos

movíamos como dos sombras desvaneciéndose. También yo acusé el golpe de los cambios. Apenas tenía fuerzas para levantarme; los trabajos en el taller empezaron a acumularse sin que me importara demasiado, perdí varios clientes, pero no hice el menor esfuerzo por conservarlos.

La empleada vino a hablarme una mañana mientras terminaba un diseño con poco gusto. Dijo que debía ver a la señora Etelvina, que estaba muy desmejorada y apenas probaba la comida. Traté de fingir indiferencia, pero no pude evitar que la idea me persiguiera durante el resto del día. Por la noche, me animé y golpeé a su puerta. No contestó. Entré sin pensar demasiado. Apenas pude creer lo que vi: sentada en un sillón, junto a la ventana, una viejecita con la mirada hacia algún horizonte inventado, meciéndose con las manos sobre la falda, dos alas quebradas.

—Tía —le dije con todo el afecto que pude rescatar de mi interior reseco.

Se volvió sin sorpresa. Me acerqué y encendí la lámpara que había sobre la mesa de noche. Ella cerró instintivamente los ojos, como ya se hubiera acostumbrado a la oscuridad y la luz no fuera más que el recuerdo molesto de tiempo pasado.

—Tía, ¿por qué no come?

No contestó, pero volvió a mirarme. No había el menor rencor en aquella mirada. Le tomé la mano en un gesto de ternura que incluso a mí me sorprendió. Estaba helada. No pude pedirle perdón. Durante los días siguientes me dediqué a lavar mi culpa atendiéndola lo mejor que pude. Descuidé por completo el taller. Pasaba horas tratando que probara un bocado, insistiendo con sus alimentos preferidos. La veía consumirse sin que pudiera detener el proceso. Llamé a papá y vino con un médico que la encontró perfectamente bien, más allá de una leve fatiga razonable a su edad. Recetó vitaminas y no sé qué remedios para fortalecerla. Cuando se fueron, caí en la cuenta del peso de la realidad. La tía Etelvina se me estaba muriendo.

Fueron semanas oscuras. Jamás me sentí tan triste ni tan útil. Una persona en el mundo necesitaba de mí. Me volví la más diligente de las enfermeras. La tía ya no se levantaba de la cama. Aprendí a ponerle la chata y a higienizarla. Lo hacía con la mayor naturalidad y ella se dejaba hacer. No había lugar para pudores.

Terminé trasladando un colchón junto a su ama. Dormía poco por las noches. A la mañana, tenía los huesos duros y me costaba varios minutos incorporarme. Durante el tiempo que duró aquello, creo que adelgacé bastante, la comida dejó de ser el centro de mi día; estaba demasiado

pendiente de aquel cuerpo que se deslizaba de la vida como arena entre las manos.

La tía Etelvina murió de madrugada. No sé cómo fue porque yo estaba dormida, sentada en el suelo con la cabeza apoyada sobre su almohada. Tenía una mano entre las mías, una mano pequeña, quebradiza. No quise soltarla hasta mucho después, cuando la muchacha vino con el desayuno y corrió las cortinas. Entró una bocanada de sol que me hirió. La tía parecía serena, con los ojos abiertos, a salvo de la luz.

XV

Yo no te busqué, Sancho; simplemente, aproveché las circunstancias. Eso fue todo. El asunto es que te quiero. Te quise siempre, desde niña, cuando tu figura llegaba y salía como una exhalación y era lo más parecido a mi padre ausente. Te quise desde la pena ingenua que me daba saber que Dolores no te quería. Te quise desde la indiferencia egoísta con la que tus hijas, como única bienvenida, preguntaban qué les habías traído esa vez. Te quise desde el respeto interesado que tenías por mamá y desde la tolerancia hacia aquellos dos niños de cuya existencia apenas sabías. Ahora es imperioso que te quiera, porque te has quedado solo, muy solo, Sancho. Ya no hay mujeres hermosas ofreciéndose, ni halagos de alcahuetes, ni aquella danza frívola de apellidos, fortunas y poderes. No ha quedado nada. Solamente tú y yo. Tú y yo solos. Y esa casa, Sancho, esa casa que me está esperando...

No fue difícil conquistarlo. Supongo que el atractivo mayor estuvo en seducir a una mujer treinta años más joven. Al principio se trató de una cuestión de orgullo, probar que podía. Lo dejé. Fui hábil esa vez. Lo dejé creer que me tenía enamorada y, mientras fingía un amor arrebatado, lo iba enredando despacito.

Empezamos con un café, como comienzan casi todas las relaciones. No debe de haber invitación más ambigua que la del famoso cafecito. Me hice la tonta, dudé un poco antes de aceptar. De algún modo me resultaba extraño que no me hubiera reconocido. No podía dejar de recordarlo años atrás y me invadía un placer que tenía mucho de revancha. Pensaba en Dolores. Dolores la hermosa, la de los peinados y perfumes, la de las ropas caras y el maquillaje perfecto, la del cuerpo cuidado. Dolores de los amantes, pensaba y en seguida venía a mi cabeza la imagen de mamá, como una antagonista natural de aquella novela. Se mezclaban en mí las dos mujeres, medían sus fuerzas disputaban mis decisiones. Tuve que renegar de mamá por un tiempo; dejé que Dolores ganara la partida y me ayudara a conquistar al que había sido su marido.

Sancho vivía en un apartamento suntuoso, decorado con el mejor gusto que hubiera visto hasta entonces. En nada se parecía a la vieja casa. Los muebles estaban tapizados de blanco, había algo de madera y mucho metal. Me sorprendió una alfombra gigante, peluda, color manteca, colocada delante del hogar como un gran oso durmiendo. Sancho rejuvenecía cuando estaba allí. Del campo no hablaba. Tampoco iba mucho. Tenía gente de confianza que administraba las estancias, y él solo se preocupaba por controlar que sus cuentas crecieran sin esfuerzo. Tampoco hablaba de la familia. Una vez mencionó algo acerca de que había estado casado con una loca que andaba por Inglaterra dándose aires de reina, y que tenía dos hijas. No volví a pensar en ellas hasta mucho tiempo después, cuando las circunstancias me obligaron.

Yo no tuve que hacer ningún esfuerzo por ocultar mi pasado. Supongo que no habría tenido más remedio que contarle la verdad si Sancho hubiera preguntado, pero nunca se mostró curioso por saber qué había sido de mi vida hasta llegar a él. Creo que era una forma de evitar sus propios recuerdos, un borrón y cuenta nueva que nos permitiera empezar como dos recién nacidos a una vida que podía ser mejor que la anterior. O quizá lo supo siempre... Da igual, ya no interesa.

Vivíamos en una eterna luna de miel. Lo que comenzó como un juego de corta duración, se volvió una necesidad. Iba a buscarme al estudio y me llevaba a los mejores restaurantes, los hoteles más caros. No le importaba que lo vieran conmigo. Al contrario, parecía ufanarse de tener al lado a una mujer que bien hubiera podido ser la hija.

Felipe, por supuesto, sospechó que yo andaba en otra de mis aventuras. Me dio las advertencias de siempre. Hubiera querido decirle la verdad: yo, Airam, la hija de la sirvienta, metida en la cama del patrón, disfrutando de aquellas cosas que habíamos visto siempre de lejos. Pero me guardé bien de contárselo. Felipe no lo hubiera entendido.

A los tres meses de estar juntos, Sancho me invitó a un crucero por el Caribe. No supe qué contestar. Le salté al cuello como hacían las gemelas cuando traía algún regalo y besé cada centímetro de su cara. Lo hice reír. Siempre lo hacía reír. Reíamos mucho los dos juntos. De cualquier tontería hacíamos una excusa para dejar aflorar nuestra felicidad. Y nos fuimos uniendo en una extraña dependencia afectiva bastante parecida al amor. Cuando regresamos del viaje, me pidió que me mudara con él. Hablé con Felipe esa noche. Bajó la mirada y levantó los hombros. Repitió la frase con la que había soportado mis locuras de tantos años: «Mientras estés bien...». Al otro día, trasladé mis cosas. Me observó armar las maletas.

—Y vos, ¿qué vas a hacer? —le pregunté.

Me miró con sus ojos tristes, acostumbrados a las despedidas, y me largó unas palabras que ni siquiera esa noche, mientras celebraba en brazos de Sancho, pude quitarme de la cabeza: «¿Qué voy a hacer? Nada. Esperarte».

Fueron buenos los primeros tiempos de vida en común. Sancho vivía para adorarme. Descubrí a un hombre distinto de aquel ser engreído que recordaba de mi infancia. En su lugar, había un espíritu necesitado de ternura, un poco hastiado de tanta frivolidad. Creo que fue esa sensación de calma que encontré a mi lado lo que lo enamoró. Porque Sancho se enamoró de mí. Locamente enamorado. Y yo no podía imaginarme sin él, sin el placer de meter mis pies entre los suyos por las noches, hacer una fiesta de cada detalle. Aprendió a disfrutar de las cosas pequeñas y descubrió un mundo que hasta entonces le había sido vedado por la absurda rigidez que impone la alcurnia. Conmigo no tenía que aparentar; podía ser quien realmente deseaba. Viajamos mucho. En cada lugar se detenía para hacerme una historia de algún viaje anterior. Las fuentes, los museos, los paisajes más bellos carecían de sentido, me decía, si no los podía gozar conmigo. Cada tanto, sobre todo al amanecer, me pellizcaba para convencerme de que no estaba viviendo dentro de un sueño. Pero Sancho no me dejaba mucho tiempo para esas dudas. Sus manos me confirmaban la realidad con una pasión que jamás había experimentado. A cambio de tanto, yo le devolvía la calidez de un hogar. Cocinábamos juntos, íbamos a los viveros a escoger plantas que después poníamos en macetones. Le llené la casa de velas perfumadas y la cocina de ramos de albahaca y laurel. Todo le daba curiosidad. Le gustaba verme lavar mi ropa interior, hacer la cama los domingos, ir juntos al supermercado. Yo me divertía haciéndole conocer ese otro universo cotidiano.

Felipe nunca preguntó su nombre y yo valoré la delicadeza. Le bastaba con verme feliz. Iba a visitarlo cada semana y le llevaba algo de regalo. Nunca me agradecía, pero sospecho que correría a escudriñar los paquetes apenas yo traspasaba la puerta. Sabía que se trataba de un hombre mayor, que me quería mucho, que me daba la comodidad que siempre había soñado para mí. Jamás pidió nada para él. Ni el menor de los favores, ni un privilegio. Seguía igual, como si estuviera preparándose por las dudas, por si algún día la vida, en uno de sus impredecibles giros, volvía a depositarme a su lado.

* * *

La rutina no pudo alcanzarnos. Fuimos más rápidos, esquivamos sus zarpazos con el asombro lógico de los primeros tiempos y prolongamos esa permanente

fiesta hasta que el destino decidió que ya estaba bien de tanta felicidad. Si algo me da paz es saber que, mientras pudimos, disfrutamos al máximo, sacamos todo el jugo de las frutas ocasionales.

Los primeros síntomas aparecieron hace poco menos de un año. Mareos, dolor de cabeza, cansancio. No nos detuvimos a pensar. En nuestro pequeño mundo no había lugar para el miedo. Sancho debió haber consultado pero, en lugar de eso, llevaba un frasquito con no sé qué pastillas que tomaba apenas empezaba a sentirse mal. Tampoco yo me preocupé, lo confieso. No le di importancia. Creí que aquel estado de bienestar sería eterno. Tuvo un derrame cerebral a la vuelta de un viaje a Madrid. Esa misma noche, mientras cenábamos. Quedó lívido, apretó los ojos como si no tolerara el dolor, me dijo algo acerca de una puntada insoportable en la cabeza y se desplomó sobre el plato. El médico me habló sin rodeos. El daño había sido severo. No podía predecir el grado de recuperación, pero me advirtió que varias de sus facultades habían quedado dañadas para siempre. El habla, entre ellas.

Cuando, finalmente, me permitieron llevarlo a casa, me encontré de golpe con la crudeza de mi nueva situación. Sancho tenía medio cuerpo paralizado y se comunicaba con guiños y miradas, sin el menor control sobre sus esfínteres. Sabía que estaba lúcido, sin embargo, que entendía la miseria a la que estaba reducido. Le pregunté si quería avisar a las hijas, pero fue tan grande su desasosiego que desistí.

La foniatra y el fisioterapeuta empezaron sus sesiones de inmediato. Sancho logró algunos progresos. Ponía empeño en recuperarse, se esforzaba en hablar produciendo sonidos guturales con la vista clavada en mí. Yo lo alentaba, le decía que cada día iba mejor, que sus avances eran magníficos. Por dentro, me consumía la tristeza. Me dediqué en cuerpo y alma a cuidarlo. Aquello no era vida. Llorábamos juntos cada vez que debía cambiarle los pañales. Yo trataba de hacerlo con la mayor naturalidad, pero la vergüenza de Sancho terminaba por demolerme. Lo abrazaba, lo besaba, le decía que a nadie amaba más en el mundo. El me contestaba con su media sonrisa y algún ruido que yo me esforzaba en interpretar. Últimamente había caído en una depresión muy grande. Lo cubría de besos, le recordaba anécdotas de nuestros viajes, le mentaba acerca del futuro y terminaba abrazada a su cuerpo con ganas de morir con él.

Fueron meses terribles. A los problemas existentes había venido a sumarse una dificultad respiratoria. Pasaba el día y gran parte de la noche intentando librarse de las flemas espesas que no lo dejaban respirar. Hacía grandes esfuerzos por expectorar toda aquella porquería.

El médico ordenó que trajeran un aparato parecido a una pequeña aspiradora. Le metían un tubo y le sacaban las secreciones. Era un procedimiento agresivo que lo hacía sufrir y lo salvaba a la vez. Me preguntaba a qué nos conducía aquello. Sancho no se levantaría jamás de la cama. ¿Cuál era el sentido de todo aquel dolor? Tantas cosas me pregunté por aquellos días... Toda mi vida se empecinó en agolparse en mi mente agotada. Quería espantarla pero allí estaba cada vez que Sancho me concedía unos minutos de distracción. Pasé por el tamiz de la conciencia todos y cada uno de los actos que lograba recordar. Tuve tiempo, mucho tiempo para hacer un balance y decidir qué quería de allí en adelante. El dolor de Sancho estaba propiciando el desarrollo de mi sensibilidad, me permitía establecer con claridad mis prioridades, dar el justo valor a las cosas. Todo lo que hasta ese entonces no había sabido hacer. Entonces comprendí que el dolor tenía sentido si yo hacía que valiera la pena.

Sancho perdió mucho peso. La piel siempre tostada dio paso a un amarillo grisáceo que lo envolvía como un anuncio fatal. Dejó de alimentarse. En vano insistía en abrirle la boca para introducirle la papilla, que era lo único que toleraba. A veces escupía lo que lograba meterle a presión. Otras, las más, apretaba tanto los dientes que era imposible alimentarlo. La última vez lo lastimé con el borde de la cuchara.

Había tres enfermeras que se turnaban durante las veinticuatro horas. Yo me consagré a que sintiera el calor de mi cuerpo y la energía que pudiera transmitirle. Le limpiaba el sudor del rostro y le acercaba trapitos empapados a la boca reseca. Siempre tocándolo, haciéndole saber por la piel que no iba a abandonarlo. A veces, las secreciones eran tan abundantes que apenas terminaban de aspirarlo cuando ya se ahogaba de nuevo. Los nervios me ganaron una noche en que pensé que se moría. El médico terminaba de revisarlo cuando tuvo un terrible acceso de tos seguido por la dificultad para respirar. Le grité hasta cuándo pensaba prolongar esta agonía sin sentido. Respondió con la calma fría que da la costumbre. Me dijo que me quedara al lado de Sancho, que lo acompañara con mi voz y mis manos, que aquello sería más efectivo que cualquier aparato. Él mismo puso una de las manos de Sancho entre las mías. Dio unas instrucciones a la enfermera y dijo que volvería a la mañana.

Pasé aquella noche en la espantosa ambigüedad de no saber qué deseaba con más fuerza: si mantener aquel sufrimiento descabellado o terminar de una buena vez. No soportaba el ruido ronco de la respiración cada vez más forzada. Me daba una pena tremenda ver el esfuerzo que el pobre hacía para

que un poco de aire le entrara en los pulmones. Me limité a acariciarlo y a decirle que iba a estar bien, que pronto iba a estar bien. Tardé mucho en aceptar que aquella situación podía extenderse por semanas, quizá meses. Sancho había entrado en un estado de meseta, sin avances ni retrocesos, una planta humana muriéndose de a gotas. Una tarde, mientras la enfermera lo higienizaba, en una de las vueltas se produjo un silencio súbito, el peor de los silencios. Cerré los ojos sin animarme a mirarlo. Me vino sueño, todo el cansancio acumulado; sentí una paz extraña. A los pocos segundos volvió el sonido ronco de la respiración desesperada.

Caí en la cuenta de que la situación estaba más allá de mis buenas intenciones. Aquel instante de paz confirmaba lo que mi lado bueno no quería dejar salir, esa miseria que todos llevamos dentro, desde donde nace el egoísmo. Estaba ahí por amor, pero no olvidaba el resto de mi vida, los proyectos que estaban marchitándose en aquella habitación pestilente. Esa parte de esperanza pugnaba por salir. Sabía que no había el menor sentido en sacrificarme de aquel modo tan absoluto. Mi parte práctica fue más fuerte esa vez. Decidí que las gemelas tenían que enterarse. Intenté primero al viejo número, pero nadie contestó. Entonces pensé en las páginas amarillas de la guía. La fama de Maciel ya había llegado a mis oídos. No me equivoqué; su número estaba en la sección Decoradores. Pedí a la contadora que llamara desde el estudio. No dio demasiados detalles. Conmigo sentada al lado, dictándole letra en un susurro y respondiendo a la vez las preguntas de Maciel, la pobre salió bastante bien del paso.

Esa misma tarde, trasladé mis cosas a lo de Felipe. Me recibió sin la menor emoción, como si hubiera estado esperándome desde siempre.

XVI

Llegaron casi a la vez. Airam bajó de un taxi en el momento en que Maciel sacaba las llaves. Se tomó unos segundos para observarla mientras el conductor contaba el dinero del vuelto. Pensó en Sancho, en los días radiantes y también en la oscuridad de su agonía. Fue todo lo que vino a su mente. Arrastraba todavía el cansancio de tantas noches en vela que no había podido recuperar durante aquel último mes en lo de Felipe. Abrió la puerta del coche y descendió con la mayor parsimonia, permitiéndose acomodar el espíritu a las circunstancias.

Maciel giró cuando el coche se puso en marcha. Quedaron un instante mirándose, un instante imperceptible en el que, sin embargo, cabía una contemplación profunda. El mundo pareció quedar suspendido mientras Airam avanzaba y Maciel extendía una sonrisa franca de bienvenida. Se dieron un beso cortés, impregnado por la timidez que da el desconcierto.

—Gracias —dijo Maciel.

—Sabes que no hay nada que agradecer. Lo hago con gusto.

—También fue tu casa.

—Un poco, sí. ¿Cómo estás?

Maciel largó una carcajada que quiso ser divertida pero sonó cruel. Empujó la puerta mientras respondía.

—Gorda.

Una bocanada de humedad les azotó la cara. Estaba oscuro. Maciel descorrió las cortinas y se quedó pegada al ventanal. Airam se paseaba entre los muebles cubiertos por fundas amarillentas, tocaba los adornos y se sacudía el polvo de las manos. Estuvieron un buen rato sin animarse a hablar, separadas por la incertidumbre de no saber en qué las había transformado la vida durante aquellos años.

—Está todo igual, Maciel. ¿Cuánto hace...?

—Añares. No volví desde lo de la tía. ¿Supiste?

—¿Murió aquí?

Maciel pareció recuperarse algo del primer impacto. Quitó la funda de uno de los silloncitos de Dolores y le hizo señas a Airam para que la acompañara.

—De pura tristeza, Airam. ¿Viste a alguien morir de tristeza? Así fue.

—Pensé que se habría espantado por alguna locura de ustedes. Porque mirá que eran terribles.

—Viola ya no estaba. Se fue a la India, o a no sé dónde.

—¿?

—Hace meses que no hay noticias de ella.

—Pero ¿dónde está?

—Supongo que en alguna montaña, orando, levitando, ¡bah!, nunca tuvo los pies en la tierra.

Airam sintió la primera punzada de dolor. Las recordó niñas, destrozando juguetes, peleándose por cualquier cosa, agotando la santa paciencia de Felicia, abandonadas, muy solas. Los pensamientos coincidieron.

—Tu madre sí que nos aguantaba.

Airam sonrió con dulzura. El espíritu suave de Felicia pareció deslizarse entre los muebles polvorientos con su delantal blanco para venir a servir el café junto a los ventanales.

—Si te digo que es de las pocas cosas buenas que recuerdo de esta casa... Lo único —pareció buscar la palabra exacta—, lo único tibio... Lástima que no haya tenido más suerte. ¿Ves? Si existiera Dios no se llevaría a gente como Felicia. En cambio, ahí tenés, Dolores sigue tan campante...

—No digas eso, Maciel. No creo que tenga mucho que ver quién muere antes.

—Pero hay personas que merecen vivir más que otras. ¿O vas a decirme que no? Tu madre era una santa, buena falta nos hizo a todos. No sé si esta familia hubiera terminado así si Felicia no...

—Entonces, me contabas de la señora Etelvina.

Maciel deshizo el camino de reproches en el que había entrado demasiado prematuramente. Hizo señas a Airam para que la siguiera. Fueron al dormitorio de Dolores. La cama estaba tendida. Maciel se sentó en el borde. Airam quedó recostada contra la pared, jugando con los frascos de perfume que había sobre la mesa de noche. Estaban vacíos o con el perfume reseco, de un amarillo intenso pegado a los bordes. Destapó uno y se lo llevó a la nariz. Despedía un olor rancio, de lo más desagradable. Airam recordó cuando Dolores se ponía aquellas gotas preciosas en milímetros elegidos del cuerpo.

—Tenía un novio.

—¿Tu madre? —preguntó Airam sin la menor sorpresa.
Maciel repitió su carcajada.

—Dolores tendría uno, varios, qué sé yo. Pero te hablo de la tía. Como me estás oyendo, tenía un novio. ¡Y qué tipo! No vayas a creer que era un viejo de bastón. Se buscó uno como para jugar a la abuelita.

—¿Lo conociste?

—¿Si lo conocí? Tuve que hacerlo sacar por la policía. Un sinvergüenza.

Airam se deslizó por la pared y se sentó en el piso, junto a la cama. Este pequeño gesto de intimidad abrió un espacio conocido entre las dos. Recuperaron la atmósfera de la infancia, las horas compartidas en la cocina, los mimos simultáneos de Felicia. Volvieron a ser dos niñas contándose secretos.

—El tipo era de nuestra edad, un poco mayor. Venía cada sábado...

—¡Por eso! —interrumpió Airam con un grito como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—Claro, por eso las mandaba a ustedes...

—¿Y nunca pensó en volver a su casa?

—Ya llego, ya llego. Vas a ver. El tipo venía cada sábado y ni te cuento las fiestas que armaban —sonrió con picardía y Airam le devolvió la sonrisa—. Se encerraban aquí mismo y, ¡uh!, ardía Troya. Sí, sí. Así como la veías, sobre esta cama.

Se movió un poco y la cama le devolvió un chirrido de lo más ilustrativo.

—La cuestión es que no nos llevábamos bien. Yo quería que se fuera y me dejara en paz. Ya no quedaba nadie en la casa. Me molestaba, pobre vieja, aunque en realidad, nunca me hizo nada. No sé, era yo que no andaba bien. Le dije que sabía lo del tipo, la avergoncé todo lo que pude. ¿Te acordás de ella?

—Una *lady*.

—Se me fue la mano. No aguantó la humillación y se enfermó.

—¿Y el hombre?

—Lo despidió. El tipo volvía cada semana, pero ya no subían. Se llevaba dinero, ¿entendés?

—Y ella, ¿por qué no se fue a su casa?

—Porque ya no tenía casa, no tenía nada más que las joyas que iba vendiendo.

—¿Cómo?

—No le quedaba nada, Airam. Por eso no podía irse. Se fue deshaciendo de todo para mantener a ese miserable. Y así fue. Dejó de comer, no se cuidó. ¿A vos te parece que una persona puede elegir morirse?

El recuerdo de Sancho volvió a Airam.

—Airam...

—No creo, pero si la tristeza es fuerte...

—Eso fue todo. La cuidé hasta el final. Me vino una culpa terrible, imagínate.

—Pero no tuviste nada que ver. En el fondo le sacaste a ese canalla de encima.

—No del todo, no del todo. Muere la tía y a los pocos días se me aparece el sujeto reclamándome no sé qué. Me puse hecha una fiera. Estaba medio aturdida, todavía no me había repuesto y me cae el tipo con unas exigencias, diciendo que habría un testamento, que no fuera a pensar que iba a quedarme con todo. Mirá, no sé cómo me contuve para no apretarle el pescuezo. Lo saqué a empujones. Con este cuerpito, y enojada, meto miedo.

Airam sonrió. Era evidente que detrás de aquellas bromas, Maciel escondía heridas profundas. No se la veía feliz.

—Se quedó en el jardín gritando, tirando cosas contra las ventanas. Armó un escandalete de novela. Llamé a la policía.

—¿?

—No volví a verlo. Esta gentuza es fácil de intimidar. Se aprovechó de la pobre vieja, le sacó hasta la última moneda, pero cuando vio que la cosa venía complicada, ¡zas! Se esfumó.

—Pero a tu tía la hizo feliz.

Maciel la miró sorprendida. Consideró brevemente esas palabras. Pensó en Mario, como pensaba cada día, todos los días.

—¿Y vos creés que sirve una felicidad de mentira?

—Depende. Si le alegró la vida... —pensó un segundo—. En realidad, no lo sé.

Maciel había quedado absorta. Airam le chasqueó los dedos frente a la cara.

—¿Pensabas?

—Que esta es una familia de locos, eso pensaba. Vení, vamos a mi cuarto.

Atravesaron el corredor. A cada paso, algún detalle les traía recuerdos. Airam señaló el cuarto de Viola. Se asomaron desde la puerta. Las paredes estaban cubiertas por inscripciones relativas a la paz del espíritu. Una mancha de humedad impedía completar algunas frases. Maciel tironeó del brazo de Airam.

—¿Aquí no vas a entrar?

—¿Para qué? Casi no tenía muebles al final. Dormía en el piso. Andaba con unas sandalias zaparrastrosas. No sé qué le metieron en la cabeza. ¿Te dije que se fue siguiendo a un loco?

—Pero ¿no sabés nada de ella?

—Papá era el que recibía algún mensaje cada tanto. Para pedirle dinero, claro. Después desaparecía por meses.

Airam se conmovió ante la mención de Sancho. Durante el tiempo que habían compartido ni una vez supo de esta comunicación con Viola. Tampoco lo notaba angustiado por la suerte de la hija, como si se hubiera desentendido de ella mucho tiempo atrás y toda su responsabilidad se redujera a proveerla de dinero. Sintió pena por Viola, una pena casi maternal.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora, con papá así, empezará a joderme a mí —se volvió de golpe—. Te conté de papá, ¿verdad? —Pero antes de que Airam pudiera responder, ya estaba abriendo las ventanas de su dormitorio y hablando de cualquier otra cosa.

Una luz pesada inundó los pocos muebles, la silla reforzada, la heladerita. Maciel la acarició como a una mascota muerta.

—Tengo casi todo en mi apartamento nuevo. Esto no lo quise llevar. A veces la extraño, pero fue parte del cambio cuando me fui. Estoy en tratamiento, ¿sabés? Hay días en que me levanto y digo que hasta ahí llegué.

Voy a la cocina dispuesta a arrasar. Últimamente estoy logrando contenerme. Con ayuda de médico, ¿eh? No creas que de esto se sale así nomás. Y cuando llegue a un peso determinado, me operan. Sí, sí, así como oís. Me hacen un matambre con el estómago para que coma menos.

Airam se rio con ganas. A cada minuto sentía recuperar la antigua confianza, como si hubieran dejado de verse un par de días atrás.

—No me preguntes qué es porque ni yo quiero saber demasiado. Me pongo en manos del médico que es un bombón. Te lo voy a presentar algún día. ¿Te casaste, Airam?

—Ni una vez.

—Pero estás con alguien.

—Estuve.

—¿Y?

—Ya no está.

—¿Qué quiere decir «ya no está»?

—Es una historia larga, Maciel.

—¿Y lo querías?

—Pensé que no, al principio. Tendría que ir mucho más atrás y contarte cómo fui rodando hasta ahora. Me recibí, ¿sabes? Soy escribana.

Maciel le dio un abrazo y unas palmadas en la espalda.

—Estás hecha un esqueleto, mujer. Pero, escribana, Airam, escribana. Me alegro. No sabes cuánto me alegro de que alguien haya podido llegar. ¿Te pusiste a pensar en tu madre? ¡El orgullo que sentiría esa mujer, por Dios! ¿Y Felipe?

—¡Ah! Como siempre. No cambia más. Trabajando, cuidándome como si fuera una nena.

—No te quejes, Airam. Por lo menos alguien se preocupa.

—Sí, pero me gustaría que hiciera su vida.

—¿Tampoco se casó?

—¡Ni loco! Tiene terror a las mujeres.

—¿No será...?

—¿Felipe? No. Es complicado y nada más.

—¿Y se llevaba bien con tu pareja?

—Nunca se conocieron.

—¿Querés contarme, Airam? Mirá que si te hace mal...

—No, al contrario. No creo que haya alguien mejor para desahogarme.

Maciel agradeció y pensó que había sido una buena idea llamarla. Las dos necesitaban esa conversación. Descendieron las escaleras mientras Airam soltaba la tristeza.

—Era un hombre mayor. No pensé que iba a quererlo tanto, pero así son estas cosas. Uno entra por una puerta y cree que puede andar sin miedo, que la salida siempre va a estar cerca. Mentira. A veces no se puede salir. A veces, uno queda atrapado en una situación que ni siquiera imaginó al principio. Yo no pensé que iba a quererlo tanto. Tenía todo tan calculado, Maciel, como si los sentimientos fueran manejables. ¡Cómo me equivoqué!

—Pero tuvieron buenos momentos.

—¿Buenos? ¡Maravillosos! Nunca fui más feliz. Creo que él tampoco. Y, sin embargo, era una relación loca, un disparate. Pero funcionó. No me preguntes qué hubiera sido si se hubiera prolongado. No sé. Lo único que puedo asegurarte es que ese hombre se fue lleno de amor.

—¿Y vos?

—Aquí me quedé, con Felipe. Tratando de abrirme camino. Es una sensación rara, como si la vida estuviera empezando.

—¿Tenés miedo?

—Estoy cansada. Quizás el miedo venga después. Por ahora, me abro a lo que sea. Pienso que en cualquier instante puede suceder algo, algo pequeño, insignificante, que dé un giro a las cosas. Pierdo un ascensor y me digo que en el próximo quizá venga algo nuevo. No me preguntes qué es eso. Si fuera creyente, te diría que me pongo en manos de Dios.

Entraron en la cocina y a ambas se les erizó la piel. Se tomaron de la mano. La mesa trajo un tropel de recuerdos. Cada una volvió a la silla que ocupaban en la infancia; el aire pareció llenarse de canela y miel, y la voz de Felicia canturreando mientras revolvía la leche sonó por un instante en el silencio inmenso. Maciel suspiró.

—Mis mejores recuerdos están aquí.

—También los míos. Las historias de Franco.

El semblante de Maciel se ensombreció y bajó la mirada.

—Te acordás de Franco, ¿no, Maciel?

—Claro, pero terminó muy mal. Prefiero no...

—Pero, vinimos a recordar.

—Fue terrible. Viola y yo vimos la discusión. Siempre las veíamos. Se odiaban, Airam. Somos hijas del odio, ¿te das cuenta? No tengo un solo recuerdo del menor gesto de afecto entre ellos. Decime para qué se juntaron entonces. Si cada uno terminó por su lado y mira lo que quedó de las hijas. Una drogada en el fin del mundo y la otra más sola que...

En este punto se detuvo y tomó aire. Fue el tiempo suficiente para reponerse y esquivar el recuerdo de Mario que se empecinaba en instalarse en su mente. Airam le acarició el brazo.

—Pero estás haciendo algo por tu vida.

—Sí, porque me enfermé. Verdaderamente me enfermé. El médico me dijo que era el tratamiento o nada. Pero no creas que tengo estímulo, Airam. Estoy completamente sola. Es el instinto de supervivencia lo que me salva. No tengo ni un perro al que rendir cuentas. No sé en qué estaba.

—Me contabas de Franco, de una discusión.

—¡Ah, sí! Agárrate cuando te diga. Parece que Dolores y Franco... — Hizo un gesto juntando los índices—. Papá se enteró. ¿Sabes cómo fue? Por una de las amiguitas de Dolores. La que venía con aquel gato estúpido, el de las moñitas, ¿te acordás? Viola y yo lo pateábamos cada vez que subía las escaleras. Bueno, la muy falluta le fue con el cuento a papá. Estaría detrás de él. No me extraña. Papá siempre fue el más buen mozo de todos. Por otra parte, Dolores no merecía mucho más. Seguro que ella se acostaba con el marido de alguna. Sí, sí, no me mires con cara de angelito. Vos la conocías

tan bien como yo. Papá sabía que le ponía los cuernos, pero nunca le importó. El tenía sus cosas en otra parte, pero, por lo menos, no las traía a la casa. Creo que eso fue lo que más le dolió. Eso y que mamá se hubiera metido con el jardinero. Lo superó. Le dijo tanta cosa, Airam, tanto insulto. Mira, puta fue lo más suave, con eso te digo todo. Viola y yo estábamos ahí. Nos mirábamos a veces cuando no entendíamos alguna palabra. Papá se puso muy violento. Ella se burlaba y le hablaba de Franco. Se burlaba todo el tiempo y se limaba las uñas. Lo enfureció. Papá la dio vuelta de una cachetada. Viola y yo estábamos ahí. No sé qué habrá sentido ella, pero a mí me gustó que le pegara.

—Es horrible, Maciel.

—Esa noche papá volvió al campo. Le dejó un sobre con dinero para que lo despidiera. No quería encontrarlo a la vuelta. Y así fue. Yo lo lamenté mucho porque me divertía con Franco. Es casi el único recuerdo bueno que tengo de la infancia. Le hubiera dado otra cachetada a Dolores; siempre estropeándome la vida. ¿Cómo querés que pueda salir adelante? Porque si no tuviste una infancia más o menos feliz, ¿adónde vas a refugiarte, Airam? ¿De dónde sale la fuerza?

—Sabés que durante todos estos años, cuando pensaba en ustedes, me las imaginaba súperdichosas, haciendo lo que querían.

—¡Ja! Lo mismo pensaba yo de vos.

—Sí, pero yo no tenía mucho para empezar.

—¿Perdón? Tenías infinitamente más que nosotras, Airam. Siempre tuviste más. ¿Sabés lo que hubiera dado por una madre como la tuya? Decime, pedime lo que se te ocurra. ¿Qué cosas querías tener?

—Tu cuarto, tu ropa y tus juguetes, una madre y un padre lindos, el respeto en el colegio, el dinero para la merienda, los viajes, los autos. Tenías todo a mano, Maciel. Hubieras podido hacer con tu vida lo que quisieras. Yo ni siquiera conocí a mi padre.

—Debió de ser un buen tipo, para que Felicia se fijara en él.

—No, parece que era un vago, de lo peor. Vivió toda la vida abusando de la buena voluntad de la gente. Y así se fue quedando solo. Hasta el más santo se aburre. Mamá también se aburrió, se aburrió de esperarlo. Y fijate que ni una sola vez se preocupó por buscarnos.

Maciel la miró con la seriedad que precede a las grandes revelaciones.

—Te equivocás. Vino varias veces y Felicia lo echó. Le pidió a Dolores que la ayudara a sacárselo de encima. Tenía miedo de perder el trabajo. Pensaba todo el tiempo en ustedes. No me preguntes qué hizo Dolores.

Teniendo en cuenta sus métodos, le habrá dado dinero o le habrá pagado a otro para que le diera una paliza.

—Jurame que es cierto, Maciel.

—¿Y por qué iba a mentirte? Me enteré por andar escuchando detrás de las puertas. Lo supe siempre. No pensé que te importara, como nunca hablabas de él...

—La semana pasada fui a buscarlo.

—¿Adónde?

—Felipe lo había visto en el puerto, pero hacía tiempo de esto. Lo intenté de todos modos. Nadie supo decirme de él, como si no hubiera existido.

—¿Y qué se te dio ahora?

—No sé. No hay explicación para estas cosas. Tuve la necesidad de verlo, pero llegué tarde. ¡Qué cosa, Maciel! Mi padre vino a buscarnos. ¿Me vio alguna vez?

—Supongo que no. Tu madre era una leona con ustedes. No creo que le haya permitido verlos.

—Me quedé sin padre.

Maciel jugaba con las uvas de madera que había en el centro de mesa. Suspiró antes de hablar, como si viniera de un lugar remoto y estuviera cansada.

—Yo también.

Airam levantó la vista.

—¿Qué decís? Tu padre vive.

—Sí, pero cómo. En una clínica, enchufado a una máquina, con cables y tubos por todos lados. Y cómo tiene los brazos, Airam. Ya no hay lugar para ponerle la aguja. Está todito morado, las venas a punto de reventar. ¿Te das cuenta? Sancho Pereira O. cagándose como un recién nacido. ¿Te acordás de mi padre, Airam? ¿Te acordás de la pinta que tenía? A mí siempre me pareció el tipo más atractivo del universo. No había otro como él. Y ahora lo ves, lo ves y te dan ganas de llorar. Voy muy poco; me limito a pagar y a controlar, cada tanto, que esté bien atendido. No sé si me conoce. Nunca me quiso demasiado, de todos modos, pero soy lo único que le queda —bajó la voz como si fuera a confesar un secreto—. Y esa mujer que va a verlo. Dicen las enfermeras que él se tranquiliza cuando llega. Parece que a ella sí la reconoce, que incluso respira mejor. Dicen que se queda horas sentada junto a la cama, tocándolo, hablándole al oído, que es joven, que creyeron que era la hija...

En este punto, Maciel se detuvo y clavó sus ojos en Airam, que hacía rato no escuchaba.

—¿Se te ocurre quién podrá ser? —preguntó a bocajarro.

—¿Quién?

—La mujer...

—Maciel, hay cosas que tendría que explicarte... —Parecía una súplica.

Maciel sonrió con ternura y le acarició el pelo.

—Después, Airam, pero no creo que tengas nada que explicar. Lo importante es que alguien pueda quererlo.

Se abrazaron. Airam parecía quebrarse entre los brazos de Maciel, que se repuso antes y la apartó con algo de brusquedad.

—Bueno, bueno, ya está, nada de cursilerías. Hay mucho trabajo. —Fue hasta la ventana y abrió las cortinitas que daban al jardín, pero Airam no se movió. Aquel abrazo había condensado su vida entera y diluido antiguos miedos.

—¿En qué pensabas? —preguntó Maciel.

—Pensaba en las extrañas vueltas que tiene la vida. Pensaba que nada es para siempre, que estamos todo el tiempo en movimiento, buscándonos, buscando nuestro verdadero lugar, el que nos corresponde. Y que es mejor así. Mejor que nunca terminemos de encontrarnos, Maciel. Mejor moverse, aunque duela. La quietud es la muerte.

—¿Vos crees que nosotras estamos en movimiento?

—No sé que pensás hacer con tu vida, pero yo tengo planes.

—¿Qué planes?

—Por ahora, caminar. Ese es mi plan. Tengo miedo a quedarme quieta.

Maciel percibió un movimiento leve detrás del cerco crecido. Estiró el cuello para ver por encima de las glicinas que crecían salvajes y estallaban en magníficos racimos violetas.

—¿Qué hay? —preguntó Airam.

—Nada, el viento.

Por la calle desierta, la sombra del vendedor de escobas, seca, inmutable a través del tiempo, se alejó por última vez de la casa vacía.



Claudia Amengual nació en Montevideo, Uruguay, en 1969. Es traductora pública, docente de la Universidad ORT e investigadora en el área de la lingüística desde el enfoque socio-cultural. Coordina talleres de narración y escribe cuentos, algunos de los cuales han sido publicados y otros premiados en concursos. Es autora de las novelas *La rosa de Jericó* (2000), *El vendedor de escobas* (2002) y *Desde las cenizas* (2005).